

LA TORRE DEL TIEMPO



RAY CUMMINGS

¡ENIGMA!



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Ray Cummings

¡ENIGMA!

Título original: *The Shadow Girl*
Ray Cummings, 1929
Traducción: M. Orta

En las últimas páginas del volumen se incluye un relato sin especificar el autor ni el título. Está encabezado bajo el epígrafe "Narraciones cortas de ficción científica", ya que el editor consideró como narraciones independientes los cinco capítulos en los que se divide el mencionado relato. Éste es, ni más ni menos, que «The Game of Rat and Dragon» («El juego de la rata y el dragón»), de Cordwainer Smith, con lo cual, este libro supone la primera aparición (si bien anónima) de este autor en lengua española.

¡ENIGMA!

I

Las extraordinarias y misteriosas visiones de la muchacha sombra aparecieron en el aparato de televisión que Alan y yo acabábamos de montar en su taller. Era cerca de medianoche, una noche cálida y bochornosa de finales de junio. Habíamos estado trabajando desde el anochecer en el montaje de la antena. La hermana de Alan, Nanette, estaba sentada tranquilamente en un rincón, modelando una estatuita de barro verde. De vez en cuando nos preguntaba cómo iba la tarea.

Nuestros planes eran recoger la emisión de una de las estaciones neoyorquinas: un programa que estaba anunciado para las once y treinta de la noche.

La habitación estaba a oscuras cuando colocamos el aparato pegado a la pared. En la pantalla empezó el borboteo característico cuando conectamos la corriente. Pero en seguida vimos que había algo que no funcionaba. La luz se distinguía de una manera desigual; no llegábamos a sintonizar ninguno de los canales; era como si ninguna de las emisoras estuviese funcionando en aquellos momentos.

Nanette estaba decepcionada e impaciente mientras yo movía los botones al buen tuntún y Alan comprobaba las conexiones.

—¿Qué es lo que no funciona?

—Pues no lo sé, Nan. Seguramente Alan se ha equivocado en algo. Creo que en el aparato no falta nada.

Me interrumpí bruscamente y agarré el brazo de la muchacha. Todos nos quedamos tensos. En la pantalla se estaba formando una imagen. Alan ordenó secamente:

—¡No sigas hurgando, Ed!

Solté los botones. Nos quedamos mirando, llenos de curiosidad e interés. Luego, confundidos, asustados. Y sobre todos nosotros se cernió una vaga y misteriosa sensación de miedo. Pues aquello que estaba frente a nosotros era lo desconocido.

La pantalla brillaba no con el normal resplandor plateado, sino con lo que parecía ser una pálida y desvaída luz estelar. Una imagen borrosa pero que poco a poco iba esclareciéndose. Un turbio cielo purpúreo con neblinosas estrellas.

Nos quedamos mirando fijamente las profundidades de las escenas televisadas. Profundidades inconmensurables; distancia ilimitada. Recuerdo mi primera impresión cuando en el primer plano empezaron a formarse débiles sombras de un azul grisáceo: ¿era esto una escena

terrestre? Parecía que no. Sombras empañadas en la luz estelar, una niebla de sombras que iba arrastrándose, congelándose en borrosos contornos.

Veíamos ahora el área extensa de una noche estrellada. Un paisaje uniforme de vegetación. Prados herbosos, árboles, un manantial gorgoteante, resplandeciendo como un hilo de plata a la luz estelar. La imagen era ahora clara y distinta, sin ningún parpadeo. Los colores se destacaban llenos y rotundos. Una naturaleza de intensos tonos, pálidos y serenos bajo aquella luz astral.

Pasó un minuto. En el centro del primer plano de la visión fue tomando cuerpo una blancal guirnalda. Y de pronto, como si uno hubiera parpadeado, hubo allí una forma que antes no había estado. Una realidad sólida. De todo lo que había en la escena, era lo más sólido, lo más real.

Una enorme torre de un blanco grisáceo de esqueleto, hundía su base en un prado del que ahora podía ver los macizos de flores, vividos, de coloreados capullos. El arroyuelo pasaba serpenteando a la vera. Era una torre pentagonal. Su altura podría ser de sesenta metros o más, estrechándose por la parte superior casi hasta acabar en punta.

Visualmente, estábamos muy cerca de aquella torre. Su imagen ocupaba toda la altura de nuestra pantalla. Un balcón la ceñía cerca de la punta. Había allí una habitación como un observatorio, con diminutas ventanas ovaladas. Otra habitación mayor estaba más abajo. Pude ver el interior: peldaños de una escalera y lo que podía ser el hueco de un ascensor.

La base de la torre estaba amurallada sólidamente. Parecía, mientras mirábamos, como si una cámara estuviera acercándose y agrandando la escena.

Nos veíamos ahora mirando desde más cerca a la base de la torre. Estaba amurallada y desembocaba en una habitación. Había ventanas, grandes y pequeñas, por encima del suelo. Parras trepadoras y enredaderas colgaban de las paredes. Se veía al frente una ancha puerta que conducía a un tramo de escalones de piedra.

Y me di cuenta entonces de lo que antes no había notado: los jardines que rodeaban la torre estaban cercados con una alta tapia de mampostería. Un fragmento de esta tapia se veía en segundo término. Un muro, almenado y torreado como si se tratara de una fortaleza.

Todo yacía quieto y tranquilo bajo la luz astral. Ni la menor señal de movimiento humano. Nanette dijo:

—Pero, Edward, ¿es posible que no se vea a nadie? ¿Que no haya ninguna persona...?

Intervino Alan:

—¡Ed, mira! Allí, en la pared de atrás...

Parecía que junto al muro distante estaba moviéndose una oscura figura. ¿Un guardián? ¿Un centinela?

Y ahora otro movimiento. Aparecía la figura de una muchacha. Venía lentamente desde dentro y se detuvo al principio de los escalones. El resplandor de una luz procedente del interior la iluminaba con claridad: una muchacha esbelta y bajita con un vestido color azul pálido. El cabello rubio la rodeaba como un halo.

Se detuvo un momento, clavando sus miradas en la noche. No podíamos verle la cara claramente. Se alzaba allí como una estatua, mirando.

Y luego se volvió y tuve un vislumbre de su rostro, lo vi por un instante y sus rasgos se quedaron impresos en mi imaginación. Una muchacha joven, casi formada ya, un rostro muy extraño de una singular belleza.

Se adentró en la habitación de la torre. Hubo una mancha confusa en la escena. Había desaparecido como una vaharada de vapor.

La pantalla de la televisión brillaba ante nosotros con su resplandor desigual. Todo se quedó como momentos antes. Las emisoras no se dejaban captar. Nuestro aparato no funcionaba como debía. El selector estaba mal colocado. Había algo que fallaba. No sabíamos qué.

Pero habíamos contemplado aquella visión, lanzada a nosotros desde alguna parte. Una visión de claridad singular en todos los detalles de forma, color y movimiento. La imagen de cosas sólidas y reales. Cosas existentes en alguna parte.

Aquella fue la primera de las visiones. La segunda advino aquella misma noche, poco antes del alba. No nos habíamos atrevido a tocar el aparato. Los sintonizadores habían sido colocados por mí al azar en una longitud de onda en la que no se podía captar a ninguna de las emisoras conocidas. Los dejamos así y no tratamos de averiguar dónde estaba el fallo. Aquella imagen que se había producido podía volver si dejábamos las cosas tal como estaban.

Durante horas, nos quedamos contemplando la pantalla. Brillaba de una manera irregular con puntos oscuros y otros blancos, parpadeantes, rojos y verdes.

Nanette terminó por quedarse dormida junto a nosotros. Alan y yo hablábamos en voz baja para no molestarla. Le habíamos prometido que, si aparecía algo, la despertaríamos. Casi siempre estábamos callados. Nos había impresionado lo sucedido. Aquella visión, aquella

pequeña vislumbre de algún sitio, ¿procedía tal vez de algún mundo distante? Era increíble, pero recuerdo que fue en eso en lo que pensé.

Aunque, ¿por qué había de hacerlo? Una torre, una vaga extensión de un paisaje nocturno. Y una muchacha humanamente hermosa. Eran cosas que muy bien podían existir en esta Tierra. Se sabe que la atmósfera está cargada de visiones y sonidos en potencia.

Alan se esforzaba en mostrarse más racional.

—Mira, Ed, tal vez hemos captado alguna lejana emisora desconocida.

—Nadie puede emitir una escena así por la noche. Estamos en 1962, Alan, no en el 2000.

Encogió los hombros, amplios y cuadrados. Tenía una expresión muy solemne, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, en la actitud de un joven pensador confrontado con un problema alucinante. Pero también había en él algo muy juvenil: un rizo de negro cabello que le caía sobre la frente. Se lo cogió, se lo retorció, y me miró sonriente.

Luego, Alan dijo una cosa muy extraña; la dijo con lentitud, pensativamente, como si le diera miedo expresarla.

—Creo que era en la Tierra. Me pregunto si era algo que ya ha sido o que va a ser...

Apareció de nuevo, al rayar el alba. La misma torre, el mismo paisaje sereno extendido bajo la luz de las estrellas. El mismo cerco ceñido de murallas, con oscuras figuras rondando. Al principio no vimos a la muchacha. La puerta de la torre estaba abierta; la habitación de dentro brillaba con una luz turbia. Un momento de inactividad; y luego pareció como si aquel sitio inexplicable que estábamos mirando, aquel tiempo sin nombre que parecía la actualidad en nuestra pantalla, hubiese llegado un momento de acción. Se irguió una oscura figura en lo alto de la muralla, una pequeña mancha negra contra el trasfondo de las estrellas. La figura de un hombre. Se alzó su brazo en ademán.

Otra figura se había acercado a la puerta de la torre: un muchacho extrañamente ataviado. Podíamos verlo con toda claridad. Se quedó mirando, vio la señal que le hacían desde la muralla y con testó. Apareció detrás de él la muchacha. Pudimos ver cómo hablaban. Un aire de apresuramiento envolvía todos sus ademanes, como si lo que estuvieran haciendo fuera una cosa prohibida.

Desde la muralla repitieron la señal. Ellos contestaron. Se volvieron. El muchacho empujó a un lado a la joven. Estaba apoyado en la puerta y los movimientos de la muchacha parecían incomodarlo.

Se puso derecho. Había conseguido abrir la puerta de la torre. El y la joven la movían lentamente. Pero era una puerta muy pesada. Empujaron. La puerta se cerró quedando ellos dentro.

Habíamos despertado a Nanette. Estaba sentada, toda tensa, entre nosotros, con sus largas trenzas de cabello castaño caídas sobre los hombros, crispadas las manos.

—¡Contadme!

—Esa puerta es muy pesada —dijo Alan—. No pueden cerrarla. ¡Sí, lo han conseguido! Me imagino que van a formar dentro una barricada. Es una pena que transcurra todo con tanto silencio, pero podéis imaginaros el chirrido de las barras. No veo al guardia junto a la muralla. Está oscuro por esa parte. No hay nadie a la vista. Pero puedes darte cuenta, Nan, de que algo va a suceder, puedes verlo o sentirlo. ¡Mira, Ed! ¿Qué...?

Se interrumpió los dedos de Nanette se engarfiaron en nuestras manos.

Había sobrevenido un cambio en toda la escena. Pareció al principio que era nuestro aparato, que fallaba, o que se había ido la onda y todo estaba desvaneciéndose de momento. Pero no era eso. El cambio ocurría en la escena misma. La torre se disolvía, se esfumaba, la imagen de su solidez, estaba desvaneciéndose. Ya no era una cosa real, sólida, tangible. Pero no se movió, no se borraba del todo. Seguía alzada allí como un espectro de torre, una cosa de aspecto impalpable, increíblemente sin substancia, pero visible a la luz de las estrellas.

¡La muralla había desaparecido!, noté de pronto. La muralla y el jardín, y las flores, y el arroyo. Todo el segundo plano, todos los detalles secundarios habían desaparecido. La torre, como un espíritu, se alzaba espectral y sola en un vacío de niebla gris e informe.

Pero seguían las estrellas. La noche purpúrea con estrellas de plata. Pero incluso éstas tenían ahora un aspecto diferente. Moviéndose visiblemente. O, por lo menos, eso me pareció.

Pasaba el tiempo mientras estábamos allí mirando, tiempo marcado únicamente por mi vaga sensación de que Alan estaba hablando de Nanette. Los cambios iban sucediéndose en la escena. La neblina gris que servía de fondo a las estrellas sugería una distancia insondable. Un espacio incontenible y vacío para la visión.

Y luego hubo cosas que ver. Parecía que el infinito se había contraído súbitamente. La guirnalda de la torre seguía sin cambio, pero de pronto vi que se alzaba en una zona de espesos bosques, descollando sobre los árboles. Se veía un río a dos kilómetros, cruzando por el fondo en una línea blanca. Habían desaparecido las

estrellas, no era de noche ya. Un día de cielo azul, con nubes blancas y amazacotadas. El sol brillaba sobre el río distante.

La torre se erguía, más esfumada que nunca, en la luz diurna. Yo miraba la franja de bosque que ceñía su base. Había allí figuras, figuras de aspecto conocido; un grupo de salvajes. ¿De esta Tierra? Sí, no era posible equivocarse: pieles rojas. Adornados con plumas, con sus atuendos de fiesta, como si aquel día hubiesen estado bailando en el bosque. Pero, ¿veían la extraña aparición de aquella torre? Sí, ahora la estaban viendo. Se habían postrado en un grupo sobre la tierra musgosa, aterrados, llenos de pánico, mirando temerosamente a aquella cosa desconocida; postrados porque aquella cosa debía de ser un dios, y, como todo dios, estaría enfadado y había que apaciguarlo.

Transcurrió un instante y comprendí que lo que se nos dejaba ver a Alan Tremont, a su hermana y a Edward Williams no era más que una breve pausa. Un cuadro, una visión sacada de alguna parte, de algún tiempo, presentada en un segundo y borrada de nuevo.

Pero el fantasma de la torre seguía inmóvil, invariable. El segundo plano grisáceo pasaba en torbellino, cargado de cosas invisibles. Era de noche otra vez. Había las estrellas conocidas, las de siempre. Vi que la aguja de la torre estaba solidificándose. Las sombras grises de la base se tornaban de un negro profundo. Árboles y hierbas. Una corriente de agua casi a la mano.

La torre ahora era otra vez sólida, tangible y real como la habíamos visto por primera vez. Todavía estaba cerrada la puerta. En torno a ella, el oscuro trecho de un espacio cultivado como en un parque. Todo claro y pulido. Una realidad absoluta, más de lo que habíamos visto antes.

Jadeé. Las rápidas palabras de Alan a Nanette hallaron eco en mi pensamiento. ¡Aquello era absolutamente conocido! Aquel espacio familiar, recogido con todo detalle en la pantalla. Árboles que conocíamos, senderitos con bancos, trozos de césped, un pequeño lago de forma estrellada. Un camino serpenteante, con faroles a intervalos. A lo lejos, tras la torre, pude ver claramente un amplio y bajo edificio de piedra. Una calle de ciudad tras él, tras el parque todo conocido.

Alan exclamó:

—¡Pero si esto es aquí! ¡Está escasamente a dos kilómetros! ¡Es el Parque Central, el Museo Metropolitano!

El Parque Central, la ciudad de Nueva York. Pero, ¿cuándo? Sabíamos que no había ninguna torre como aquella en el Parque Central. ¿Era el futuro del parque lo que estábamos viendo?

La visión era ahora algo más que un vislumbre. Se alzaba con toda

realidad en sus menores detalles. No la rodeaba un trozo de parque, sino lo que llamábamos Parque Central. No había salvajes ignorantes postrados ante ella, ante la torre fantasmal. No había nadie.

Y luego vi en primer término a un hombre de uniforme azul, plantado en uno de los senderos del parque. Brillaba un farol sobre él. Se apoyaba en el poste y miraba a la torre tapándose la boca con la mano. Miedo instintivo. Pero sin postrarse de hinojos. En una actitud tensa. Y dejó caer la mano y siguió mirando. Con aire incrédulo.

—¡Ed, mira a ese guardia! ¡Él ve la torre!

La puerta de la torre se abrió. Me imaginé que veía la figura de la muchacha salir furtivamente y desaparecer entre las sombras del parque bañado por la luz de las estrellas. No podía estar seguro. Reinaba la oscuridad. Pero, en el fondo, por encima del Museo Metropolitano, por encima de los edificios que jalonaban la Quinta Avenida, pude ver que por Oriente estaba ardiendo la aurora. Una masa de nubes arremolinadas se pintaba de rosa.

La puerta de la torre se había cerrado de nuevo. La torre se había fundido en un espectro, espejeante, tenue, pero todavía allí. Una torre sutil como un espejismo. Y luego desapareció. Desapareció todo. Más por un breve instante me pareció ver que el policía seguía mirando con la misma incredulidad la torre que había visto y que ya no veía.

La pantalla de la televisión se quedó sin imagen. Alan se había puesto en pie.

—¡Ed, mira el cielo por este lado! ¡Es el mismo cielo!

El taller tenía la fachada hacia el Este. El mismo cielo de la visión estaba ahora ante nuestra ventana, el mismo cielo con los mismos modelos de nubes, rosadas ya por la llegada del día. Alan expresó mis pensamientos.

—¡Ya hemos visto este amanecer! ¡La torre ha estado en el parque que se encuentra a nuestras espaldas, el guardia está ahora mismo allí y la ha visto! Esto ha pasado hoy, ahora mismo, hace un momento.

II

Para nosotros estaba claro, por lo menos en parte, lo que había sucedido. El pequeño fragmento de espacio ocupado por el Parque Central había estado presente en las dos visiones que habíamos contemplado. La torre estaba allí; la torre no se había movido en el espacio. La habíamos visto por primera vez en algún reino remoto... del tiempo. Y se había movido no por el espacio, sino en el tiempo. Habíamos vislumbrado la torre cuando asustaba a aquellos salvajes que, en lo que llamábamos el pasado, vagaban por esta islita de Manhattan. El mismo espacio. Los mismos ríos en torno. Pero ninguna ciudad entonces, un denso bosque. Y, en el bosque, este espacio que ahora llamábamos el Parque Central, con el gran Nueva York en torno, crecido en menos de tres siglos de la original Nueva Amsterdam.

Y la torre, inmóvil en el espacio, había venido en el tiempo a 1962. Se había detenido. Ahora, esta misma mañana. Se había detenido y había asustado a un policía del año 1962 en el Parque Central. Y luego se había convertido de nuevo en un fantasma, y, al instante siguiente se había hecho del todo invisible.

Recuerdo mi sorpresa al ver cómo, al parecer, Alan comprendía aquella cosa increíble que nos había ocurrido sin comerlo ni beberlo.

Pensé de pronto que había cosas en la vida de Alan de las que yo no tenía ni la menor idea. Cosas que él compartía con Nanette, pero no conmigo. Se mostraba excitado al hablar conmigo de lo sucedido. Sus morenas mejillas estaban arreboladas por la emoción, sus ojos oscuros tenían un extraño fulgor de excitación.

—Creo, Ed, que puedo entender mucho de esto, cosas que mi padre sabía teóricamente y que llegó a decirme.

Se contuvo. Cuando seguí preguntándole, me interrumpió:

—Has de esperar, Ed. Es todo muy confuso. Parece tremendo. Casi demoniaco —añadió.

¿Qué querría decir con eso? Nanette intervino:

—Pero, Alan, te olvidas de la muchacha, la muchacha que ha entrado en Nueva York esta mañana.

¡La muchacha! ¡La muchacha sombra, surgida de las sombras! ¡Por lo menos, ahora ella era algo tangible! La habíamos visto por la mañana en el Parque Central. La pantalla de la televisión estaba ahora vacía. Nunca nos mostraría nada más que lo que habíamos visto. Y lo que habíamos visto era llegar a la muchacha. Por tanto, tenía que estar todavía en el Parque Central. Alan dijo:

—Me pregunto si debemos dar cuenta de esto. Probablemente, la muchacha será encontrada.

Momentos antes había entrado en otra de las habitaciones del pequeño apartamento. Me arrastró ahora allí.

—Ed, quiero mostrarte algo que puede ser significativo. Que quizá lo sea, aunque todavía no estoy seguro.

Nanette nos siguió. La alcoba se abría hacia el Sur. Estábamos en la parte más alta de un gran edificio al este de la Quinta Avenida.

Sobre los tejados más bajos de la ciudad, podía ver a gran distancia hacia el Sur. En la luz estelar que se desvanecía por allá abajo persistía aún un rayo de luz que subía de tierra a cielo.

—¿Dónde es eso? —pregunté—. ¿El fuerte? ¿Un barco en el puerto? ¿O la Statten Island?

En algún sitio de allá abajo, un haz blanco de luz permanecía inmóvil. Estaba desvaneciéndose en la creciente claridad.

—En la Statten Island —dijo Alan—. Hay un pequeño reflector en el tejado del Hospital Turber. A menudo está de esa manera. ¿No lo has notado nunca?

Tal vez lo había notado, pero nunca pensé en eso. ¿Por qué había de fijarme en ese detalle? Alan añadió, misteriosamente:

—Es raro. Porque me estaba preguntando si estaría allí ahora. Y, en efecto, estaba.

—Mira, Alan, no te pongas tan misterioso. Bastante raro es ya esto de por sí para que tú añadas más misterios.

Sonrió. Vi que una mueca amarga transformaba la sonrisa de sus delgados labios. Había cosas que él estaba empezando a desvelar, cosas que nos iban envolviendo en un torbellino de acontecimientos. Pero ahora Alan sólo dijo:

—¿Has oído hablar alguna vez de ese doctor Turber, Wolf Turber?

—No. ¿Qué tiene él que ver con esto? Porque tú nunca me has hablado de él, Alan.

En mi tono debía de haber una nota de amargura. Él se echó a reír.

—No ha habido ocasión de hablarte.

Nanette me tocó un brazo.

—Fue algo que nos dijo papá antes de morir. Una teoría suya, una sospecha.

—Algo casi inexplicable —completó Alan—. Pero estaba muy serio aquella mañana, cuando murió. Hablándonos de lo que podían ser cosas del mundo científico aunque probablemente nunca se nos revelarían ni a nosotros ni a nadie. Pero después de lo que nos ha pasado esta mañana, para ti no puede ya haber ningún secreto, Ed.

—Bueno —dije—, ¿quién es ese doctor Turber? ¿Qué tiene que ver con vosotros?

—Nada. En 1940, era un joven estudiante de medicina. Luego, durante algún tiempo, trabajó para papá. Ahora es dueño del Hospital Turber, un establecimiento particular, una especie de sanatorio. A su manera, es un genio. Un especialista en enfermedades nerviosas. Y papá decía que era, o habría sido si se lo hubiese propuesto, un físico eminente. Pero no se lo propuso. Abandonó a mi padre, robándole, según creía papá, una gran cantidad de dinero. No estoy enterado de los detalles. No tienen importancia. Nada pudo probarse. Se convirtió en enemigo de papá. Desde luego se detestaban mutuamente. Ya me encontré varias veces con él por casualidad. Un tipo caballeresco, por su aspecto. Y eso es todo lo que sé por ahora.

Volvimos al taller. La pantalla de la televisión seguía brillando, pero sin imágenes. Nanette dijo en voz baja:

—Alan cuéntale lo del doctor Turner y yo.

Me sobresalté. Alan explicó:

—Al parecer, se enamoró locamente de Nan. Siempre la miró con mucha admiración.

—Yo siempre le tuve miedo —dijo ella.

—Y cuando Nanette creció, a pesar de ser enemigo de papá, Turber vino a casa para decirle que quería casarse con Nanette.

Por mi parte lo comprendía muy bien. Nanette era alta y esbelta, con largos cabellos castaños. A mí me parecía muy linda. Alan continuó:

—No entraré en detalles. Sus constantes atenciones no eran bien recibidas. Mi padre se lo dijo y Nanette se lo dijo también.

—Yo siempre le tuve miedo —repitió ella.

Alan sonrió torcidamente.

—Una vez lo puse de patitas en la calle. Un tipo escurridizo y cobarde. No queremos tener nada que ver con él, ¿verdad, Nan?

—Nada. Háblale a Edward de la vida del doctor Turber, según la teoría de papá.

—No comprenderás mucho, Ed. Papá pensaba que había muchos misterios en torno a Turber. Cosas inexplicables. Sus ausencias misteriosas e injustificadas del hospital. Cosas en torno a él que papá percibía. Y el reflector que, sin ningún motivo lógico, tiene desde hace años en el tejado del hospital encendiéndolo de vez en cuando. Eso indica que Turber está ausente, es todo lo que sé.

—Y lo del ayudante de Turber —dijo Nanette—. Ese indio o lo que quiera que sea que está en el hospital.

—Sí. El también. Papá llegó a forjar una extraña teoría, medio esbozada nada más. Yo siempre creí que todo aquello había nacido de la antipatía de papá hacia el individuo. Me la comunicó la misma mañana de su muerte. Creí que eso podría influir también. En los últimos momentos papá desvariaba un poco. Pero es que las visiones que hemos contemplado, tú las has visto también, Ed, no podemos rechazarlas. Todo parece concordar vagamente. Bueno, pero no es el momento de inventar teorías. La muchacha que vimos...

Desde luego, todo estaba centrado en torno a la muchacha. La visión había desaparecido. Y puede que no fuera más que una visión. Pero la muchacha podía ser algo real, aquí, en 1962.

A la policía no le contamos lo que habíamos visto. Quizá era figuración nuestra aquello de que al amanecer una muchacha había salido de una torre fantasma que se había posado en el Parque Central. Aunque lo hubiésemos visto en la televisión, eso no demostraba que hubiera sucedido realmente.

¿Habría habido de verdad un guardia en el Parque que había visto la torre? ¿Y existía aquí en Nueva York hoy esa muchacha surgida de las sombras?

Aguardamos y la cosa llegó a hacerse verdaderamente tangible. Se convirtió en una realidad porque nos enteramos de que había afectado a más gentes que a nosotros mismos.

Los primeros periódicos de la tarde traían una pequeña gacetilla. Algunos de ellos la pusieron en la primera página. Pero sólo era una broma, una historieta para ser leída y olvidada. Era verdad que había salido un guardia al amanecer en el Parque Central, y se había mostrado menos reticente y más incauto que nosotros. Había contado lo que había visto. Y los periódicos se aprovechaban:

«EL FANTASMA DE LA TORRE EIFFEL INVADE EN PARQUE CENTRAL. UN GUARDIA LUCHA CONTRA EL FANTASMA»

Algo para ser leído y olvidado. Una broma regalada a la bulliciosa ciudad por un guardia serio e indudablemente arrepentido ahora de no haberse callado.

¿Y la muchacha?

Los últimos periódicos de la noche traían otra gacetilla. ¿Quién iba a poder relacionar la una con la otra? Porque esta gacetilla era todavía más pequeña, más insignificante y no tenía nada de divertida. Tampoco constituía una novedad y por tanto apenas si merecía una ojeada:

«Muchacha desconocida encontrada a las puertas del Parque Central. Incapaz de hablar de una manera inteligible. Víctima de amnesia. Llevada a Bellevue. Trasladada posteriormente al Hospital Turber, Statten Island.»

¿Quién iba da deducir nada de aquello? Pero nosotros tres sabíamos que estábamos en el umbral de un misterio cuyas puertas sombrías se abrían de par en par para atraernos a su interior.

III

Dejamos a Nanette en casa y Alan y yo nos encaminamos al Hospital Turber a las tres de la larde del día siguiente.

¿Era la muchacha de nuestras visiones la que estaba ahora en el sanatorio Turber como enferma de amnesia? ¿O era sencillamente cualquier otra muchacha que había perdido la memoria y cuyos prosaicos padres no tardarían en presentarse para reclamarla? Cosas como ésta suceden con frecuencia. Decidimos investigar. Los dos estábamos seguros de que la reconoceríamos si era ella.

En el embarcadero de Statten Island, cogimos un taxi que nos llevó varios kilómetros al interior. Era una tarde opresiva, de calor intenso. El sol iba ya de caída cuando llegamos a nuestro destino.

Vi que el Hospital Turber ocupaba una extensión despejada a más de un kilómetro de la ciudad más próxima. Se alzaba sobre una pequeña colina, un inmenso edificio cuadrangular que cercaba del todo a un patio interior. Tenía cuatro pisos de ladrillo y piedra ornamentada; en los pisos altos sobresalían balcones con algún que otro enfermo sentados en tumbonas y protegidos contra el brillo del sol por bonitas persianas.

En torno al edificio había árboles y macizos de flores. Una pesada verja de hierro, reforzada con alambres de púas, rodeaba el inmueble, formando una valla que podría estar destinada a impedir el acceso del público, pero que daba también la impresión de encerrar a los pacientes. La verdad es que el sitio se parecía mucho a un manicomio. Había allí un ambiente de riqueza, pero también de excesiva novedad.

—Turber lo hizo construir hace ocho años —dijo Alan—. Está ganando mucho dinero: no trata más que a gente acaudalada, neuróticos medio locos pero no del todo.

Algunos de ellos estaban por los jardines. En uno de los extremos pude ver pistas de tenis donde había gente jugando.

—No puede negarse que gasta mucho dinero— comenté.

—Sí, es muy rico.

Subimos colina arriba y llegamos a la puerta principal del establecimiento. Desde aquella altura se podían ver las torres humeantes del puerto de Nueva York y el amontonamiento de edificios de Manhattan.

El portero nos dejó pasar cuando Alan pidió ver al doctor Turber.

—¿Crees que nos va a recibir? —pregunté.

—Si está aquí, creo que sí.

—Pero tú mismo dices que no sois muy amigos.

Se encogió de hombros.

—Hablamos con bastante amabilidad cuando nos encontramos. Mientras no moleste a Nanette...

Nos hicieron pasar a la fría quietud de un saloncito de recepción. La enfermera, vestida impecablemente de blanco, nos dijo que seguramente el doctor Turber nos recibiría, pero que por el momento estaba ocupado. Nos dejó solos.

Era una habitación amplia de butacas confortables, alfombras orientales y suelo de madera pulimentada. En el centro, una gran mesa con las últimas revistas.

Nos sentamos. Alan acercó su butaca a la mía. Me habló en voz baja, con rapidez, sin apartar la vista de la puerta en arco que daba al corredor por el que había desaparecido la enfermera.

—Estoy pensando, Ed, que cuando venga Turber tendremos que inventar una excusa para poder ver a la muchacha.

—Sí, pero, ¿cuál?

—Dile, o mejor se lo diré yo, que eres periodista. Seguro que ya ha estado aquí alguno. No nos pasará nada; no tienes que hablar mucho.

En realidad, yo era piloto. Estaba de licencia aquellos tres meses de verano. Pero dármelas de periodista me parecía demasiado.

—No sé —dije dubitativamente—. No tengo carnet de periodista. Si me lo pide....

—Seré yo quien hable, Ed. —Se levantó de pronto, fue a echar un vistazo al corredor y volvió en seguida—. Ven aquí, voy a enseñarte algo.

Me condujo a una de las ventanas. Descorrimos las cortinas y levantamos una de las celosías. Estábamos a unos tres metros por encima del patio interior de cemento. Alan murmuró:

—Fíjate, Ed, qué construcción tan rara la de este edificio. A mí me ha extrañado varias veces, como le extrañaba a mi padre.

En verdad que era una construcción rara. El inmueble cuadrangular cercaba por completo el patio interior. En la planta baja todo era bastante normal. Se veían puertas y ventanas de lo que parecía ser la sala de motores, la cocina, la lavandería. Y en el primer piso también era normal todo. Aquellas ventanas por una de las cuales estábamos mirando y algún que otro balcón en cada una de las alas. Pero encima de este primer piso había otros tres, y luego el tejado plano sobre ellos. ¡Y en esos tres pisos superiores no se veía ni una sola ventana! Nada más que las paredes mondas y lirondas.

—¿Qué te parece esto, Ed? Una arquitectura de locos se dijo

cuando fue construido el edificio. En los tres pisos superiores no hay ni una sola habitación que dé al patio. Casi la mitad del edificio se queda inservible. Fue Turber el que lo proyectó.

—Pero, ¿qué explicación dio?

—Me imagino que ninguna. Era asunto suyo. Tal vez que podía permitirse el lujo de dejarles a sus pacientes todas las habitaciones exteriores.

Y mira ese otro edificio interior.

El patio tenía unos setenta metros de largo por la mitad de ancho. En el centro había un edificio oblongo de ladrillo, de unos treinta metros por veinte y no tan alto como el tejado de la construcción principal. Desde el ángulo donde lo estábamos mirando, yo podía ver toda la fachada de aquel pequeño edificio y una parte de sus extremos. ¡No tenía ni una sola ventana! Ni más puerta que una muy pequeña, en la base y en la mitad de la fachada.

—Es el laboratorio de Turbes —dijo Alan—. Por lo menos, eso es lo que se supone. No tiene más que esa puerta, nada más. Siempre está cerrada. Nadie ha estado nunca dentro, sino Turber y su ayudante indio. Mi padre habló una vez con el arquitecto que construyó esto. Ese laboratorio no es sino dos habitaciones en la planta baja en la parte del frente. Todo el resto son únicamente cuatro sólidas paredes de ladrillo que cierran un espacio interior vacío. ¿Para qué? Nadie lo sabe. Pero la gente habla. No puede impedírsele. Los empleados de Turber. Y muchos de sus pacientes, no del todo cuerdos. Hablan de espíritus, de cosas misteriosas que ocurren entre esas paredes.

Gente no del todo cuerda hablando de cosas incognoscibles.

Pero yo estaba completamente cuerdo; y mientras me encontraba allí, mirando las sombras del crepúsculo que se reunían en aquel patio interior, las lisas paredes superiores del amplio edificio que se ponían oscuras con la caída de la noche; la construcción pequeña, que se alzaba mate y silenciosa en el centro del patio, todo el lugar me pareció de pronto ominoso y siniestro.

Un paso resonó en la habitación, detrás de nosotros. Me sobresalté violentamente; no me había dado cuenta de hasta qué punto tenía los nervios en tensión. Corrimos las cortinas apresuradamente y nos apartamos de la ventana. ¿Sería Turber?

Pero no era él. Un joven se encontraba ante nosotros. Tenía unos pantalones de franela y una camisa de polo con el cuello abierto. Llevaba una raqueta de tenis.

—¡Caramba! —dijo Alan—. ¿Cómo estás, Charlie? ¿Has estado jugando al tenis? Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Un muchacho bien parecido. Dijo:

—¿Que si me acuerdo? Tú estuviste aquí una vez, ¿no es verdad? Estuviste con el doctor Turber.

—Sí —contestó Alan—. Sentémonos, Ed. ¿Cómo estás, Charlie?

Nos sentamos. Charlie seguía en pie delante de nosotros.

—He estado jugando al tenis. ¿Es que va a venir el doctor a verte? —Se le ensombreció el rostro—. Ustedes están perfectamente bien, ¿no? Mi madre dijo... —estaba dirigiéndose a mí—. Mi madre dijo... pero fíjese, no hay que hacerles caso a las madres cuando dicen que uno está enfermo. No lo haga usted nunca. Yo le hice caso y mi madre me dijo que me iba a meter aquí para ponerme bien. Y eso es lo que me pasó y por eso estoy aquí.

Encontré la mirada de Alan. Éste habló.

—Bueno, eso es estupendo, Charley. ¿Y estás mejor, verdad?

—Sí. —Vaciló; añadió luego—: Estoy mejor y me gustaría ayudarte a que tú mejoraras también. Lo estuve pensando la última vez que te vi. Me eres simpático.

—¿De verdad, Charley? Eres muy amable.

—Sí. Tú eres amigo mío. Los amigos son fieles y constantes. Eso es lo que yo pienso.

Se apartó de pronto. Dio un paso hacia la ventana y volvió luego. Su fisonomía había cambiado totalmente; en su mirada había una expresión de astucia, la voz se le hizo ronca, trémula, dramática.

—Vosotros estabais mirando afuera cuando yo entré. Aquí pasan cosas extrañas, pero no es posible verlas durante el día.

—¿No? —dijo Alan—. Estaba mirando...

—Yo las veo siempre, por las noches. Tengo un procedimiento para verlo todo siempre que quiero. Desde el tejado. Sí consigues subir allí, bueno, tal vez yo te enseñe. Porque nosotros somos amigos.

Consiguió que Alan se pusiera en movimiento. Dio un salto y se agarró a Charlie.

—Me gustaría que me enseñaras.

—Sí, puedo hacerlo. Esta mañana vino una muchacha. La vi.

—¿Una muchacha?

—Una muchacha muy guapa. Era guapa, la vi. Se la llevaron arriba. Yo sé dónde.

Alan me hizo una seña.

—¡Vigila por si viene alguien! ¡Charlie, sigue contándome!

Me coloqué a la entrada del corredor. Alan y Charlie siguieron junto a la ventana. Yo podía oírlos.

—Ella está enferma, pero no fue su madre quien la trajo. La

trajeron unos hombres en un taxi, un taxi como el que os ha traído a vosotros.

—Charlie, si yo pudiese venir aquí…

—Tengo una llave de la azotea. No dejan que suba nadie. No ha subido nadie más que yo. Soy demasiado listo para ellos. —Empezó a canturriar—: «Ésta es la llave del cuarto, del cuarto de Barba Azul, el cuarto que no se puede abrir con llave ninguna…»

—¡Charlie, deja eso!

—Es que es verdad. Ya es de noche. Con la luz, nunca pasa nada. Hay que verlo desde el tejado, porque uno está más alto y se puede mirar adentro.

—¿Adentro de qué?

—De su laboratorio. Así es como lo llaman. «Cuatro paredes para ocultar lo que hacen los diablos», como dice Shakespeare. Lo estudié cuando estaba en el colegio. Pero mi madre dijo que yo estaba enfermo.

—Espera, Charlie. Esa muchacha…

—Estaba enferma, me imagino. Todos estamos enfermos. Pero además estaba asustada. Yo no estoy asustado. Me crucé con ellos en el vestíbulo. Me miró, vi que estaba asustada. Entonces me dije a mí mismo que ayudaría a la muchacha. Soy valiente, tengo llaves.

¡Si viniera Turber! Pero el corredor estaba desierto.

—¿Tú sabes qué habitación es la de la muchacha, Charlie?

—Sí.

—¿Tienes la llave?

—¿Llave? Tengo la llave del cuarto de Barba Azul.

Alan lo sacudió.

—La llave del cuarto de la muchacha, del sitio donde la han encerrado.

—La llave del cuarto de Barba Azul, sin excitarse, porque yo no estoy excitado. —Estaba temblando—. Cuando vengas a vivir aquí…

—¡Charlie, escucha! Quiero sacar a esa mu chacha de aquí, ayudarla. No está enferma.

—Yo puedo salir de aquí, pero mi madre me dijo que no saliera. Tengo una llave de la puertecita que hay en el seto, detrás de la pista de tenis. La tengo desde hace mucho tiempo. Tú sabes cómo se hace una llave. Se coge cera y se obtiene un molde. Luego, un cerrajero me hizo la llave cuando estuve en casa en Navidad. Mi madre creyó que era la llave de mi baúl, pero no lo era. Pensé que podría utilizarla para escaparme de cuando en cuando e ir a casa alguna noche. Pero mamá se enfadaría. Y al mismo tiempo mandé que hicieran la llave de Barba

Azul, la llave de la azotea desde donde uno puede ver cosas.

Vi la sombra de un hombre que avanzaba por el corredor.

—¡Alan, aquí viene!

Alan dijo con vehemencia:

—¡Charlie, escucha, fíjate bien, esta noche a las diez! ¿Podrás estar con tus llaves en la puerta de la pista de tenis?

—Sí, esta noche…

—Has de ir solo. No se lo dirás a nadie. Que nadie te vea.

—Sí, de noche, cuando se hacen las cosas oscuras, solo. —Oyó los pasos del doctor Turber y añadió rápidamente—: Estaré allí, a las diez de la noche. Te esconderé en mi habitación. A las once están todos dormidos. Iremos a la azotea, yo digo que es el cuarto de Barba Azul.

—¡Ni una palabra a nadie, Charlie! ¡Por el bien de la muchacha!

—Sí. Y porque somos amigos.

Alan le dio un empujón para retirarlo un poco y dijo en voz natural, como si estuviera siguiendo una conversación sin importancia:

—Pues no sabía que jugases tan bien, Charley. Me alegro mucho, pero creo que será mejor que vayas a lavarte y a cenar.

—Sí, eso es. Mamá dice que nunca hay que retrasarse para la cena.

Todos nos volvimos cuando el doctor Turber entró en la habitación.

Era un hombre de unos cuarenta años, indudablemente de una personalidad extraordinaria. En este mundo hay algunos hombres que tienen poder para el bien o para el mal, un poder que los aparta del prójimo. Una irradiación, un aura, un algo en su actitud inconsciente, una confianza, un fulgor en los ojos, todo ello inconfundible. El doctor Turber era una de esas personas. Señalado para grandes cosas, buenas o malas.

Físicamente, me resultó en seguida de un aspecto repulsivo. Un corpachón pesado y poderoso, de hombros anchos, espesos y sólidos, el pecho profundo, los brazos largos y potentes. Si anduviese erguido podría tener un metro noventa de estatura. Pero se encorvaba. No era exactamente una joroba, sino una inclinación constante que había redondeado sus hombros hasta casi deformárselos.

Tenía la cabeza maciza, colocada sobre un cuello amplio y corto. Cabello negro, cortado al cepillo, agrisándosele en las sienes. Una cara sólida, de grandes mandíbulas, rigurosamente afeitada, con ojos negros que miraban a través de unos lentes sin aros de los que bajaba una ancha cinta negra.

Se detuvo ante nosotros; vaciló, pero la fuerza de un gorila parecía

estar oculta en su cuerpo rotundo enmascarado por la pulcritud de sus ropas. Puntiagudos zapatos de cuero rojizo, pantalones grises, chaqueta de un gris más oscuro con chaleco blanco al que estaba atada la cinta negra de los lentes. Y con una mano jugueteaba con la cinta.

—¿Le ha molestado a usted, Tremont? Charlie es un buen muchacho. Un poco atrasado mentalmente, como la mayoría de los que están aquí.

Charlie había sido despedido sin más ceremonias. Turber añadió:

—No ha traído usted a la encantadora y pequeña Nanette. ¿Dónde está? Me gustaría mucho más haberla visto a ella que a usted, Tremont.

Alan, desde su estatura de uno ochenta y cinco, miró de arriba a abajo a Turber. Pasó por alto la alusión a Nanette y dijo:

—Ayer por la mañana encontraron a una mu chacha en el Parque Central. Los periódicos dicen que se trata de un caso de amnesia. Fue trasladada aquí desde Bellevue. Aquí, mi amigo Williams trabaja para algunos periódicos; le gustaría verla.

El rostro de Turber permaneció tranquilamente cortés. Su mirada se clavó en mí. Hizo que el corazón me diera un vuelco. Con su sereno y agudo escrutinio, parecía que leyese sin dificultad el fondo de mis pensamientos.

—¿Una muchacha? ¿Un caso de amnesia? No, aquí no ha venido ninguna muchacha.

Su mirada osciló entre nosotros dos mientras su ancha boca de labios delgados sonreía irónicamente. Añadió:

—Por lo visto, usted cree todo lo que lee. Es usted muy confiado.

La falta de reacción de Alan me sorprendió.

—Entonces, ¿no va a dejar que la veamos?

—No, ¿por qué había de hacerlo?

—Pero admite usted que está aquí.

Entre aquellos dos hombres no existía la menor simpatía. Turber replicó:

—¿Por qué tendría que someterme a su interrogatorio?

—Sé que está aquí —dijo Alan—. Lo que usted quiere dar a entender es que no tengo ningún derecho a pedir que me deje verla.

Turber se inclinó irónicamente. Alan prosiguió:

—Le advierto que creo poder conseguirlo.

—Es posible.

—Sí, tan posible. En primer lugar, es un asunto del dominio público mientras se establece o no su identidad. Hasta ahora no sé por

qué se la mandaron a usted desde Bellevue.

—Eso es una de las muchas cosas que a usted no le importan.

—Estoy empeñado en que me importen. Le aseguro que a mi amigo y a mí nos darán una orden para que podamos verla. Vámonos, Ed; estamos perdiendo el tiempo. Ya veremos lo que dicen en Bellevue. Hay en este asunto muchas cosas que no comprendo.

—Turber replicó bruscamente:

—No le hubiera puesto ninguna dificultad, Tremont, si se hubiera presentado como amigo. Pero la verdad es que ha venido exigiendo demasiado imperiosamente y ayudado además por el poder de la Prensa. Me asusta usted.

—¿Por qué? ¿Es que esto tiene algo de raro?

—Parece que sí. Por lo pronto, esta inesperada visita suya. Hace un año que no lo veo. He tenido aquí muchos enfermos de amnesia, que no han despertado su curiosidad.

Bajo sus maneras escurridizas, estaba tratando sin duda de averiguar hasta qué punto estaba enterado Alan. Éste guardaba silencio. Fui yo quien contesté:

—La verdad es que me gustaría escribir algo sobre el caso. Pero si para eso hemos de conseguir una orden del Departamento de Sanidad…

—La conseguiremos —terminó Alan.

Bruscamente, Turber adoptó una decisión.

—Podrán verla. Es usted un muchacho terco, Tremont. Lo conozco lo bastante para saberlo.

—¿Podemos verla ahora? —preguntó Alan.

—Sí. Pero solamente un momento. Ha perdido la memoria. Espero hacérsela recobrar con el tratamiento usual.

Nos guio por el corredor, caminando delante de nosotros con su pesado andar. Indicó:

—Por aquí. Está en el piso de arriba.

Dio la vuelta a un ángulo del pasillo. Alan me cuchicheó:

—Fíjate por dónde vamos. Trata de recordar dónde está la habitación. —Y al médico—: ¿Qué edad tiene la enferma, doctor Turber?

—Aparenta unos veinte años. Es una criatura de aspecto raro. Yo diría que es de una familia culta.

Subimos por una escalera. Caminamos por otro corredor. Yo trataba de irme orientando, dije:

—¿Es americana?

—Probablemente, no. —Se encogió de hombros—. Va vestida de

una manera muy rara. Se opuso a que las matronas de Bellevue la cambiasen de ropa. Parece que hubiera huido de un baile de máscaras. Supongo que ya se habrá averiguado algo. La policía tiene más detalles. La devolveré a Bellevue; no me interesa ninguna publicidad rara.

En los rellanos, nos cruzábamos con algún que otro paciente; nos miraban con curiosidad, escabullándose en cuanto veían a Turber fruncir el ceño. Uno de ellos era el joven Charlie. Apareció como por ensalmo a mi costado, me lanzó una mirada rápida significativa y desapareció.

La anormalidad estaba en el ambiente, en todos los rincones de aquella casa. Vestíbulos con espesas alfombras; una iluminación pobre y turbia en la penumbra del crepúsculo. Aquellos enfermos, la mayoría muchachos, con libertad para moverse por todas partes y al parecer muy saludables, pero anormales de una manera indefinible aunque inconfundible. Toda la casa me causaba una sensación de pesadilla.

—Por aquí, Tremont.

Estábamos en el piso superior, inmediatamente bajo el tejado. Había un ascensor en la parte delantera del edificio, pero no lo habíamos usado, habíamos subido tres tramos independientes de escalera, muy separados el uno del otro. Calculé que estábamos en la parte más alta del ala situada al otro lado del salón de recibir.

Turber se detuvo y sacó una llave del bolsillo.

Yo había notado mientras cruzábamos los vestíbulos, que todas las habitaciones se abrían hacía fuera; la parte interior situada frente al patio era siempre una pared lisa de corredor, sin sugerencia alguna de habitaciones. Pero Turbes se detuvo ahora ante una pequeña y pesada puerta de caoba en la parte del patio.

—Está aquí Tremont. La tengo encerrada con llave. Se escapó de alguna parte. Es un rasgo característico de estos casos, el deseo de escapar. Si se me escabullese, las autoridades formarían un buen jaleo.

Se detuvo un momento haciéndonos algunas advertencias en voz baja. La muchacha se sobresaltaría; se sobresaltaba al ver a cualquiera. Pero sobresaltarse un poco podría resultarle útil. Sonrió.

—A veces la amnesia se ha curado de un golpe en la cabeza. Pero no recomiendo el procedimiento.

—¿Podré hablar con ella? —pregunté.

—No serviría de nada. Ella no comprende y sus propias palabras son absolutamente ininteligibles.

Había otra habitación directamente al otro lado del vestíbulo. Estaba abierta, dejando ver un dormitorio en cuyas ventanas se

derramaba el sol poniente. Un hombre se asomó a la puerta. El ayudante indio de Turber, según me dijo Alan después. Evidentemente estaba allí de guardia. No habló; vio al doctor Turber y volvió a entrar en la habitación.

Pero en aquel instante en que se hizo visible me produjo una de las impresiones más fuertes de mi vida. Un hombre con pantalones y camisa blancos; de elevada estatura, superior a un metro ochenta. Liso cabello negro abierto por una raya en el medio; la cara de un moreno rojizo, la nariz achatada. Pero había algo más que eso. Vi en torno a él un no sé qué de misterioso. Una indescriptible impresión de algo increíblemente siniestro y sombrío.

Llevaba una revista en la mano. Si en lugar de eso hubiese sido un tomahawk goteando sangre, si su cara de chata nariz hubiese llevado rayas de ocre y su cuerpo hubiese estado despojado de los atuendos de la civilización, habría parecido mucho más normal. Lanzó un gruñido al encontrarse con la mirada del doctor Turber y se retiró. Turber volvió a decir:

—Creo que no debería usted hablar con ella, pero puede hacerlo si gusta.

Llamó a la puerta de la muchacha. Giró luego el picaporte y empujó.

Nos quedamos en el umbral. Era una habitacioncita confortablemente amueblada. Sin ventanas. Una mesita con una lámpara que daba una luz suave y amarillenta. La muchacha estaba como una fierecilla sobresaltada en el centro de la habitación. Era la muchacha que habíamos visto en la pantalla.

Una criatura presente aquí y de una delicadeza de cuento de hadas. Casi irreal. No tenía más de uno sesenta de estatura, de cuerpo esbelto y delicado; una jovencita a punto de convertirse en mujer. Una criatura encantadora, como la visión de una niñita en un cuento infantil. Al aire las piernas desnudas, llevaba un vestido azul más parecido a una túnica. El cabello flotante, pálido como el lino. Un rostro pequeño y ovalado, de una exquisitez y delicadeza de camafeo. Ojos de un azul cielo.

Aquellos ojos nos miraron fijamente. Sorprendidos. Pero no eran unos ojos vacíos ni confusos, ni los ojos de una persona perturbada mentalmente. Se dirigieron al doctor Turber, y como éste se apartara un momento, los ojos se posaron en Alan. Y yo leí en ellos y Alan también, una muda y furtiva mirada de súplica.

IV

Las grises paredes del sanatorio Turber estaban pintadas de rojo por el sol poniente cuando nos marchamos en el taxi, que se había quedado aguardándonos. El encuentro con la muchacha había sido brevísimo. Le hablé; le dije fatuamente:

—¿No nos conoce usted?

Ni siquiera intentó contestar. Su mirada pasaba de Alan a mí. Retrocedió un paso como si el sonido de mi voz fuera algo aterrador, pero yo habría jurado que era a Turber a quien ella estaba vigilando; era de Turber de quien tenía miedo, no de nosotros.

—Vamos —dijo él—, ya está bien.

No habíamos llegado a cruzar el umbral. Cerró la puerta tras la que se quedó la muchacha. Su mirada parecía seguir buscando el rostro de Alan.

Turber nos condujo abajo. Charlaba volublemente sobre el caso de la chica; nos acompañó hasta la puerta y nos despidió con una risueña inclinación.

—Espero verle de nuevo, Tremont. Traiga a Nanette cuando venga la próxima vez, ¿quiere?

Lo decía irónicamente. Pero había algo más que eso: debajo de su burla se notaba una intensidad que me hizo estremecer. Y se apoderó de mí un gran terror por Nanette. La habíamos dejado sola en casa.

Turber siguió mirándonos mientras nos alejábamos. Lo recuerdo allí de pie sobre los escalones de la puerta del garaje; su figura de gorila tan inmaculadamente vestida de gris, los dedos jugueteando con la cinta negra de sus lentes, la boca torcida en una tenue sonrisa. ¡Una figura siniestra! ¡Satánica! Un Mefistófeles muy moderno ese Turber. Un genio para el mal; ésa era mi convicción.

Hicimos en silencio el regreso en el taxi. Yo no hada más que pensar en Nanette. Me pareció de pronto que estaba en peligro; mi mayor deseo era volver cuanto antes.

Despedimos al taxi. En el embarcadero dije bruscamente:

—Alan, vamos a telefonear a Nanette.

—¿Por qué?

—Estoy preocupado por ella —tartamudeé—. Alan, ese tipo, ese Turber…

Llamamos al apartamento. Ella contestó en seguida.

—¿Estás bien, Nanette? —pregunté.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas, Edward? ¿Cuándo volveréis? Ya

empezaba a estar preocupada por vosotros.

—No tardaremos ni una hora.

Colgué. Me sentía enormemente aliviado. Embarcamos en el transbordador.

—¿Qué te propones hacer ahora? —le pregunté a Alan.

—Coger nuestro coche y volver por la noche.

—¿Con Nanette?

—Sí. Me hago cargo de tus sentimientos. Ese tipo de Turber, esa cosa siniestra...

—No hay que dejar sola a Nanette un momento. Preferiría que no estuviese sola ahora en casa.

—Llegaremos en seguida. Cuando volvamos, te quedarás en el coche con ella —dijo Alan.

¿Mientras él se reunía con Charlie en la puerta de la pista de tenis? No me veía a mí mismo desempeñando un papel tan inactivo.

—Es lo mejor, Ed. Sólo uno de nosotros debe entrar. Si entramos los dos, será más fácil que nos descubran. Además, no podemos dejar sola a Nanette.

—¿Tú crees que él te estará esperando?

—¿Charlie? Creo que sí. Esos tipos un poco chiflados son muy listos. Dice que me esconderá en su habitación.

Debatimos el problema. Había mucho que debatir aunque hubiera tan poca cosa tangible. Pero comprendo ahora que Alan, con su mayor conocimiento de todo lo que aquello podía significar, haber formado ya planes bien definidos. Era una tontería discutirlos conmigo. Y no discutió.

Llegamos junto a Nanette y cenamos. Mi reserva coincidió con la de Alan cuando llegó el momento de darle detalles a su hermana. Aquello nos habría llevado a una teoría fantástica y sin sentido. Lo único cierto era que la muchacha de la torre estaba ahora en el sanatorio, que era prácticamente una prisionera y que teníamos que liberarla. Eso fue lo que le dijimos a Nanette, pero nada más.

Cenamos apresuradamente. Nanette tenía la comida lista cuando llegamos.

Eran las ocho cuando nos pusimos en marcha. Alan sacó su coche del garaje contiguo. Nanette, con las trenzas recogidas, estaba dispuesta. Llevábamos todos chaquetones de cuero. La tarde estaba refrescando; el cielo estaba cubierto.

Alan entró en su taller; volvió con una pequeña bolsa de tela.

—Nanette, dame tu capa negra; no consigo encontrarla.

—Yo pensaba que iba bien con esta chaqueta y este sombrero,

Alan, ¿Tan fea estoy?

La pregunta nos hizo sonreír.

—No digas tonterías. No vamos a la Opera. Necesito tu capa para otra cosa.

Ella entró en la casa y le trajo la prenda. El coche era un Sedan grande. Alan puso en el asiento trasero la capa y la bolsa de tela; llevaba en ella herramientas del taller, según me explicó cuando le pregunté. Los tres nos sentamos en el asiento delantero como teníamos por costumbre. Alan conducía.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Alan—. Espero que cojamos un transbordador sin necesidad de aguardar mucho.

Fue conduciéndonos hábilmente hacia el Sur a través de las calles de la populosa ciudad. Yo miraba en torno. Éste era el Nueva York de 1962. De pronto, me sentí completamente ajeno a él.

Cogimos el transbordador con el tiempo justo. El cielo continuaba cubierto; llovió un poco y luego paró. Sacamos el coche del transbordador y nos internamos en Statten Island hacia el sanatorio de Turber.

—Creo que conozco un buen refugio —nos dijo Alan.

Lo encontró, un trozo de carretera desprovisto de iluminación. Paró y apagó los faros. La oscuridad se abatió sobre nosotros.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—A poco más de un kilómetro del sanatorio de Turber. Puede verse desde lo alto de la cuesta.

Empezamos a subir. El cielo era de un gris macizo. Estábamos en un paraje solitario; había por allí un seto que bordeaba unos terrenos, pero sin ninguna casa a la vista. El camino serpenteaba dándole un rodeo a un corte profundo. Alan había aparcado el coche a un costado; un árbol frondoso lo cubría. Más allá de los árboles pude distinguir las luces de un pueblecito cercano; un tranvía, una carretera iluminada y la colina con las luces del establecimiento de Turber. El reflector no estaba encendido.

—¿No sería mejor que nos acercáramos más, Alan?

—No, aquí estaréis bien, Hay poco más de un kilómetro.

—Pero, ¿te acordarás de dónde estamos? ¿Podrás encontrarnos cuando vuelvas?

—Sí. Vosotros mantened las luces apagadas y esperadme.

—¿Cuánto tiempo, Alan? —La ansiedad se apoderaba de mí—. Si no has vuelto a medianoche, ¿qué debemos hacer?

—Volveré. No os preocupéis.

Besó a Nanette. Me quedé sentado al volante con ella a mi lado. La

figura de Alan, con su pequeña bolsa y la capa negra, se destacó débilmente unos momentos por la carretera y desapareció después.

Eran las nueve y cuarenta. Apagadas todas las luces del coche, estuvimos sentados en la oscuridad, aguardando. Alan había cogido un pequeño revólver y yo también tenía otro.

Las diez. Una campana distante señaló la hora; yo encendí el tablero para comprobar. Nanette me oyó moverme.

—¿Qué pasa, Ed?

—Nada. Estaba mirando la hora.

—¿Las diez?

—Sí.

Guardamos silencio. Ya Alan debía de estar en la puerta de Turber. Pero, ¿qué confianza merecía aquel joven Charlie? Tal vez, ni siquiera tenía la llave del campo de tenis. O se le había olvidado acudir. O Turber lo había visto y lo había detenido. O, peor aún, lo había seguido y había cogido a Alan en la trampa. Me asaltaban mil dudas y temores.

Las diez y media. Las once. ¿Qué estaba haciendo Alan ahora? Pero me dije a mí mismo: «Estamos en 1962, no en las oscuras épocas del pasado. Esta es la civilizada Nueva York. » Si Turber cogía a Alan moviéndose furtivamente por el sanatorio, ¿qué iba a pasar? No se atrevería a asesinarlo. O tal vez sí.

Esperar es muy difícil. La imaginación trabaja con demasiada actividad. Empecé a pensar que Alan no volvería. Nanette se pegó a mí en la obscuridad.

—Ed, ¿qué hora es?

—Falta poco para las doce.

—Ed, tengo tanto miedo...

Empecé a planear lo que haría. Esperar aquí hasta medianoche o quizá hasta la una, llevar el coche hasta el sanatorio y preguntar francamente por Alan. En el peor de los casos, podían haberlo cogido y haberlo detenido como merodeador. Apreté los dientes. Si antes de que se hiciera de día no lograba localizar a Alan, haría que toda la policía de Statten Island subiera al sanatorio para buscarlo.

—No te asustes, Nanette; volverá de un momento a otro.

No había pasado un alma por la carretera. Parecíamos estar totalmente aislados. El cielo seguía cubierto; no se veía una sola estrella. En lontananza habían flameado algunos relámpagos y oímos el trueno distante, pero la tormenta retrocedía ahora. Hubo un poco de viento frío, pero luego se extinguió. La noche era negra y espesa. Sin un soplo. Y creo que mis temores me tenían también sin aliento.

Estaba allí sentado con Nanette acurrucada a mi vera, mirando fijamente en la oscuridad, hasta dolerme los ojos, buscando la figura de Alan.

Dieron las doce.

Desde el tejado del sanatorio Turber, el haz del reflector centelleó bruscamente en el cielo. Se quedó luego allí colgado, inmóvil. Se lo dije a Nanette.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué puede ser?

—No lo sé.

Estábamos tensos, con todos los sentidos alerta. Nanette, de una fantasía exasperada y de UN oído más fino que lo normal, gritó de pronto.

—¡Eso ha sido un disparo! ¡Escucha! ¡Y ahora, otro!

También a mí me parecía oír el ruido de disparos distantes. ¿En el sanatorio de Turber?

—Debe ser el reventón de un neumático —dije—. O el escape de un coche.

Pero ella insistió:

—Me pareció oír gritos, alguien que chillaba.

—¡Tonterías!

Otro intervalo. El reflector seguía alumbrando, inmóvil.

—Ed, ¿qué es eso? ¿No oyes?

Yo no oía nada, pero era evidente que Nanette sí.

—¡Alguien viene! ¿No lo oyes?

Entonces lo oí. Pisadas que se aproximaban a la carretera, resonando débilmente en la oscuridad de la carretera pedregosa.

* * *

Alan subió hasta el sanatorio. Oyó dar las diez en el reloj. Unos jardines a la manera italiana estaban colocados por el lado Este de los terrenos del hospital. Por allí estaba la puerta principal. Alan oblicuó hacia el Oeste. En la cuesta de poniente de la colina había un cementerio, con un estrecho camino que bordeaba el alto seto de hierro como una vereda. Todo estaba oscuro allí, pero Alan recordaba que las pistas de tenis se hallaban en aquel rincón apartado. Según lo dicho por Charlie, tenía que haber por allí una puertecita.

¿Cumpliría Charlie su palabra? Era posible que todo lo que había dicho fuese el desvarío de una mente desequilibrada; el muchacho muy bien podía haberlo olvidado ahora por completo.

De pronto, Alan dio con una puertecita de hierro empotrada en la

verja. Una sombra oscura estaba detrás.

—¿Eres tú, Charlie?

—Sí.

—¿Estás solo?

—Sí.

—Déjame entrar.

La puerta giró hacia adentro. Alan entró y la cerró cuidadosamente.

—¿Dónde está la llave, Charlie?

—Aquí.

—Guárdala bien. Por ahora, dejaremos la puerta abierta. Cuando yo me vaya, tú puedes volver a cerrar.

—Sí.

—¿No ha pasado nada por aquí, Charlie?

—No.

—¿No te ha visto nadie? ¿Estás seguro?

—Nadie. Creen que estoy en la cama. Y lo estaba, pero me he levantado. Fíjate cómo voy vestido.

Pasaban en aquellos momentos junto al débil resplandor que salía de una ventana de una habitación con la luz encendida. Llevaba puesto un largo batín oscuro.

—Y fíjate en mis zapatos de tenis de un azul oscurísimo. Ropas oscuras para las oscuras acciones nocturnas.

—¡Quítate de la luz! ¿Hemos de ir primero a tu habitación?

—Sí, yo te llevaré. Hay una puerta lateral, yo sé dónde está.

Empezaron a moverse junto al filo del patio, luego bajo los umbrosos árboles del jardín.

—Pero, ¿no cerrarán esa puerta por la noche, Charlie?

—Ya lo hicieron. Pero es una cerradura de pestillo y yo la he abierto por la parte de dentro y la he dejado sin cerrar.

A pesar de que era aún temprano, había pocas luces encendidas en el edificio.

—Casi todo el mundo está en la cama —cuchicheó Charlie—. Todo el mundo, menos el doctor. Él nunca se acuesta.

Charlie sabía dónde estaba la habitación de la muchacha. El indio se encontraba de guardia allí, al otro lado del vestíbulo. Pero Alan comprendía que no existía motivo alguno para que la puerta de la habitación de la muchacha tuviera que estar vigilada demasiado estrechamente. Nadie iba a figurarse que alguien tratara de libertarla. Aquel indio aflojaría en su vigilancia a medianoche; probablemente se iría a dormir a su propia habitación, dejando abierta la puerta que

daba al vestíbulo para oír si la muchacha formaba algún ruido raro.

Charlie y Alan llegaron a una pequeña entrada en la planta baja.

—¿Están desiertos los vestíbulos?

—Sí. Nadie nos verá. Además, por la noche están a oscuras. Si quieres ir primero a mi habitación…

—Sí.

Había una pequeña luz en el recibidor interior.

A aquella claridad, se veía a Charlie con el cabello revuelto, la cara blanca y los ojos brillantes. Estaba temblando de excitación.

—Ven. ¿Qué llevas ahí? —preguntó el muchacho.

Alan tenía puestos zapatos de suelas de goma; un largo y suave abrigo negro y una gorra oscura. Llevaba la bolsa bajo el brazo. En el bolsillo del abrigo tenía el pequeño revólver.

—Herramientas, Charlie. Para abrir la puerta de la habitación de la muchacha más tarde, cuando el indio se quede dormido.

La bolsa contenía un cincel, un destornillador y otras herramientas con las que forzar una cerradura. Y un tarrito de cloroformo y una esponja.

Atravesaron el vestíbulo y se internaron por el corredor principal. Alan temía que pudiesen descubrirlos de un momento a otro. Le sería imposible acordarse del sitio por donde habían entrado.

—¡Aquí, entra aquí!

Charlie lo había agarrado de pronto por el brazo. Cruzaron un arco y Alan se encontró en una habitación conocida: el recibidor. Estaba a oscuras. Su mobiliario brillaba débilmente a la luz que venía del corredor. Como sombras, se metieron tras los cortinajes de una de las ventanas.

—¿Qué pasa, Charlie? ¿Es que viene alguien?

—No, quiero enseñarte algo ahí afuera. Grandes cosas van a suceder aquí esta noche, oscuras acciones del misterio. Lo sé, lo he visto todo.

Con grandes precauciones, levantaron un poco una de las celosías. Alan vio que el patio principal estaba silencioso y a oscuras. La única puerta del laboratorio seguía cerrada.

—¿Qué pasa, Charlie? ¿Es que hemos de quedarnos aquí?

—Sí. Grandes cosas están en marcha. Ya verás.

—Pero, ¿a qué te refieres? ¿Qué has visto?

—Cosas que tú no puedes ver desde aquí. Desde el tejado, puedes verlas porque estás más alto que esas paredes. ¿Quieres que vayamos al tejado? Yo tengo la llave, la llave de Barba Azul.

—No, quedémonos aquí un rato.

Estaban relativamente a salvo tras las cortinas. Alan aguardaba a que se hiciera más tarde para poder subir a la habitación de la muchacha.

Se acurrucaron en la ventana. Transcurrió media hora. Una hora, eran ya cerca de las once y media. No se veía ninguna luz en las ventanas del patio; todo estaba a oscuras.

Una o dos veces, Alan había oído pasos en el corredor principal fuera de la salita de recibir. Pero nadie había entrado y hacía ya hora y media que no se escuchaba ningún ruido.

Otro intervalo.

—Ya llevamos aquí bastante tiempo —decidió Alan.

—Está bien. —El muchacho estaba temblando de nuevo—. Es medianoche, ¿verdad? «El embrujado tiempo de la noche, cuando se abre el bostezo de las tumbas y el mismo infierno trae su contagio a este mundo. Podría yo ahora beber caliente sangre y hacer cosas amargas que aterraran al día...»

—¡Charlie, cállate ya!

—Es Hamlet. Me gusta Hamlet: un poco loco, pero aunque se burlen de mí, no pueden pegármela.

—¡Cállate! Subamos ahora.

—¿Quieres? Está bien. ¿Adónde vamos?

—A la habitación de la muchacha. ¿Sabrás llevarme?

—Sí. Pero ella no está allí.

La respuesta electrizó a Alan. Agarró con fuerza el brazo de Charlie.

—¿Cómo? ¿Que no está allí? ¿Qué quieres decir?

—¡Cuidado! ¡Me estás lastimando!

El muchacho se zafó.

—Perdona, Charlie. Pero ten cuidado, estás haciendo demasiado ruido.

—Está bien. Pero me has lastimado. La muchacha no está arriba.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste antes? ¿Dónde está?

Charlie señaló a la ventana.

—Allí, en el laboratorio. Se la llevaron allí poco antes de que yo saliera a abrirte.

—¿Se la llevaron? ¿Quiénes?

—El doctor. Y el indio. Es Uncas, como lo llamamos nosotros. Uncas fue un mohicano, ya lo sabrás.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Alan con el corazón oprimido, porque aquello, que no sabía si era cierto, cambiaba totalmente sus planes.

—¿Que donde están? ¿Quiénes? ¿La muchacha? Ahora está ahí. Ellos la encerraron ahí y luego volvieron.

—¿Adonde? ¿Cuándo pasó eso?

—A eso de las diez. Los vi salir del laboratorio pero ya era hora de yo fuese a dejarte entrar.

—¿Vinieron aquí, al edificio principal?

—Sí. Están en las habitaciones del doctor, me imagino. Están preparándose para alguna cosa. Ya verás. Por eso he estado esperando; pronto volverán al laboratorio.

Alan comprendió que aquello era verdad. Muchas de las cosas que Charlie había dicho encajaban con las propias ideas de Alan.

—Charlie, ¿podremos bajar ahí?

—¿Al patio? Sí, desde luego. Hay dos o tres caminos. Esto no es una cárcel, se puede ir a cualquier sitio si se sabe cómo. Yo he estado en todas partes y nunca me ha cogido nadie.

Se escabulleron por el corredor en penumbra. Estaba cerca un tramo de escalera. La planta baja se hallaba completamente a oscuras. Charlie localizó un vestíbulo en cruz y abrió una puerta.

Estaban en el pavimento del patio. Cerca de uno de los extremos del edificio interior se veía un oscuro contorno. Se movieron sin hacer ruido por el espacio libre y se aconcharon a la pared de ladrillos del laboratorio.

—¿Estamos muy cerca de la puerta, Charlie?

—No, no está lejos. Esta tarde dejaron por aquí una carretilla. Podemos escondernos detrás.

Localizaron la carretilla. Estaba apoyada en la pared del laboratorio. Su refugio apenas era necesario; el patio allí era de una negrura maciza.

—¿Dónde está la puerta? —susurró Alan.

—Aquí. ¿Qué vas a hacer?

Alan palpó la puerta. No había picaporte; era una puerta de hierro empotrada en una jamba de hierro y ladrillo. Sus dedos palparon una cerradura hundida en el metal de la puerta.

Alan dejó caer la bolsa. No había esperanza

alguna de forzar aquella cerradura. Turber y el indio vendrían de un momento a otro. Lo que quiera que Alan tuviese que hacer habría de hacerlo ahora.

En la sólida oscuridad que tenía junto al codo, la voz de Charlie cuchicheó de nuevo.

—¿Qué vas a hacer?

Alan actuó dejándose llevar completamente por su impulso. Pensó

que la muchacha estaba dentro, sola. Ella bien podía ayudar...

Golpeó en la puerta muy suavemente.

—¿Qué vas a ha...? —empezó Charlie a decir.

—¡Chist!

Llamó de nuevo.

Sucedió inesperadamente; pero, por instinto. Alan estaba preparado para aquello.

La puerta se abrió bruscamente.

Osciló nada más que unas pulgadas; sonó una voz gutural profiriendo palabras ininteligibles.

Por mucho que aquello hubiera sorprendido a Alan, el indio que estaba dentro se sorprendió sin duda mucho más. Alan metió el pie en la abertura, empujó violentamente con su cuerpo poderoso, apoyando el hombro en la puerta. Esta cedió, abriéndose de golpe de par en par, haciendo retroceder al indio.

Alan irrumpió en la habitación. El indio, desarmado, recobró el equilibrio para verse encañonado por el revólver de Alan.

—¡No se mueva! ¡Las manos arriba!

Detrás de Alan, Charlie chilló agudamente:

—¡No entiende inglés! ¡Es mohicano!

Pero la amenaza de Alan fue bastante; el individuo retrocedió hacia la pared, con las manos en alto.

—¡Lo has cazado, lo has cazado!

—¡Charlie, cállate de una vez!

Un torbellino de rápidas impresiones se desató sobre Alan. Una habitación pequeña y desnuda con una debilísima luz. La muchacha estaba presente. Se encontraba en pie junto al indio. Asustada, pegándose a la pared; pero vio a Alan, lo reconoció. Dio un paso adelante.

Charlie estaba haciendo demasiado ruido. La puerta por la que Alan había irrumpido estaba abierta. Si Turber veía la luz u oía la voz de Charlie o cualquiera escuchaba aquel escándalo...

Un torbellino de impresiones instantáneas.

—¡Charlie, cállate ya! ¡Vas a hacer que se despierte todo el mundo! Llévate afuera a la muchacha, irá contigo. Cógela por el brazo; daremos una carrerilla.

La muchacha comprendió. Si no las palabras de Alan, sí, por lo menos, sus rápidos ademanes. Se movió hacia Charlie. Alan retrocedió, sin dejar de tener encañonado al indio.

—¡Vamos, corre, Charlie! ¡Sácala en seguida! Yo os seguiré. Vamos a la pista de tenis.

Alan retrocedió, con los dos jóvenes a su espalda. No había estado en aquella habitación más de treinta segundos. La abandonaba después de haber descubierto el secreto de Turber. La habitación tenía un arco que se abría hacia el interior. Alan se había quedado mirándolo. Charlie lo había visto también y chillaba de excitación. En el patio interior, se alzaba un voluminoso vehículo de un blanco grisáceo: un avión de cabina cerrada. Sobre él, un armazón de mimbre para un techo disimulado. ¡Un vehículo para viajar por el tiempo como la torre viajera que habíamos visto en el Parque Central.

V

Alan se halló fuera del laboratorio. La puerta de éste estaba abierta, con un resplandor amarillento derramándose al exterior. Charlie, cogido a la muchacha, estaba con él. El resplandor los iluminaba. Alan los apartó a un lado.

—¿Por dónde cogemos, Charlie? Hemos de salir de aquí.

Se detuvieron un momento en la oscuridad pegados a la pared del laboratorio. El hospital se había despertado. Una voz gritó. Otras voces se alzaban. Se veían ya luces en muchas de las ventanas. Un griterío que iba llegando a su punto culminante. Alguien encendió una luz en la salita de recibimiento. Se corrió una celosía.

El patio estaba brillante de haces de luz. Pero todavía nadie parecía haberse dado cuenta de las tres figuras que estaban pegadas a la pared.

—¿Por dónde cogemos, Charlie?

Por el momento, Alan estaba confundido. Tendrían que pasar por la parte más baja del edificio, entrar en el jardín, abrirse paso luchando, si era necesario.

La muchacha se mostraba dócil, Charlie estaba temblando de miedo. Alan se desesperó; le dio un empujón a Charlie.

—¡Vamos!

Pero se detuvo bruscamente. El indio había salido a la puerta del laboratorio. Gritó unas palabras vehementes y guturales. Llegó una respuesta. ¡El doctor Turber! El hombre apareció a la luz de una puerta baja en el edificio principal.

Todo pensamiento de fuga quedó borrado momentáneamente de la imaginación de Alan.

—¡Charlie, espera! —Seguían en pie junto a la carretilla erguida—. ¡Mira!

Turber venía corriendo. El haz de luz de la puerta recortaba su presurosa figura. Iba en línea recta a la puerta del laboratorio. No para amenazar a aquellos intrusos, sino sabiendo sólo que su secreto estaba descubierto. Con el hospital revuelto en torno a él, Turber se fugaba.

El indio volvió a desaparecer dentro del cuarto; Turber entró por la puerta a toda carrera. A Alan ni se le ocurrió tratar de detenerlo. En lugar de eso, se acercó a la puerta, fascinado.

La habitación estaba ya vacía; Turber la había atravesado y saltaba dentro del vehículo del patio interior. Cosa de un instante. Luego, la enorme nave, que tenía cerca de treinta y cinco metros de longitud,

con toda su solidez gris, empezó a derretirse, a disolverse. Un fantasma con alas, un espíritu que se disipa.

El patio se había quedado vacío. Sonó la voz de Charlie.

—¡Mira! ¡Allí, allí!

Desde lo alto del edificio del laboratorio, accionado quizá automáticamente por la salida de la nave, el reflector lanzaba su rayo a lo alto.

Alan recobró su espíritu.

—Charlie, por el amor de Dios, sácanos de aquí.

¡No querrás verte metido en todo este lío, ¿eh?!

Ahora ya había figuras en el patio, voces que preguntaban. En una ventana del primer piso, un muchacho de blanco pijama estaba mirando hacia abajo. La excitación lo impulsó a gritar, unos gritos estridentes, penetrantes, que no parecían de este mundo. Unas cuantas voces empezaron a increparlo.

Era una diversión que llegaba en un buen momento. Alan cogió a la muchacha por el brazo. Ella parecía comprender lo que estaba pasando. Corrió con Alan, siguiendo a Charlie por el patio hacia una puertecita baja. En un corredor, se les opuso un hombre. Se apartó cuando vio el arma empuñada por Alan.

Atravesaron una sala en penumbra abarrotada con la maquinaria silenciosa de una lavandería. Pasaron por otra puerta. Un vestíbulo. Al pie de una escalera, dos enfermeras en camisones de dormir vieron a las figuras que huían y empezaron a chillar.

Charlie estuvo manipulando en una puerta; la abrió. Estaban en el jardín lateral.

—¿Por qué sitio? —preguntó Alan—. Tú, vuélvete. Nadie te ha reconocido. Di que no tienes nada que ver con lo que ha pasado.

—¡Por aquí! Está el campo de tenis: luchad y corred, y vivid de nuevo para luchar.

En los jardines había ahora gente. Denunciaban la presencia de intrusos. Una voz gritó:

—¿Por dónde fueron?

Uno de los pacientes empezó de nuevo a gritar. Alguien disparó un revólver, varios estampidos en el aire para poner en guardia a la vecindad.

Cuando llegaron a la puertecita, Alan se detuvo.

—¡Ciérrala después que nos hayamos ido! Despréndete luego de la llave. No dejes que te la encuentren encima. Gracias, Charlie. Eres un pozo: no dices nada, no sabes nada.

—Está bien, no diré nada. —Tocó a la muchacha—. Adiós, se va la

hermosa doncella.

—Sí, Charlie. Gracias por lo que has hecho. No te olvidaremos.

La puerta se cerró. Giró la llave en la cerradura. Charlie dio media vuelta y desapareció entre las sombras de los árboles.

La muchacha se aferró a la mano de Alan y corrió velozmente, ligera como un cervatillo. El griterío del hospital se desvanecía en la distancia.

A los diez minutos, después de correr sin tregua por la oscuridad de la carretera pedregosa, Alan y la muchacha estaban en nuestro coche.

Acomodamos a la joven en el asiento trasero. Nanette se sentó con ella.

—Envuélvela en la capa, Nanette, ¿está ahí?

—Sí.

—Córrete, Ed —dijo Alan—. Yo conduciré.

En medio del silencio, resonaron otros disparos por la parte del sanatorio. Alan puso en marcha el coche y rápidamente le hizo dar media vuelta.

—Menudo jaleo se ha formado. Pero yo me he salido con la mía.

Avanzábamos a toda prisa en mitad de la noche.

Ahora la cosa se presentaba clara para nosotros. Esta muchacha había llegado, en una torre viajera del tiempo, desde el pasado o desde el futuro. Turber poseía además un vehículo del tiempo; uno más eficaz aún que la torre, puesto que parecía ser un vehículo capaz también de viajar por el espacio. Esta muchacha indudablemente había conocido a Turber en algún otro mundo del tiempo. Y le tenía miedo, como se lo tenía Nanette.

Avanzábamos por una carretera casi desierta a aquella hora.

—¿No vamos a coger el transbordador, Alan?

—No. Vamos hacia el Este para entrar en Jersey por el puente. Volveremos a Nueva York por ese camino. Es más seguro.

—¿Qué piensas hacer con la muchacha? —pregunté.

Apenas lo sabía él mismo.

—Por lo pronto, llevarla a casa. Ver si conseguimos entenderla. Ella es inteligente y habla un determinado lenguaje.

Pasábamos por un pueblecito tranquilo y dormido. Era un gran rodeo el que teníamos que dar para entrar por Jersey. La noche estaba muy avanzada y casi despuntaba ya el día cuando nos vimos de nuevo en Manhattan.

Nos habíamos parado una vez en la carretera. Nos hizo parar la voz de Nanette.

—¡Alan! ¡La muchacha está intentando hablarme!

Bajamos las cortinillas del coche y encendimos la diminuta luz del techo. La muchacha era más bajita que Nanette; estaba sentada con su túnica azul arrollada en tomo, envuelta en la larga capa de Nanette. Sonreía y gesticulaba.

—Es monísima, Alan. Ha estado hablando, pero yo no la pude entender.

Su voz era dulce; extrañas sílabas líquidas de una entonación fascinante. Una voz como una música, como el viento agitando las cuerdas de un arpa, haciéndolas murmurar, pero sin que eso significara nada ininteligible para nosotros.

Sin embargo, estaba su manera de gesticular. Dije:

—Ella comprende lo que hemos hecho. Está tratando de decimos que comprende.

Nanette preguntó:

—¿Verdad que me está mirando a mí ahora? Mira, querida, yo soy Nanette, ¿comprendes? No tienes más remedio que comprender. Yo, Nanette. —Se puso la mano en el pecho—. ¿Puedes decirlo? Nanette.

La muchacha dijo con toda claridad:

—Nanette. —Y se echó a reír, complacida—. Nanette, Lea. Nanette, Lea. —Se señalaba a sí misma—. Lea.

—¡Se llama Lea! ¡Sí, querida, cómo te comprendemos!

Yo murmuré:

—En cambio, en Bellevue…

Su oído captó la palabra.

—Bellevue —dijo.

Evidentemente, lo había aprendido mientras estuvo allí.

—Bellevue —repitió, frunciendo el ceño.

Hizo una mueca que no pudimos comprender y se echó hacia atrás acurrucándose contra Nanette. Alan apagó la luz del techo.

—Será mejor que sigamos. Alguien podría ver nos. Tú sigue probando, Nanette.

Decidimos llevarla al apartamento de Nanette y Alan. El personal de Turber en el sanatorio informaría que el médico, su ayudante y la muchacha que sufría de amnesia habían desaparecido. ¿Qué otra cosa podían decir? Probablemente, Charles no hablaría; y Alan no estaba seguro de que él mismo o Charlie hubiesen sido reconocidos. No podría nunca probarse nuestra intervención en los misteriosos disturbios nocturnos ocurridos en el sanatorio Turber.

Estábamos en las tranquilas calles de las afueras de Nueva York cuando Nanette nos llamó de nuevo.

—¡Entiende la palabra «torre»! Acaba de decirla. Lea, ¿a qué te refieres? Dilo otra vez, dile algo a Nanette.

Lea murmuró:

—Torre, torre.

Parecía estar tratando de mirar por la ventanilla. Me eché hacia atrás y descorrí la cortina.

—¿Te parece bien, Alan?

—Sí. ¿Qué querrá hacer?

Ella estaba mirando por la ventanilla. Recorrimos en silencio unas cuantas manzanas. Alan no dijo nada, pero el caso es que no se dirigió a la calle 42 como me había anunciado, sino que siguió por el Norte hacia la calle 59, se encaminó luego hacia el Este y pronto llegamos al borde meridional del Parque Central.

Lea había estado mirando con la mayor atención. Reconoció el parque. Murmuró insistentemente:

—Torre, torre —e incluso le tocó a Alan en el hombro.

Me pareció comprender. Empecé a decírselo a Alan pero él me interrumpió:

—Sí, espera, Ed. No digas nada, limítate a observarla.

Puso fin también a las preguntas de Nanette. Subimos por la Quinta Avenida. El parque oscuro y arbolado estaba a nuestra izquierda. Nanette iba sentada muy quieta, tratando de comprender la súbita tensión que se había apoderado de nosotros. Lea miraba por la ventanilla al parque. Inmóvil, toda atención.

Unas cuantas manzanas más allá, vimos el Museo Metropolitano. Alan aflojó la marcha del coche.

—Lea.

Se volvió al oír su nombre. Ella sonrió, señaló al parque, luego a la puerta del coche.

—¡Reconoce el sitio, Alan! —exclamé—. Quiere bajar. ¿Qué vas a hacer?

Él había vuelto en la primera esquina.

—Vamos a pararnos aquí. Vamos a ver qué es lo que quiere.

Abrimos la portezuela. Me quedé en la acera. Aquella travesía estaba desierta y casi a oscuras.

—Lea.

Se volvió de nuevo cuando Alan habló. Sonrió y señaló otra vez al parque. Y tiró de Nanette.

—¿Qué quieres, querida Lea?

—Quiere que salgas, Nanette.

—¿Salgo, Alan?

—Sí. Ayúdala, Ed.

Guie a Nanette. Lea miró a Alan. Éste apagó las luces del coche y cerró el contacto. Le temblaban los dedos.

—Tú adelántate con Lea, Nanette. Deja que sea ella la que te guíe. Nosotros os seguiremos. Veremos qué es lo que quiere hacer.

Los cuatro avanzábamos en la gran ciudad dormida que no sabía nada de nosotros. Cruzamos la avenida y nos internamos en las sombras del parque. Hacia el Este, el cielo plomizo sobre los tejados estaba resplandeciendo con el alba inminente.

Caminábamos bajo los árboles, costeando el lago, viendo a lo lejos el edificio sombrío del Museo.

Lea se había quedado con aquel paisaje. Lo miraba como cosa conocida. Era el sitio preciso donde había estado la torre en un tiempo de trescientos años atrás. Pero, ¿y 3.000 años antes? ¿Qué había sido aquello? ¿Una selva virgen? ¿Y 300.000 años antes? ¿Hombres primitivos ocultándose como nosotros nos ocultábamos en 1962? ¿Y qué sería de este terreno dentro de cien años? ¿Y dentro de mil? ¡Este pequeño espacio, tan cargado de acontecimientos desde el principio al fin...! ¡Acontecimientos separados entre sí por el tiempo únicamente, porque el espacio era siempre el mismo, con sus accidentes superficiales de rocas, árboles, animales y hombres!

Lea iba delante de nosotros. Le cuchicheé a Alan:

—¿Es que crees que la torre que vimos va a volver de nuevo aquí?

—Pues, sí. ¿No lo crees tú también? Eso es lo que ella está esperando, se le nota.

En aquel prado vacío... ¡nada de vacío!

La torre se materializó en un segundo. Se alzó gris y silenciosa. Los cuatro estábamos erguidos, Alan y Nanette un poco apartados a un lado.

La puerta de la torre se abrió. Se recortó un joven en ella, con la luz a la espalda. Estaba allí mirando...

No se trataba de ninguna visión. Era la realidad. Un espacio vacío dos segundos antes. Luego, un fantasma, hacía un momento. Pero ahora una torre auténtica. Sólida. Tan real y tan existente ahora como las rocas, los árboles.

De pronto, casi más cerca aún de nosotros, otra forma se materializó. El vehículo de Turber. Se hacía visible como viniendo de la nada. Se asentaba como una aeronave gigantesca sobre el césped. Se abría su puerta y empezaban a salir figuras.

Por un momento, nos quedamos todos tan sorprendidos, que no pudimos movernos. Lea lanzó un grito. El joven de la torre se

precipitó hacia nosotros. De la nave de Turber, salieron tres hombres corriendo. No estaban a más de diez metros de distancia.

—¡Corre, Ed!

Me di cuenta de que Alan había echado a correr con Nanette. Ella tropezó, se cayó y antes de que su hermano pudiera recogerla, ya estaban atrapados.

Salté hacia ellos. Eran Turber y su indio y un hombre inmenso medio desnudo, que llevaba unas pieles de animal. Empuñaba un hacha de piedra. Alan combatía. Disparó su revólver, pero falló el blanco. El hacha le alcanzó; se cayó, pero no debía de estar malherido porque se puso de rodillas y disparó de nuevo. El gigante del hacha se tambaleó y se desplomó en la hierba.

Di un salto hacia Turber. Otro hombre venía corriendo desde la nave. Turber sujetaba a Nanette, le echaba el abrigo por encima para ahogar sus gritos. No me atreví a disparar. Me acerqué a ellos. Por detrás, alguien me golpeó. Me desplomé, pero recuerdo que seguía todavía luchando, agarrado a las piernas de Turber, que me despidió a puntapiés. Luego, alguien saltó sobre mí, me golpeó de nuevo y caí sin sentido.

Alan se había puesto nuevamente en pie. Turber se llevaba a Nanette. Alan no se atrevió a disparar contra ellos; tambaleándose, trató de acercárseles. Vio que el indio me golpeaba. Y entonces, el indio se puso a girar con una velocidad increíble. Alan estaba herido. El parque en penumbras se disolvía ante sus ojos. Vio que Lea y el joven de la torre estaban juntos, indemnes, contemplando la escena horrorizados, sin saber qué hacer.

Alan, mareado ya, no era enemigo para el mohicano. Disparó a ciegas el revólver, pero falló. El tomahawk del indio le asestó un golpe en la cabeza.

Debió de recobrar el conocimiento en cuestión de segundos. Lea y el joven estaban inclinados sobre él. La nave de Turber había desaparecido llevándose a Nanette y a mí.

Alan no estaba gravemente herido. Se sentó y luego se puso en pie. Lea lo instó a que entrase en la torre. Pero él se resistió y la obligó a hacer uso de la fuerza. El joven que estaba con ella se apoderó de Alan, el cual se encontraba demasiado débil para ofrecer resistencia. A toda prisa lo metieron en la torre. Tuvo tiempo de ver sobre la hierba el cuerpo inmóvil del gigante, con el hacha primitiva de piedra caída a su lado.

La puerta de la torre se cerró tras él. Lea lo hizo sentarse en una butaca y el joven se acercó a un tablero de instrumentos.

Alan sintió un mareo, un aflojamiento de todos sus sentidos y una huida del mundo.

VI

Alan no llegó a perder el conocimiento. Pero fue una terrible sensación de caída, un caos silencioso y pegajoso. La habitación parecía irse enturbiando con una luz plateada que hacía destacar el más pequeño detalle y que luego se disolvía. Tenía la sensación de que su cuerpo se tornaba súbitamente espectral, girando todo él en aquella confusión sin sonido.

Pero esas sensaciones fueron exclusivamente momentáneas, ya que la habitación volvió a ponerse casi normal. Alan estaba sentado muy quieto y miraba alrededor. Un suelo sólido de metal blanco; paredes metálicas de un blanco grisáceo; techo de metal, ventanas y puertas herméticamente cerradas. Una habitación sólida, inconmovible, alzándose en el fondo de una torre plantada sólidamente sobre el terreno. Ésa era la sensación que daba. Casi normal. Pero no del todo. Pues, bajo sus pies, Alan podía sentir cómo vibraba el suelo. Una vibración infinitamente pequeña, infinitamente rápida. Le entraba en el cuerpo como una corriente suave, le producía una sensación de ligereza, de agilidad.

Alan sabía que la torre estaba viajando en el tiempo. No podía decir si en nuestro pasado o en nuestro futuro. Al otro lado de la habitación, ante un tablero de instrumentos, Lea y el joven contemplaban una bancada de esferas luminosas. Hablaban en voz baja, pronunciando palabras ininteligibles para Alan. Lea alzó la vista, captó su mirada y le sonrió. Él se puso en pie, tembloroso y mareado. Inmediatamente, ella se acercó y lo cogió por el brazo.

—Déjeme ver las esferas —dijo.

Sabía que ella no podía entender las palabras, pero el ademán había sido tan claro, que ella comprendió y le ofreció un asiento junto a la mesa.

—San —dijo, y señaló a su compañero.

El muchacho sonrió y le ofreció la mano a la manera de la época de Alan. Era un poquitín más alto que Lea, de aspecto similar, un joven muy bien parecido, pero con rasgos fuertemente masculinos. Ojos azules como los de Lea, el cabello castaño, caído hasta el cuello; una túnica lisa, de un azul oscuro, de forma parecida a la de ella. La túnica dejaba al descubierto sus piernas, delicadamente moldeadas. Un muchacho muy gentil y muy guapo, pero sin nada de muchacha, nada afeminado en su aspecto. Estaba allí en pie con una tranquila dignidad, con una expresión de casi inconsciente superioridad, como

si fuera un gracioso principito. Estrechó la mano de Alan y luego volvió a sentarse frente a sus aparatos.

Alan supuso que se trataba del hermano de Lea. Desde luego se parecían muchísimo. Alan les dio a entender que quería ver las esferas. La mayor parte resultaba ininteligible, pero había una con un indicador que se movía lentamente y que Alan pudo leer. Señalaba 1980. ¡Viajaban hacia el futuro! Alan maldijo el hecho de no poder hablar con sus dos compañeros. Sus pensamientos volvían una y otra vez hacia Nanette y hacia mí. Apresados por Turber. Llevados, ¿dónde? No lo sabía. Pero una cosa estaba clara: tanto Lea como San eran amigos suyos. Lo habían obligado a entrar en la torre porque sabían que era lo mejor que podían hacer. Lo llevaban ahora adelante, a eso que llamamos futuro. Indudablemente al propio mundo temporal de ellos.

Alan se imaginaba que debía de ser un mundo muy avanzado en el futuro, una época en la que el inglés se habría perdido y olvidado y sería, en la Historia, una lengua muerta. Pero una vez que estuviese en aquel mundo, Alan pensó que seguramente tendrían algún medio para comunicarse con él. Sus sonrisas resultaban tranquilizadoras. Lea le miró la cabeza y las heridas del hombro. No eran más que fuertes arañazos.

—No es nada —dijo Alan—. Estoy perfectamente. Pero, ¿y Nanette?

Trató de darse a entender con gestos.

—Nanette —repitió Lea.

Volvió a sonreír, pero luego la cara se le puso solemne.

San dijo de pronto:

—Lea, San, Alan.

Su ademán incluía a los tres. Y luego señaló a la esfera. Alan comprendió. Estaba indicando el año al que se dirigían.

Era el año 7012.

—Pero, ¿y Nanette? —insistió Alan—. Nanette, Turber.

Apuntó con el dedo a la esfera. Pero los hermanos movieron la cabeza. Se mostraban solemnes e impresionados. No conocían el destino de Turber. A Alan se le oprimió el corazón, pero no le quedaba que hacer otra cosa que esperar.

Lea se dedicó a enseñarle la habitación de la torre. Tenía unos dieciocho metros cuadrados, y ocupaba la base entera de la torre. Había muebles que parecían estar hechos de metal. Era una habitación de una blancura grisácea, con las ventanas cerradas ahora y cubiertas por opacas placas metálicas; una luz mortecina cuyo origen él no

podía determinar, iluminaba todo aquel interior gris.

Dos pequeñas secciones de la habitación estaban divididas por costillas de lo que podía ser una gris armazón metálica: uno de los departamentos contenía lo que parecía ser comida; el otro era una sala de instrumentos. De allí llegaba un sordo zumbido. Alan vio líneas de delgados cablecillos de una finura de hilos de araña, que empezaban allí y se distribuían como una tenue red blanca por las paredes, el techo y el suelo de la habitación. Y, en uno de los rincones había una pequeña escalera metálica, una escalera de caracol que subía hasta una trampilla practicada en el techo. Lea hizo un ademán.

—¿Podemos subir? —preguntó Alan.

Ella afirmó con la cabeza. Antes señaló nuevamente a las esferas. Iban pasando por el año 1995. Habló con San. Éste siguió ocupándose de los instrumentos; Alan y Lea subieron a lo alto de la torre.

Era una visión sorprendente. Se encontraban en el estrecho balcón que ceñía la parte alta de la habitacioncita. Alan no se atrevió a mirar abajo mientras iban subiendo por la escalera. Le había parecido que en torno a él se ensanchaba una niebla gris y luminosa. En el balcón, se aferró a la barandilla, que le llegaba hasta el pecho, y miró hacia abajo.

Una ciudad de un gris uniforme, producto de la mezcla de colores de días, noches, estaciones, años, que se fundían en aquel color mate y sin sombras. Una escena de confusión transida de movimiento. Contornos que se esfumaban, cambiando con el aspecto progresivo de los años que iban pasando.

1995, 2000. La gran ciudad de 1962 que estaba allí hacía unos momentos, se había quedado ahora pequeña y anticuada. ¡Qué tremendo gigante, dilatándose en torno! Y todavía seguía creciendo. Los grandes edificios habían crecido y rodeaban ahora al parque. Se alzaban a mayor altura que la torre.

Vio, más allá de la diagonal de Broadway, un tejado que aparecía sobre la calle. Un gran tejado que cubría primero Broadway y luego otras calles. El gigante en expansión de una ciudad. Los contornos de los inmensos edificios se acercaban. El parque se empequeñecía a medida que la ciudad iba envolviéndolo. Estructuras que Alan imaginó que eran grandes terrazas para aviones surgían sobre enormes torres metálicas. Una estaba muy cerca. Sólo fue un momento. Alan creyó ver allí encima la forma de un avión comercial. Fue una cosa que persistió bastante tiempo, porque debía de haber estado allí durante años.

La ciudad parecía ahora una única construcción sólida, un vasto

edificio de alas escalonadas, paredes, torres y agujas. Una ciudad con un gran techo por encima. El techo estaba ahora por encima de la torre. Los edificios habían invadido el parque desde hacía mucho tiempo. No había ya árboles. No había cielo; no había ninguna luz de la Naturaleza. Las luces constantes fabricadas por el hombre eran visibles ahora como turbios puntos de amarillenta claridad. Parecía de pronto una ciudad infernal. Pululantes muchedumbres bajo un único techo inmenso. Puentes aéreos y viaductos por todas partes.

La torre estaba ahora situada en el espacio de una calle. Alan podía ver muy poco de la extensión de la ciudad: una calle de muchos niveles para peatones, niveles colocados unos encima de otros y flanqueados por grandes luces.

La calle nació, creció y duró unos momentos.

Y luego, como si hubiese adquirido la lepra, empezó a desmembrarse. Fue derritiéndose una porción, luego otra. Pero otros edificios, otros viaductos, otras torres, se alzaban para llenar los huecos. Y siempre construcciones cada vez mayores.

La torre del tiempo parecía viajar ahora más aprisa. Increíbles millones de personas viviendo en aquella monstruosa colmena, arrastrando una vida pálida, sin haber visto nunca la Luna, ni los rayos del Sol, ni el mar, ni la hierba, ni los árboles. ¡Gente pálida en la ciudad monstruosa, esclavos de su propia maquinaria!

Alan seguía aferrado a la barandilla del balcón con Lea a su lado. Ella le tocaba de vez en cuando el brazo como para darle ánimos. Alan notó que en la zona donde se erguía la torre parecía haber pocos cambios. Como si la Humanidad estuviera ahora descansando. Se había llegado al punto culminante de la civilización allí y tal vez en toda la Tierra. El hombre en la cúspide de sus logros. Pero en la Naturaleza no hay descansos. Quizás un millar de años en la cima de la civilización. Y luego un ligero paso atrás. La Humanidad, reblandecida al dejar de avanzar, se hacía decadente. Otro pequeño paso atrás.

Como si la ciudad fuera un enorme símbolo, Alan podía ir viendo la decadencia. Una grieta en la calle que no llegaba a taparse. Otra grieta. Un hueco de lepra que dejaba que Alan pudiera obtener una visión mayor hacia el Este.

Indudablemente, en una tierra tan unida por los transportes como debía de serlo la de aquella época, no era sólo Nueva York la que estaba decayendo, sino que se trataba de una decadencia de todo el género humano en el mundo entero. Alan lo veía allí. En lo que podía haber sido el año 5000, las sombras de la inmensa ciudad yacían en

ruinas alrededor de la torre. Edificios derrumbados y otros que se derrumbaban mientras Alan los estaba mirando. El techo caído, toda la estructura ramificada y multiforme descendiendo a capricho de la Naturaleza. Se apilaba ahora en fragmentos sombríos.

Y renacían los árboles. Brotaba la vegetación. Un crecimiento salvaje y descuidado. Un bosque creciendo entre las ruinas de la ciudad, sobresaliendo aún en algunos momentos tal o cual chapitel, tal o cual aguja como lápidas de piedra. Luego, desaparecían.

El bosque seguía creciendo en torno a la ciudad. Ésta se hallaba ya casi enterrada. Lea tocó a Alan en el brazo. Murmuró algo. Él comprendió por su mímica que debían bajar a la habitación.

La muchacha lo guio por la escalera. Él se sentía ahora más seguro. Había desaparecido la sensación de movimiento de la torre; los peldaños resultaban firmes y sólidos. Alan vio que el bosque empezaba a disolverse y era sustituido por un paisaje de selva.

En la habitación, encontraron a San inclinado sobre sus esferas. Le hizo una seña a Alan indicándole la única esfera que Alan podía comprender. Señalaba 6650. El indicador se movía ahora más rápidamente que cuando Alan lo había visto por primera vez, pero de nuevo empezó a aminorar la marcha. Se quedó mirándolo, y escuchando las palabras musicales e ininteligibles de sus dos compañeros.

Luego, le dieron comida y bebida. Y Lea le examinó de nuevo el hombro arañado y el chichón de la cabeza. No era nada serio; él ya se había olvidado de sus heridas.

6700, 6800. El vuelo de la torre disminuía, el zumbido de la habitación parecía irse apagando más y más. Se acercaban a su destino; se preparaban a hacer alto en el año 7012.

El pensamiento de Alan volvió a Nanette y a mí. ¿Dónde estábamos en aquellos torbellinos de años? Se apoderó de él una sensación de soledad y de tristeza. Se veía profundamente indefenso y abandonado. Pero trató de sobreponerse. Habló en voz alta como para darse ánimos:

—Mira, Lea, yo tengo que hablar contigo.

¿Comprendes? —Parecía como si ella comprendiera—. El canalla de Turber ha cogido a mi hermana Nanette. Siempre la ha estado buscando, ¿comprendes? Yo quiero salvarla, Lea. Tengo que encontrarla, tengo que arrebatársela.

Pero todo lo que Lea pudo hacer fue tocarle un brazo en señal de simpatía. ¡La maldita barrera del lenguaje!

—Lea, ¿qué es Turber para ti?

San, de ingenio vivo, señaló de nuevo a la esfera. Indicó el número 7012 y luego se llevó un dedo a los labios. Alan asintió.

—Sí, ya comprendo; cuando lleguemos allí podremos hablar.

Se acercaban al año 7000. Ahora iban viajando muy despacio.

Luego, se le ocurrió una idea a Lea. La capa de Nanette estaba en la habitación de la torre. La cogió y se la puso delante de Alan. Parecía más bella y más frágil que nunca. Alan se emocionó.

—Nanette —dijo ella levantando la capa.

—Sí —respondió él—. La capa de Nanette. Ya comprendo. Pero no sé qué tiene que ver...

Ella cogió el dedo de Alan y lo movió sobre la esfera. Sin señalar ninguna parte. Dijo:

—Nanette, Turber, Edward.

Meneó la cabeza. Ella no sabía dónde estaban. Pero señaló de nuevo a la capa, y sonrió y dijo la otra palabra que había aprendido:

—Sí, sí.

¿Qué quería dar a entender con aquello? ¿Estaba tratando de explicar que con la capa de Nanette podrían averiguar dónde se hallaba la muchacha? Eso parecía.

San se había puesto tenso. Vigilaba atentamente sus mecanismos. Le habló a Lea con sequedad. La mano de la muchacha se posó en Alan como para aguantarlo. San oprimió una palanca. La torre pareció tambalearse casi físicamente.

Habían llegado a su destino. Alan había tenido una pequeña sensación de mareo pero se le pasó en seguida. La habitación de la torre no vibraba ya, el zumbido se había apagado. San abrió la puerta. Penetró un cálido rayo de sol.

¡El espacio del Parque Central cinco mil años más tarde!

Lea y San ayudaron a Alan a salir de la torre.

VII

Bajaron a tierra por una escalera de piedra. Alan vio que la torre estaba posada ahora en medio de un jardín de flores graciosas. El aire estaba cargado con su perfume. Un arroyo de agua cristalina corría por allí cerca. Había frescos bosquecillos y árboles de sombra, grises y castaños, frescos céspedes, senderillos serpenteantes.

Un jardín de pocas áreas. Estaba cercado por una obra de mampostería, una pared de diez o doce metros de alta, torreada y almenada. La figura de un hombre estaba en lo alto de aquella muralla, sobre una puerta muy cercana. Cuando bajaron de la torre, el hombre les hizo una señal de reconocimiento.

Alan recordó que aquél era el escenario que había visto por primera vez en la televisión. Pasaron por el portalón de la muralla. El guardia que estaba arriba dijo algo y se quedó mirando con curiosidad la figura de Alan.

Al otro lado del muro, ante los ojos de Alan, se extendió un paisaje boscoso. El espacio de la isla de Manhattan. Todavía podía reconocerlo. Había un río detrás y otro río a una distancia poco más o menos de kilómetro y medio. El Hudson centelleando en su valle. Alan podía distinguir los acantilados de la orilla más lejana.

El campo estaba tachonado de árboles y ajedrezado de cuadrados parches de campos de cultivo. Había figuras que trabajaban en el campo. Alguna que otra vivienda: casas bajas, ovaladas, de mimbres verdes.

Una carretera de un blanco mate y liso llevaba desde la puerta del muro hasta el río. Animales de extraño aspecto tiraban lentamente de carretas.

Estaba allí una ciudad, a lo largo de esta orilla más cercana del río, una extensión de casas más juntas unas de otras. Parecía más bien un pueblo primitivo, como alguna tribu india de épocas muy anteriores. Los trabajadores del campo, ataviados con vivos colores. Sus pequeñas carretas tiradas por bueyes de amplios cuernos. El pueblecito reposando junto a la calma del río. Todo pintoresco y primitivo.

Pero Alan sabía que no era barbarie, sino decadencia. La civilización había alcanzado su punto culminante y declinado luego. Retrocedió a eso.

Lea iba delante de Alan y San. Entró por una puertecita. Pasaron por un jardín lleno de flores. Estaba allí una casita baja, medio oculta por el verdor. Un anciano se hallaba a la puerta, un viejo de larga

barba blanca lo mismo que el cabello, con una túnica de un gris oscuro que parecía monacal por la cuerda arrollada a la cintura.

Saludó a Lea y a San con expresión de gran afecto. Se quedó mirando con la boca abierta a Alan. Lea le dio unas rápidas explicaciones. Y luego Alan pudo respirar. Aquel viejo patriarca hablaba lo que llamaba el remoto inglés. Dijo lentamente con una entonación cuidadosa y medida:

—Le doy las gracias por haber salvado a Lea de Wolf Turber.

—Pero ahora tengo que localizar a mi hermana y a mi amigo —insistió Alan—. ¿Cómo podríamos lograrlo? ¿Con esta capa que pertenece a mi hermana?

—Le llevaré a usted en seguida a mi habitación de instrumentos —dijo el anciano—. Haré que Lentz, mi ayudante, prepare la visión del tiempo; no podemos hacerlo más rápidamente.

Estuvieron hablando cerca de hora y media, haciendo de intérprete el viejo Powl, que así se llamaba. Era abuelo de Lea y de San y era él quien había descubierto el secreto de la torre viajera del tiempo. La había construido al mismo tiempo que una serie de instrumentos que llamaba «visión-tiempo». En esta época de decadencia, era uno de los pocos científicos que quedaban con vida. Como también había estudiado filología, conocía muchas lenguas muertas.

—Mi hijo —explicó Powl—, el padre de Lea y San, me cogió una vez la torre y se paró en el año que ustedes llaman 1925. Se detuvo nada más que un momento, pero cuando volvió aquí se halló que traía consigo a un polizón. Era Wolf Turber.

Ahora ya todo estaba claro para Alan, Turber había venido aquí, había robado el secreto de la torre y del tiempo-visión y después de hacerse de seguidores, había construido por su cuenta su vehículo del tiempo y se había marchado.

—Decía que estaba enamorado de Lea. Pero ella le tenía miedo y no aceptaba sus intenciones. Así se lo dijimos.

—Comprendo —dijo Alan amargamente—. Es lo mismo que le pasó a mi hermana.

—Dice usted que se ha apoderado de ella. Mala cosa. Debe liberarla y matarlo.

Los suaves ojos azules del viejo llamearon de pronto. Lea habló y él se puso a interpretar:

—Dice que debo ponerlo a usted al corriente de que nosotros hemos jurado matar a Turber. Él mató a mi hijo para robar nuestras existencias de platino. Nosotros tenemos mucho cuidado con nuestra torre y no hacemos nada malo con ella. Pero el vehículo de Turber es

sólo para hacer el mal. Por eso juramos que lo mataríamos y que destruiríamos su vehículo. Pero no sabemos cómo. No hay armas aquí. Vivimos en una época en que no se necesita arma alguna. Por mi parte, yo no puedo viajar en la torre porque soy demasiado viejo para resistir ese choque. San tiene que estar siempre en la torre para custodiarla. Por eso todo el trabajo recae en Lea. En la torre ha ido pasando por las distintas épocas. Desde luego, en el pasado hay armas. Pero yo no quiero que Lea se pare. Y Turber es muy poderoso y muy escurridizo.

Lea interrumpió de nuevo. Powl dijo:

—Sabemos que Turber tiene un baluarte en el año 2445.

—O sea, 500 años en el futuro de mi mundo temporal —dijo Alan.

—Sí. Su ciudad de Nueva York está entonces casi en su punto culminante. Turber es poderoso allí, inatacable. Sólo hay otro tiempo en el que Turber suele detenerse. El año 1962. Lea fue allí. Pero nos damos cuenta de que fue una locura.

Como usted sabe, no consiguió nada. Y, a no ser por usted, Turber la habría atrapado para siempre.

Una vez más, Lea interrumpió. Powl tradujo: —Mi nieta quiere que le diga que ahora va aprender el inglés antiguo. Hay muchas lenguas muertas, pero ella es de una percepción muy rápida cuando está interesada por algo.

San alargó también la mano. El abuelo dijo:

—Mis niños han encontrado en usted a un amigo que necesitábamos urgentemente. Hemos jurado que Turber morirá. Se ha apoderado de la hermana de usted y de su amigo. Coinciden nuestros propósitos.

—Entonces, hay que volver atrás —dijo Alan—. No creo que él regrese a 1962, y usted dice que en 2445 es inatacable.

—Sí. Pero no está allí ahora. Si se detiene en alguna época anterior, como esperamos, entonces tendrá usted posibilidad de actuar.

Apareció un hombre en la puerta de la habitación, habló con el viejo y volvió a marcharse. Powl se levantó. Dijo con gran energía:

—Los instrumentos están listos. Creemos que Turber está viajando todavía por el tiempo. Con el abrigo de la hermana de usted, procuraremos localizarla tan pronto como se detengan.

Salieron de la casa y cruzaron los jardines di rigiéndose a un edificio exterior en el cual se hallaba la sala de los instrumentos. La mente de Alan hervía de pensamientos. Era una catástrofe increíble la que había caído sobre él y sobre las personas a las que quería. Alan

siempre había sido un solitario. Había tenido pocos amigos; en realidad, no disponía más que de mi afecto, del cariño de Nanette y, ahora, de aquel sentimiento en germen por Lea.

Era Turber quien lo había colocado en aquella situación al raptar a Nanette, al matarme tal vez a mí. ¿Qué podía hacer Alan? Suponiendo que localizaran el mundo del tiempo donde Turber se posara, ¿qué podrían hacer Alan y Lea, toda vez que San habría de quedarse custodiando la torre? Era una aventura sin esperanzas. No tenía más arma que su pequeño revólver. Tan sólo una muchacha frágil por compañera. No parecía haber nadie más de quien conseguir ayuda. Desde luego, de nadie del mundo de Lea.

Se puso a pensar si sería posible conseguir ayuda en su propio mundo de 1962. Pero la gente se reiría incrédulamente de su cuento fantástico. En cualquier otro siglo le pasaría lo mismo. En todas partes sería un extraño con una extraña e increíble historia que contar. Lo encarcelarían o lo considerarían loco.

Lea conocía aquello por experiencia. Lo había probado en 1962. No era factible. Alan comprendió entonces que sólo podía contar consigo mismo. La torre lo transportaría. Lo demás dependía de él. Lo más probable era que muriese, pero rescataría a Nanette de las garras de Turber a la menor posibilidad.

—Por aquí —dijo Powl—. Haga el favor de agacharse; es usted demasiado alto para nuestras puertas.

Era una pequeña habitación abovedada y con una luz pobre.

—Éste es mi ayudante —dijo Powl—. Se llama Lentz y habla un poco de inglés.

Un hombre de unos treinta años se alzó de una silla colocada ante los instrumentos. Alargó la mano. Powl le explicó a Alan:

—Puede usted hablar con toda franqueza delante de Lentz. Es mi ayudante de toda confianza; la única persona aparte de nosotros que conoce los secretos de mi visor del tiempo y de la torre.

El ayudante era un individuo bajito y rechoncho, ataviado con una corta túnica como la de San. Llevaba atado el negro cabello sobre su voluminosa cabeza y utilizaba gafas que ahora se había levantado hasta la frente.

—En realidad, sé muy poco inglés —dijo cuándo se estrecharon las manos—. Estoy dispuesto, si tiene la capa.

Por su aspecto, los tubos de aquel instrumento podían haber sido lámparas fluorescentes. Había enchufes, una multiplicidad de cables, diminutas series de amplificadores y un sistema de prismas y espejos combinados con rayos de luz y multiplicados por diminutos espejos

que giraban rápidamente. Había un tubo de metal que era como un pequeño microscopio, con una rejilla por debajo sobre la que se concentraba una intensa luz roja. Había filas y filas de esferas luminosas y de sonido; y una amplia pantalla fluorescente que parecía estar sometida al bombardeo electrónico desde la parte trasera. Todo el aparato ocupaba una mesa de unos dos metros, con las esferas a un lado y la pantalla adosada a un extremo.

Lentz colocó la capa de Nanette sobre la rejilla, enfocó sobre ella la luz roja y luego se puso en pie para mirar por los oculares del tubo como si estuviese haciéndolo por un microscopio.

Lea y San estaban en pie junto a Alan. Lea señaló la pantalla; no se veía imagen alguna. Luego señaló a una de las esferas. Alan vio que tenía cifras que él podía comprender, cifras escalonadas en miles de siglos. Algunos antes de Jesucristo; los demás, después de Jesucristo. En la esfera había un punto que llevaba la marca de cero. El indicador estaba parado allí.

—Este es el antiguo calendario de ustedes— explicó Powl—. Con esta prenda de su hermana podemos ajustar nuestros receptores y lograr el contacto. La imagen de ella está en algún sitio del éter, si podemos captarla.

Lentz estaba manipulando los selectores. Las agujas indicadoras de todas las esferas se agitaron un poco; algunas imágenes trataron de formarse en la pantalla fluorescente.

Un minuto, diez minutos. Luego, Lentz se paró.

—Ahora, no. No puede venir ahora. Probaremos otra vez.

—Probablemente, es que están viajando todavía —dijo Powl—. Así es difícil captar la imagen.

Aguardaron un rato, probaron de nuevo y volvieron a fracasar. ¿Dónde estaba Nanette? Alan se desesperaba. ¿Cómo iba a ser posible encontrarla entre aquella infinidad de siglos? Parecía remota, sin esperanzas. Y, sin embargo, él comprendía que no debía de estar lejos en el espacio. Tal vez a sólo pocos kilómetros de aquí.

—No la encontraremos nunca —dijo Lentz.

Alan lo miró con dureza.

—¿Eso cree usted?

—Sí. —El individuo parecía turbarse bajo la mirada de Alan—. Bueno, eso es lo que creo, pero tal vez me equivoque.

—Debemos seguir probando —dijo Powl—. El otro instrumento es más sensible. ¿Ha conectado usted los tubos?

—No —respondió Lentz.

Los tubos estaban en ¡a habitación contigua. Lentz entró allí para

prepararlos. La puerta se quedó abierta; Alan oía a Lentz moviéndose y escuchaba los chasquidos y los silbidos de la corriente que iba cargando los tubos.

San y Lea estaban sentados hablando en cuchicheos. Interpelaron luego a Powl, quien, después de haberlo escuchado, le dijo a Alan:

—Lea quiere que le explique que si Turber lleva a Nanette directamente a la gran ciudad de 2445, las esperanzas no se han perdido del todo. Creemos haber localizado un arma, un arma única y poderosísima.

La voz del viejo se hizo más tenue. Había un arma, un proyectil que se mencionaba en la Historia. Había sido construido como curiosidad histórica. Se encontraba en un museo del gran Nueva York. La historia contemporánea de aquella época, en la que las armas de esta índole llevaban ya mucho tiempo en desuso, decía que el modelo existente en el museo se conservaba en perfecto estado de funcionamiento. Se describía además la manera de manejarlo. En el museo estaba científicamente defendido contra las injurias del tiempo.

Lea y San, cuando viajaban en su torre, habían visto el mundo en el que la ciudad yacía en ruinas. El museo estaba abandonado; no habría nadie que pudiese impedir que Lea saliera y buscase el proyector entre las ruinas del museo.

Powl hablaba en voz muy baja, lleno de una gran tensión.

—Esto no se lo hemos dicho a nadie.

—¿Qué mundo en el tiempo? —preguntó Alan.

—Creemos que el mejor año para hacer la prueba sería alrededor del cinco mil.

Dio la casualidad de que de ellos cuatro, sólo Alan era el que estaba viendo la puerta de la habitación contigua. El sonido de los movimientos de Lentz había cesado instantáneamente. A Alan aquello lo impresionó.

Una parte de la otra habitación era visible a través de la puerta abierta; a Lentz no se le veía, pero parecía que su sombra se dibujaba en el suelo cerca de la puerta.

Alan susurró brevemente:

—¡Silencio!

Se levantó, cruzó la habitación sin ruido, seguido por las miradas de sorpresa de sus compañeros. Al otro lado de la puerta vio a Lentz muy pegado a la pared. Tenía un tubo en la mano y lo estaba frotando con un pedazo de trapo.

—Perdone —dijo Alan—, no sabía que estaba usted aquí.

—El instrumento estará listo en seguida —dijo Lentz, que volvió a

su lugar de trabajo.

Alan regresó a su puesto. Le cuchicheó a Powl:

—Hablemos de esto más tarde, no ahora.

Lea le tocó el brazo. Murmuró:

—Sí, sí, yo comprender, no ahora.

El incidente los dejó sorprendidos a todos. Se produjo un corto silencio; podían oír como Lentz se movía normalmente en la otra habitación.

Alan le preguntó por fin al anciano:

—¿Sabe usted manejar el instrumento sin necesidad de recurrir a Lentz?

—Lea y San pueden hacerlo —respondió Powl—. Aunque no tan bien como Lentz.

—Pues vamos a probar otra vez, pero esperen un momento.

Alan se dirigió a la puerta. Preguntó:

—Lentz, ¿cuánto tardará usted en terminar?

Lentz apartó la vista de su trabajo.

—Apenas unos minutos.

—Bueno, voy a cerrar esta puerta. Llame cuando esté listo.

Fingió no darse cuenta de la sorpresa del individuo y cerró la puerta con estrépito.

—Ahora —dijo Alan—. Prueben ustedes.

Otra vez con el abrigo de Nanette, Lea y San pusieron en marcha el instrumento. Casi inmediatamente, se consiguió el resultado. La pantalla mostró una imagen. Una noche estrellada. Figuras que se movían por el campo. Figuras de hombres de extraños atuendos; y un grupo de emplumados salvajes medio desnudos que acampaban a la orilla de un río. Estaba allí una canoa. A un lado, un fuego de campamento mostraba su luz amarillenta entre la maleza del bosque.

En la escena, había un aire de inactividad. Apareció entonces Turber en pie en la puerta de la cabina de su nave. Su conocida figura algo encorvada recortada por la luz estelar y por el brillo rojizo de la hoguera. Turber, que estaba allí esperando algo.

La esfera señalaba 1664. Powl temblaba de ansiedad. Lea y San desconectaron el instrumento. El muchacho había reconocido el lugar de la escena. Era la orilla del río Hudson en la isla de Manhattan a poco más de kilómetro y medio del espacio de la torre. Pown dijo apresuradamente:

—San ha tomado nota exacta del año, el mes y el día. No es probable que Turber lo espere a usted esta noche en el bosque. Si puede llegar hasta él con el revólver...

No parecía imposible entrar inadvertido en la nave, aprovechando la oscuridad de la selva.

Hicieron unos cuantos preparativos a toda prisa. San y Lea formaron sus planes utilizando a Powl como intérprete. De vuelta en la torre, el anciano se detuvo ante la escalera.

—Adiós. Haced todo lo que podáis.

Estrechó la mano de Alan. La puerta de la torre se cerró sobre éste, Lea y San. Al momento siguiente estaban ya en marcha. Alan se mareó nada más que unos segundos. Miró a Lea y le sonrió.

En aquel momento se oyó un sonido en la habitación zumbadora. Hubo un crujido detrás de ellos. Desde un rincón en sombras, avanzó la figura de un hombre.

¡Lentz! Su rostro sombrío sonreía. Estaba junto a la puerta, los había seguido al interior. Le dijo a Alan:

—Creí que era mejor que yo viniese también. Así podré hacer de intérprete entre ustedes. Hemos de discutir cuidadosamente nuestro plan. Quiero ayudarles.

VIII

Debo retroceder ahora al momento de la lucha en el Parque Central. Cuando recobré el conocimiento, me vi acostado en una litera de la pequeña cabina de la nave de Turber. No parecía estar seriamente herido. Me senté, totalmente confuso al principio; luego, me volví a tender y me quedé escuchando el zumbido de la habitación, sintiendo que el camastro de metal vibraba debajo de mí.

Me dolía la cabeza, tenía el cabello apegotado por la sangre que me había salido de la herida causada por el tomahawk; estaba dolorido y arañado por todas partes. Pero me quedé tumbado, sintiendo que las fuerzas me volvían.

Estaba solo en la diminuta cabina. No era mayor que dos veces el tamaño de la cama. Había en ella un vago resplandor plateado; pude distinguir una ventanita con una chapa transparente. Vi también una puerta. La puerta estaba abierta de par en par.

Me puse en pie trabajosamente y me sostuve tambaleándome. Experimentaba una sensación muy rara, como si otra vez fuera a desmayarme. Mi revólver había desaparecido, también mi abrigo, mi sombrero y mi chaqueta.

Me acerqué a la ventana. La nave parecía estar posada a unos treinta o cuarenta metros por encima de la tierra. Miré incrédulamente un paisaje confuso, cambiante, que se iba disolviendo por momentos.

La nave estaba viajando en el tiempo. Pero recuerdo que en mi aturdimiento, hallándome sólo a medias consciente, no pude darme cuenta de lo que aquello significaba. Y de pronto sentí que me desmayaba. Me tumbé en la litera. Me desvanecí o me quedé dormido.

Me despertó un ruido que se produjo cerca de mí. Me incorporé rápidamente, esta vez recobrado del todo el uso de mi conocimiento y con la cabeza completamente despejada. Turber estaba allí en la cabina, mirándome.

—Bueno, ¿ha vuelto en sí por fin?

Me dejé caer sobre un codo.

—Sí. ¿Qué va usted a hacerme ahora? —De pronto me asaltó un pensamiento súbito—. ¿Dónde está Nanette?

—Se preocupa usted por ella, ¿eh? Consuélese, también ella se preocupa por usted. Y tiene motivos.

Estaba allí jugando con la cinta de sus lentes. Iba vestido como cuando lo había visto en el hospital. Me miraba con soma.

—En fin, está usted vivo, basta con eso.

Me moví para levantarme, pero me hizo seña de que volviera a tenderme.

—No se moleste. Nos fastidiaría usted si saliera. ¿Tiene hambre?

—No.

—Nanette y yo vamos a desayunarnos de un momento a otro.

—Tengo hambre —dije.

Eso pareció divertirlo. Mi mente trabajaba ahora a toda marcha, completamente alerta. Pregunté:

—Estamos viajando en el tiempo, ¿verdad? ¿Adónde vamos? ¿Qué quiere usted hacer con Nanette y conmigo? Todo esto es muy extraño.

Estaba tratando de sonsacarle algo. Me esforcé en sonreír, como si mi situación fuera simplemente molesta y nada más.

—¿Puedo salir y comer algo con usted?

Se le ensanchó la sonrisa. Un canalla satánico, inescrutable. Respondió:

—Sí, claro que puede. —Y luego todo el rostro se le cambió como si se le hubiera caído una máscara en el momento en que preguntaba—: Usted, Edward Williams, ¿qué representa para Nanette?

Aquello me cogió completamente por sorpresa. Tartamudeé:

—Somos viejos amigos.

—¡Ah!, ¿sí?

Nuevamente cambió de expresión. Recompuso su antigua fisonomía. Sus cargados hombros se cargaron aún más al inclinarse hacia adelante mientras con los dedos se palpaba el chaleco inconscientemente.

—¿Sí? ¿Nada más que eso?

La pregunta me dejó atónito. Comprendí en aquel instante lo que no había sabido en toda mi vida: hasta qué punto Nanette había ido haciéndose para mí más y más indispensable, hasta convertirse en lo más querido del mundo.

Debí de ponerme a balbucir. Él me interrumpió.

—Es extraño que el destino lo haya colocado a usted en mis manos. —Ronroneaba de nuevo; parecía como un gato chupándose los labios y clavando en mí sus ojos—: Ella está enamorada de usted.

Concentré toda mi imaginación.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Nanette enamorada de mí? ¡Qué tontería!

Mis palabras sonaban a hueco. Su negra mirada me traspasaba. Añadí audazmente:

—¿Por qué ha de preocuparse usted de semejantes cosas?

Me asombraba que no me hubiese matado ya. Él contestó no sólo mi pregunta, sino casi mi pensamiento.

—Una muchacha no significa nada, pero da la casualidad de que yo la quiero. Yo, Wolf Turber, el gran Wolf Turber. ¿No ha oído usted nunca hablar de mí?

Era un individuo completamente imprevisible. En la ironía de su tono había casi una mezcla de sinceridad.

—Y porque la quiero, ella tiene cierto dominio sobre mí mismo —añadió torcidamente—. Acabo de prometerle que no lo voy a matar a usted. Ella no piensa en otra cosa, así es que se lo he prometido para quitarle esa idea de la cabeza.

Me las arreglé para decir:

—Bueno, he de darles las gracias a los dos.

—No hace falta. En cuanto a Alan, el hermano de ella, no tenemos por qué preocuparnos de él, ya que se quedó muerto en el parque.

Eso me hizo sentir un escalofrío, pero no llegué a creérmelo del todo.

Un hombre apareció en la puerta.

—Wolf Turber, ¿quiere usted venir?

—Ahora voy, Jonas.

Turber se inclinó risueñamente hacia mí. A mi pesar, me encogí ante su cara maciza y risueña.

—No voy a matarlo a usted. Pero no hace falta que le hable de esto a Nanette: hay cosas que son más desagradables que morir rápidamente. Nos lo llevaremos con nosotros. Ella y yo vamos a llevarlo a mi gran ciudad. Y cuando lleguemos allí, lo verá a usted convertido en un repulsivo personaje, se lo aseguro. —Soltó una grosera carcajada—. Si ella lo quiere, dejará de quererlo en cuanto lo vea tal como estará entonces. —Se enderezó—. Quédese donde está. Cuando lo llame, puede salir, si me promete no hacer ninguna inconveniencia.

Salió y cerró la puerta.

IX

Aquel viaje por el tiempo en la nave de Turber pareció tener cuatro o cinco horas de duración. Unas horas muy apretadas de acontecimientos. Un cosmorama de remolineantes eones o diosecillos. Turber nos hacía retroceder en el tiempo. Yo no me daba cuenta de esa característica del viaje. Seguía tendido en la cabina pensando en lo que Turber había dicho, preguntándome qué podría yo hacer para escapar con Nanette. Y preguntándome si Alan habría muerto de verdad.

Luego, Turber me llamó para el desayuno. Vi que Nanette estaba pálida, solemne y muy silenciosa. Me habló con aparente indiferencia, cautamente. Yo siempre había conocido a Nanette como muchacha voluntariosa, muy dueña de sí. Ahora vi que estaba totalmente en guardia, silenciosa, dócil a las indicaciones de Turber, vigilante. Una vez, tuvo oportunidad de apretarme la mano y de murmurar:

—Ten cuidado, Edward; no lo irrites.

Turber parecía estar de un humor excelente. Se mostraba muy cortés con Nanette y muy amable conmigo, pero con un retintín de ironía en su amabilidad.

—Éste es un largo viaje, Williams, pero estamos bastante cómodos. Si se porta usted como un buen chico, lo dejaremos pasar a la sala de máquinas. Desde allí se disfruta de una vista maravillosa.

—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté.

—A ninguna parte —dijo—. No nos estamos moviendo en el espacio. Nos hemos posado en lo que ustedes y yo solíamos llamar la orilla del río Hudson. ¿La recuerda? Casi al pie de la calle Ochenta.

Se complacía hablando, probablemente para lucirse delante de Nanette. Y porque así daba rienda suelta a su vanidad.

—Estamos retrocediendo en el tiempo, acercándonos casi al principio de la vida de la Tierra. Luego, en cambio, avanzaremos. Tengo que hacer varias paradas. Simples altos, aunque en el año 1664 tendremos que detenernos por más tiempo. Quizás hasta pasemos toda una noche. Es un mundo curioso el que existía aquí en 1664. —Soltó una risita—. Para mí, es un pequeño tesoro. Me proporciona oro y joyas. El dinero, como ustedes saben, es un arma poderosa.

En el desayuno sólo estábamos los tres. El interior de aquella nave de treinta y tantos metros parecía bastante espacioso, pero daba la impresión de que había poca gente a bordo. Turber hizo una vez referencia al hecho de que aún nos quedaba gente por recoger.

Aunque la que vi entonces constituía ya una tripulación abigarrada. Había varios hombres: morenos, blancos, de cuerpos esbeltos, vestidos con simples pieles de animales, frentes huidizas y brazos de gorila. Hombres de una época primitiva, recogidos por Turber para llevar a cabo turbios fines. Parecían estúpidamente dóciles, como animalitos.

Había un individuo que semejaba ser el extremo opuesto. Turber lo llamaba Jonas. Era un hombre de unos treinta años, bajito y esbelto, con una larga túnica blanca y un turbante dorado en la cabeza. El rizado cabello le caía hasta la base del cuello. Su piel era de una blancura pálida. Sus rasgos estaban delicadamente moldeados; su nariz era fina, la boca, de labios bien modelados. Se mostraba obsequioso con Turber, recordaba un poco a Lea y a San. Conjeturé que debía de pertenecer al mundo de esos dos.

El gigante indio, el de la nariz chata y aplastada, el piel roja al que Turber llamaba Chato, era, como supe más adelante, un indio mohicano del Estado de Nueva York.

Sí, una tripulación abigarrada en la que había incluso una mujer. Turber la llamaba Josefa y fue la que nos sirvió el desayuno. En su rostro, había una belleza un tanto bárbara, formada por una mezcla de razas. Hablaba inglés con alguna que otra palabra española.

Nos sirvió con un mal humor manifiesto, que contrastaba con la jovialidad de Turber. Cuando pasó la mujer, Turber intentó hacerle una grosera caricia. Ella se apartó con un respingo, y él me guiñó un ojo.

Aquel incidente, que Nanette no observó, era bastante claro. Y un momento más tarde vi cómo la mujer se detenía a mirarnos, contemplando con gran fijeza a Nanette y a Turber. Y en sus ojos había una llamarada de odio.

X

Acabado el desayuno, Turber se puso en pie.

—Vengan conmigo a la sala de mando. Desde allí podremos ver mejor.

En la sala de mando sólo estaba el Chato. Se hallaba sentado ante sus instrumentos y esferas. Alzó un rostro inescrutable y nos miró a Nanette y a mí.

—Nos sentaremos aquí —dijo Turber—. Nanette a mi lado.

A mí, me empujó con vehemencia. Me senté junto a una ventana. Vi que Josefa nos miraba desde el corredor. Turber le habló al piel roja:

—¿Has estado haciendo paradas, Chato?

—Sí —respondió el indio con una entonación gutural—. Pero no he visto ningún sitio donde pudiéramos detenernos.

—Bueno, seguiremos adelante. —Se volvió hacia mí—. Esperábamos que en estas edades primitivas pudiera existir por este sitio algún animal prehistórico muerto. Uno que tuviera colmillos. En los tiempos civilizados, el marfil alcanza un buen precio. —Se sentó junto a Nanette—. Tal vez no, nos paremos en ningún lado, pequeña. A no ser en 1664. Estoy impaciente por establecerme contigo. Tendremos una vida maravillosa, con riqueza y poder. Te sentirás orgullosa de mí.

No pude escuchar lo que ella respondía. Sólo vi que se apartaba de sus caricias.

Me daban vueltas las ideas en la cabeza. Nanette y yo teníamos que escapar, pero ¿cómo? Si la nave se detenía en cualquiera de estas épocas primitivas, ¿podría yo arrancar a Nanette y huir? Era una aventura inconcebible. Pero, ¿y en 1664? Si nos deteníamos allí a pasar una noche, yo podría formar entonces mi plan y Nanette y yo nos quedaríamos a vivir en la pequeña Nueva York anglo-holandesa.

Por el momento, no podía hacer nada y me dedicaba a escuchar la voz molesta de Turber y a mirar el enorme escenario que se divisaba desde la sala de control, situada en la proa de la nave.

Era un tremendo cosmorama. Seguíamos posados, inmóviles, a unos sesenta metros de altura. El mismo espacio, pero cambiando de una manera increíble. Turber estaba explicándole a Nanette:

—Estamos a unos mil millones de años antes de Jesucristo. Es bastante tiempo, ¿no te parece? Pero ahora vamos a avanzar muy aprisa.

Yo contemplaba un paisaje gris y neblinoso en el que los colores de la naturaleza se fundían unos con otros en una carrera de siglos. Toda la escena tenía un aspecto fantasmal y, sin embargo, sólo yo era el fantasma en movimiento; aquellas cosas que veía eran las realidades.

Mientras cruzábamos aquellos primeros siglos, me imaginaba los enormes cataclismos de la naturaleza que debía estar sucediendo entonces. Íbamos demasiado aprisa para poder apreciar los pequeños detalles. Pero los grandes cambios eran evidentes. Las montañas surgían y volvían a hundirse, la vida luchaba, se adaptaba y, pacientemente, iba adoptando nuevas formas.

Transcurrieron así unas dos horas durante las cuales estuve mirando sin olvidar mi preocupación y escuchando cómo Turber seguía hablándole a Nanette. Le oí decir:

—Ahora vamos a entrar en el último millón de años antes del advenimiento de Cristo.

Me pregunté por qué Turber estaría haciendo un viaje por estos siglos. A Nanette le había dicho que era para enseñarle el espectáculo. A mí, que era para recoger los colmillos de algún mastodonte prehistórico. Pero yo no me lo había creído, sobre todo cuando vi que no ponía interés alguno en pararse en ningún sitio.

Por fin, pude aclarar la cuestión: el motivo verdadero que tenía para realizar un viaje tan largo en el tiempo. El llamado Jonas, a quien yo juzgaba coetáneo de Lea y de San, entró en la sala de mando. Se paró ante Turber. Hablaron un momento en voz baja, pero conseguí escuchar parte de su conversación.

—Entonces, ¿cree usted, Jonas, que hemos logrado evadirnos de ese maldito visor del tiempo?

—Creo que sí.

—Lentz habrá hecho todo lo posible para engañarlos.

Ni el hombre ni la frase significaban nada para mí. Pero Alan habría comprendido al momento.

—Sí, tiene usted razón. Aunque le advierto que Lea y San son tercos como muías. Tendrá usted que hacer planes, jefe, para apoderarse de esa torre.

Turber sonrió torcidamente.

—Eso supongo. Pero hasta ahora no he tenido tiempo, Jones. Si Lentz tuviera un poco de sentido común, ya él me habría hecho el favor de destruir la torre.

—¿Quedándose él mismo en la estacada? Es usted demasiado optimista, jefe. Lo lógico es que Lentz quiera incorporarse a nosotros.

Yo sólo podía entender a medias. Me parecía que Turber estaba

escapando a un tipo u otro de persecución y que necesitaba que en 1664 no hubiera nada que pudiera interponerse en sus planes de hacer esa parada en el tiempo. Naturalmente, yo no podía saber que en aquellos momentos Alan corría en la torre para venir en nuestra ayuda.

Hubo un momento en que Nanette y yo nos quedamos solos. Turber salió de la habitación con Jonas. El piel roja se quedó sentado frente a sus esferas. Pero se hallaba a alguna distancia de nosotros y, además, estaba vuelto de espalda. Me acerqué a Nanette, la toqué y susurré:

—Nanette, estamos solos, no creo que el indio pueda oírnos.

—¡Edward, por Dios, ten cuidado!

—Mira, Nanette, vamos a pararnos en el año 1664. Según dice Turber, llegaremos cuando ya haya anochecido y pasaremos allí toda la noche.

—Sí, eso ya lo he oído. Pero, Edward...

—Yo voy a intentar lo imposible para que salgamos entonces de aquí. No puedo decirte todavía cómo. Pero aprovecharé la menor oportunidad.

Sonaron pasos detrás de nosotros. Mi corazón dio un vuelco. Casi me incorporé en mi asiento.

La mujer llamada Josefa estaba inclinada sobre nosotros. Al observar mi movimiento, siseó:

—¡No se mueva usted, loco! —Su mirada se dirigió hacia el indio, que estaba al otro lado de la sala—. Va a oírlo a usted. Quédese sentado.

—¿Qué quiere usted?

—Voy a decírselo. Sólo disponemos de un momento antes de que vuelva Turber.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decirme?

—Esto. Cuando nos detengamos por la noche en el bosque, procuraré encontrar la manera de ayudarles. Me las arreglaré para que puedan escapar usted y esta muchacha. Pero llévesela. Lejos. Que Turber no vuelva a verla nunca.

Aquello no podía hacer más que alegrarme. Susurré con vehemencia:

—De acuerdo. Eso es lo que deseo. Pero, ¿cómo podrá usted...?

—Ya encontraré la forma. ¡Cielo santo, aquí...!

Vio a Turber, que se acercaba por el corredor. Murmuró rápidamente:

—Ustedes, estén preparados.

Dio media vuelta, y se marchó. Nanette tenía la cabeza agachada, hundida como estaba en su pensamiento. Yo seguí con la mirada a la mujer y vi cómo se cruzaba con Turber en el corredor. Éste la paró, le pasó un brazo por el cuello y la besó. Esta vez, ella no opuso resistencia. El individuo se acercó luego a nosotros.

—¡Ah! Está usted entreteniendo a mi pequeña Nanette, ¿eh?

—Ya sólo nos separa medio millón de años de la época de Cristo.

Dos mamíferos habían aparecido. Se acercaba el final de los grandes reptiles. La naturaleza había cometido un error y ahora se ocupaba en rectificarlo. Los gigantes, en su situación de inferioridad por su enorme tamaño, su mole inadaptable y su pequeño cerebro, se veían amargamente acorralados en la gran lucha por la existencia. Estaban desarrollándose criaturas más pequeñas, más ágiles de cuerpo, de cerebro más vivo. Se adaptaban mejor al nuevo ambiente creado por los grandes trastornos telúricos. Vivían, medraban.

En los minutos siguientes, vimos desde las ventanas cómo los reptiles gigantescos iban siendo derrotados. Florecían los mamíferos, que iban ganando en corpulencia y adaptabilidad. Estaban allí los lémures. Y luego aparecieron los antropoides. Monos de forma humana que surgían en las selvas exuberantes. La época estaba madura para el hombre.

Y vi entonces como la vida entera era derrotada por un cataclismo glacial que durante unos segundos llegó a envolver a nuestra nave, y en seguida pasó la época de los hielos. Tierras y mares volvieron a surgir en sus grises contornos. Los grandes fantasmas de la jungla aparecían de nuevo, pululantes de seres vivos. Los gigantescos mamíferos, al igual que antes les había pasado a los reptiles, perdían la batalla. Sobrevivían las criaturas más pequeñas. Y el hielo volvió otra vez, y pasó. Y una vez más. Enormes cambios climáticos. ¿Es que el eje de la Tierra estaba cambiando su inclinación? Eso creo.

Pasaban las edades glaciales. El hombre monoide llevaba ya medio millón de años rondando por Java. Vagabundeando y extendiéndose.

Doscientos mil años y, ya menos monoide, el hombre de Heidelberg vagaba por Europa y por Asia quizá. Me pregunté si aquí en este espacio de la ciudad de Nueva York podía haber habido hombres como monos en aquellas edades. Como no nos detuvimos, no puedo decir nada.

Se retiraron los glaciares. La raza de Neanderthal iba dejando paso a formas superiores. Los hombres de Cro-Magnon luchaban con su pensamiento primitivo.

La razón había llegado. El hombre, el verdadero género humano,

estaba por fin en la Tierra, su Tierra. Se alzaba ahora luchando contra el ambiente y contra todos los esfuerzos del mundo bestial por aplastarlo.

El indio, que seguía ante las esferas, dijo bruscamente:

—Veinticinco mil años antes de Jesucristo.

—¡Ah! —dijo Turber—, ya estamos en la época de la civilización, querida Nanette. Aquí empieza. Cuando llegue a su punto culminante, yo seré el dueño de todo y gobernaré el mundo... contigo.

Le pasó los dedos por el cabello. ¡Enigmático e insondable granuja! A mí me ignoraba completamente, como si no existiera, a pesar de que lo estaba mirando con todos los nervios en tensión.

Y lo peor es que yo había jurado que se estaba comportando con absoluta sinceridad. Sus dedos pasaban suavemente sobre los cabellos de la muchacha;

—Gobernar el mundo, Nanette. He elegido para eso el tiempo más grandioso, la época cumbre de la civilización. Seré el dueño y tú serás la dueña. Un destino maravilloso para ti, niña mía.

Se quedó aguardando unos momentos. Luego, murmuró torpemente:

—Sí, ya veo...

Frunció el ceño. Luego siguió hablando con voz dolida:

—Todavía no me quieres. ¡Oh, Nanette! ¿Es que no comprendes? Lo que necesito es tu amor. No a ti, sino a tu amor.

—Sí —dijo ella—, comprendo.

Me recorrió un relámpago de dolor. Aquel gran granuja impresionaba. Siguió hablando muy en serio:

—Creo que habrá una gran batalla, Nanette. Pero ganaremos. Conquistaremos el gran Nueva York de 2445. Y tú seguirás viviendo tu vida en una época 500 años más avanzada que la de este mundo en que nacimos tú y yo.

Se volvió hacia la ventana. Se quedó mirando el espectáculo con ojos pensativos y fue explicando:

—Éste es el espacio de muchos milenios anteriores, Nanette. En toda la Tierra, en estas eras antes de Cristo, el hombre va dejando por doquier la huella de su lucha. Menos aquí. Aquí sigue estando todo vacío, sin el menor rastro del hombre civilizado. Pero los contornos son familiares. Mira, puedes verlo, Nanette; reconocerás el paisaje. El océano está al este de nosotros. Mira las playas, las islas. Debajo de nosotros, está Manhattan. ¡Ve más despacio, Chato! Recuerda que tenemos que parar en la noche convenida de 1664. ¡Más despacio! No quiero que ninguna sacudida pueda hacer daño a mi pequeña Nanette.

Su voz continuó explicando.

Yo veía cómo íbamos pasando a través de los siglos a una velocidad cada vez menor y entrábamos en la Era cristiana. Luego, venían los primeros mil años después de Jesucristo. Los mongoles habían llegado desde el mundo oriental, se habían establecido aquí y aquí vivían, aislados en este continente remoto. Sin contacto con el resto del mundo, permanecían en el mayor atraso. Salvajes primitivos. Los veíamos ahora aquí, pieles rojas con sus tiendas cónicas montadas en los bosques que se alzaban por estas cuestas; sus fuegos de señales elevando sus humos sobre los árboles; sus canoas de corteza flotando sobre estas aguas protegidas por el follaje. Pero la huella que dejaban en la naturaleza era demasiado pequeña para que pudiésemos advertirla.

Hombres colocados a mayor altura en la escala de la civilización estaban entonces en Europa. Pensando, planteándose problemas. Pronto se aventurarían y llegarían aquí.

1492. Colón ha zarpado hacia el Oeste. Ha buscado el paso a China y no lo ha logrado. Pasamos 1550, 1600 y 1609 transcurrieron en pocos segundos. Ya había estado aquí Henry Hudson. Aquellos días transcurrían ante nuestras miradas como un relámpago. Iba todo tan rápido, que no veíamos nada. Pero yo contemplaba la escena con los ojos de mi imaginación. Delicados barquitos que se aventuraban por estos pasajes. Que abandonaban nuestra isla y navegaban río arriba, dejando atrás lo que había de ser la moderna Albany, buscando el paso a China, avanzando corriente arriba por el estrecho río y decidiendo luego con entera corrección que no era fácil hallar el camino hacia China. Se volvían desalentados.

Turber exclamó:

—¡Por fin, ya están aquí!

La presencia del hombre civilizado. Algo que había surgido del trabajo de las manos del hombre se veía a través de las ventanas de la nave. Débiles contornos de lo que podían ser casas se iban materializando en los pantanos de las tierras bajas de Jersey: una colonia. Perduraba y crecía. Y después, otra, con nuestra isla ya a la mano.

Hacia el Sur, en la punta extrema de Manhattan, aparecía el perfil de un fuerte que perduraba y se iba robusteciendo. En un santiamén, como pollitos que se congregan en torno a la gallina madre, surgían pequeños edificios. Al principio, todos dentro de la empalizada.

Habían llegado los holandeses. Empezaba a existir Nueva Amsterdam. Los comienzos humildes y belicosos de la gran ciudad. A

pesar de las luchas, persistía, iba creciendo. Sombras diminutas de casas se unían a las sombras que habíamos visto antes. Todas en el extremo inferior de la isla, con los salvajes rondando en torno.

Transcurrían los años. Los tenaces holandeses prosperaban. En todas las orillas distantes veíamos cómo iban apareciendo los pequeños asentamientos. En el afanoso escenario, los holandeses iban dejando la huella de su trabajo. La guerra con los indígenas, los combates con los suecos.

Nos íbamos acercando a nuestro destino. La nave avanzaba lentamente en el tiempo. Pronto incluso llegamos a distinguir colores en la escena. Silenciosas llamaradas de lo que parecía ser sucesión de días y de noches.

Turber se puso en pie.

—Quédate sentada muy quieta, Nanette. Agárrate a los brazos de la butaca; no te asustes.

Se acercó al piel roja. Se inclinó sobre el tablero de mandos.

—Elige la noche exacta; no vayas a equivocarte.

—No.

Hubo un largo período de luz diurna. ¿Largo? Podía haber durado dos o tres segundos.

Oscuridad luego. Otra vez luz. El corazón me palpitaba con fuerza. Vi cómo en el corredor Josefa estaba muy quieta, reclinada contra la pared.

Otra vez la oscuridad afuera. La cabina se detuvo, perdió la vibración zumbadora. Y oí que Turber decía:

—No está mal. No es mucho después de la puesta del sol.

Estábamos suspendidos en el aire, cerniéndonos sobre el río.

Era una tranquila noche estrellada. Las primeras horas del anochecer. Las hélices horizontales de la nave seguían girando. Podía oír cómo cortaban el aire. Suavemente, fuimos descendiendo a tierra, rodeándonos las profundidades del bosque y con el río deslumbrante a nuestro lado.

XI

Nanette y yo seguíamos sentados muy quietos. La figura de Josefa había desaparecido del corredor. Turber se había marchado apresuradamente después de ordenarnos a Nanette y a mí:

—No os mováis. Quedaos sentados en vuestras butacas.

En la sala de mando, nos quedamos Nanette, yo y el indio. Éste no había reparado en nosotros durante todo el viaje, pero ahora no nos perdía de vista. Se mantenía en pie a pocos metros, como una estatua erguida en la penumbra, vigilándonos estrechamente. Del cinto, le colgaba un tomahawk; con la mano derecha, empuñaba una modesta pistola automática.

Fuera y dentro de la nave, se percibía una gran agitación. Ruido de pisadas, un barullo de voces. Por las ventanas, pude distinguir una oscura faja de selva en la que destacaba la dorada luz de un cercano fuego de campamento. Y el resplandor del río plateado por las estrellas.

Le dije a Nanette en un susurro que por ahora nos era imposible hacer nada, en vista de cómo nos estaba vigilando el indio.

Turber volvió a entrar. Llevaba al cinto una corta espada y un revólver metido en su funda.

—Buenas noticias —le dijo a su piloto—. Ya: llegan. Traen la cosa por el agua, río arriba.

Su servidor contestó con un gruñido. Turber siguió:

—Tardarán unas cuantas horas, Chato. Pero los primeros están casi llegando. Se ve ya una canoa.

Estaba muy contento. Se iba a marchar ya otra vez, pero lo llamé.

—Doctor Turber.

Se volvió. Se quedó mirándome.

—Déjenos salir y verlo todo —rogué—. ¿Qué es? ¿Su tesoro quizá?

—También a mí me gustaría salir —dijo Nanette, clavando las uñas en el brazo de la butaca.

—Bueno... —vaciló—. La verdad es que me gustaría que vieses toda esta riqueza que llega ahora a nuestras manos.

Le dio ciertas instrucciones al indio. El delicado Jonas apareció entonces en el corredor. Gritó excitadamente:

—La primera canoa está a punto de atracar, Wolf Turber. Ya se ve otra. ¿Va usted a venir?

Turber salió a toda prisa. Le pedí al piel roja:

—Déjenos salir y ver lo que pasa.

—Vengan, pues.

Nos empujó por delante de él, por el corredor, hacia la salida principal, situada a un costado. No vi a Josefa.

—Ten cuidado, Nanette.

La ayudé a descender por la empinada escala. Chato nos vigilaba con gran cuidado. Ordenó:

—Sentaos aquí. No os mováis.

Nos señalaba la troza de un árbol gigantesco caído a unos doce metros del vehículo. Al resplandor de la hoguera, yo veía las figuras sombrías y borrosas de indios que se movían de un lado a otro. Un grupo de ellos aguardaba junto a la orilla. Los acompañaba un holandés gordo, redondo como un barril, con jubón de cuero y pantalones ceñidos. Hablaba en un inglés chapurreado.

—¿No se lo dije a usted, Wolf Turber? Lo he hecho, lo he hecho, he traído el tesoro. Ven aquí, mujer. —Su esposa estaba en pie junto a un árbol—. Este es el gran Turber, mujer. ¿Podremos irnos ahora con usted, Wolf Turber?

—Sí.

—Me alegro de levantar el vuelo. ¿Sabe usted que los ingleses se acercan?

—Sí —contestó Turber.

Se volvió hacia la costa. El holandés lo siguió.

—Nuestro barco está aquí. Carga las cosas, mujer. Llévalas allí, a esa nave aérea. Vamos a ir a un mundo mejor, querida.

La voz del holandés se perdió en la lejanía.

Nanette, sentada junto a mí, permanecía inmóvil. Pero yo sabía que ella estaba alerta… esperando lo que yo pudiera ordenarle. Cuchicheé:

—Todavía no. El indio está aquí, muy cerca. No veo a Josefa. Pero estoy buscando la oportunidad para escaparnos.

Me respondió la presión de su mano. ¡Brava, mi pequeña Nanette!

El indio parecía no quitarnos la vista de encima. Seguía empuñando la automática; yo no podía hacer ni un solo movimiento.

¿Dónde estaría Josefa? Si ella pudiera distraer al indio aunque fuera sólo un momento…

Pasaron cinco minutos. Diez minutos. Mi mente se volvió hacia Alan. ¿Habría muerto? En realidad, Alan y la torre estaban en este instante materializándose en el bosque a menos de una milla de distancia.

En el río apareció una gran canoa india de guerra. Se dirigía a la caleta. Sus remos brillaban acompasadamente a la luz de las estrellas.

Atracaron. Vi que estaba llena de pesadas arcas. Los indios comenzaron a transportarlas al avión. El holandés y su esposa iban arriba y abajo con los efectos de su ajuar.

Turber y Jonas daban órdenes. ¡Entonces vi a Josefa! Estaba abajo, junto a la costa. Habló algo con Turber. La vi que se acercaba a un arca rota y sacaba de ella un gran brazalete. Turber lo examinó y se lo devolvió a la mujer, alejándose luego.

Josefa se acercó a nosotros. No me moví. Se plantó ante el Chato.

—Mira lo que me ha dado Wolf —le dijo—. ¡Qué joyas tenemos ahora! Esto me gusta más que todo el oro y el platino que tiene Turber.

Estaba de pie ante el Chato, tapándole la vista. Él la apartó a un lado.

Me maldije a mí mismo. ¿Había venido mi ocasión marchándose en el mismo instante? No había durado más que un instante. Chato habría disparado contra nosotros dos, si Nanette y yo hubiéramos intentado la fuga, antes de que pudiéramos haber corrido diez pasos.

Capté una significativa mirada de Josefa. Estaba tratando de darme una ocasión. Nanette se dio cuenta de mi agitación. Ella sabía que el momento estaba encima. Josefa dijo:

—Turber lo necesita a usted, Chato. Un cofre ha caído al agua. Esos indios estúpidos, ¿no son mohicanos como usted, verdad, Chato? No se atreven a bucear un poco en el agua ni siquiera a cambio de unas joyas.

El piel roja dudó. Afortunadamente, Turber no estaba a la vista. Había un indio que intentaba vadear hasta un punto próximo a la orilla.

—Esos esclavos…

—Turber me dijo que vigilara yo a éstos. Y que tuviera cuidado. ¡Dios mío! Como si yo no supiera disparar mejor que usted. Deme ese cacharro.

Cogió la automática. Se acercó aún más a él. Tenía el rostro resplandeciente; los labios, húmedos. Él soltó del todo la pistola; y de pronto la atrajo hacia sí y la besó con fuerza.

—¡Indio loco! ¡Que no te vea nunca Wolf Turber hacer esto! Y ahora vete, demuéstrales a esos esclavos que tú no le temes al agua cuando hay joyas en el fondo. Yo vigilaré a los prisioneros.

Nos apuntó con la pistola desde unos diez pasos de distancia.

—¡Vuelve pronto, Chato! —gritó.

El piel roja se marchó. Ella se quedó inmóvil. Su mirada exploraba los alrededores. Cuando comprobó que nadie nos vigilaba, hizo un

ademán con la automática.

—¡Váyanse! ¡Corran hacia el Sur, hacia el pueblo! Dentro de un momento dispararé… Luego, diré que corrieron hacia el Norte. ¡Corran todo lo que puedan!

—¡Nanette, corre! —dije.

Le cogí la mano, nos deslizamos entre la maleza y corrimos.

XII

En la torre, Alan, con Lea, San y Lentz, volvieron rápidamente a esta noche de 1664. San condujo la torre a la mayor velocidad posible, por lo que el viaje duró menos de una hora.

Al principio, estuvieron sentados en la habitación inferior. Alan no podía decidirse en cuanto a Lentz. El hombre parecía bastante leal. Se mostraba ansioso por ayudar y la verdad era que su presencia parecía una ventaja. Pero Alan decidió vigilarlo de cerca, sin un momento de respiro.

Tanto Lea como San parecían confundidos por la aparición de Lentz en la torre. Eso se veía a simple vista; y varias veces Alan pareció leer en los rostros de los dos hermanos que también ellos sospechaban de Lentz. San dijo algo y Lentz sirvió de intérprete:

—San tiene que quedarse en la torre. Quiere que usted comprenda que no puede hacer otra cosa.

—Sí, lo comprendo.

—Y Lea dice que ella quiere ir con usted...

La nave de Turber estaba junto a la orilla, a menos de una milla de donde la torre se posaría. El plan de Alan era marchar escondiéndose hasta la nave.

—¿Qué armas tiene usted? —preguntó Lentz.

Alan mostró su revólver. Lentz alargó la mano para cogerlo.

—No —dijo Alan—. Yo lo llevaré. Y usted, ¿qué lleva?

Lentz sacó un cuchillo, un largo y delgado machete enfundado en su vaina. Alan se preguntó qué otra arma llevaría. Por un instante, tuvo el impulso de registrarlo. Pero decidió que sería una acción inoportuna. Sonrió:

—Eso puede ser más manejable que mi revólver. Mi arma hace ruido. ¿Vendrá usted conmigo, Lentz?

—Sí. Es lo que creo mejor. He estado a menudo por estos bosques... con los instrumentos. Puedo servirle de guía.

—¿Y yo? —preguntó Lea.

—Usted se queda aquí —dijo Alan con decisión.

Ella rompió en un torrente de palabras dirigidas a Lentz.

—Dice que ella habla el dialecto de estos indios del 1664. Que lo ha estudiado en los libros de lenguas muertas... Que puede hablarles a los indios. Que estuvo una vez aquí... y que ellos creyeron que ella era una diosa.

Lea añadió:

—Sí. Sí… mágica… esta torre.

—Quiere decir —aclaró Lentz—, que ellos vieron la torre. Creyeron que era un milagro… dice que, si nos encontramos con una banda de salvajes, ella puede conseguir que nos ayuden.

Alan no aprobó esto. Había que actuar aprisa; no podían estar seguros de cuánto tiempo seguiría allí la nave de Turber.

—No —dijo—. Dígale a Lea que creo que es mejor que no venga. Iremos usted y yo, Lentz. Es preferible que ella y San se queden en la torre.

Lea estaba disgustada, pero se conformó.

Cuando el viaje estaba terminando, San siguió en los mandos; los demás fueron al observatorio de la parte alta de la torre. Era una noche tranquila, estrellada. Experimentaron una sacudida y luego todo quedó inmóvil.

Alan vio que estaban en el medio de un extenso bosque. Desde lo alto de la torre, se divisaba claramente el distante Hudson. Hacia el Sur se veían algunas luces de la pequeña ciudad de Nueva Amsterdam.

—Allí es donde está Turber —dijo Lentz.

—Sí —asintió Leo.

Y señaló al Sudeste. A una milla aproximadamente en esa dirección se veían unas luces de hogueras. El campamento de una banda de indios, tal vez.

Alan trató de retener lo mejor que pudo la topografía de esta extraña comarca. Un bosque intensamente oscuro y siniestro. Y, sin embargo, Alan había nacido aquí, ¡en este mismo espacio! Había vivido aquí toda su vida. Esto, en 1962, se convertiría en el Parque Central. La nave de Turber estaba en lo que Alan conocía como Riverside Drive. Pero, ¡cuán diferente ahora!

Por el río Hudson, una gran canoa marchaba hacia el Sur. Parecía dirigirse hacia la nave de Turber.

Volvieron a la habitación inferior. A través de las ventanas, podían ver los troncos de los árboles, muy próximos unos a otros, formando un muro impenetrable.

—Lentz, dígales que vigilen atentamente y que, al menor signo de peligro, se marchen con la torre.

Lentz se lo dijo a los dos hermanos y éstos asintieron solemnemente. Lea le dio la mano a Alan. De nuevo, como siempre, el roce de la mano de ella lo estremeció. Lea dijo:

—Hasta luego, Alan. Buena suerte.

—Hasta luego, Lea.

Una vez en el bosque, Lentz y Alan se abrieron paso por la maleza.

—Guíe usted —cuchicheó Alan.

Se sentía más seguro con Lentz por delante de él. Pero se dijo que su prevención era insensata; Lentz parecía portarse en todo amistosamente.

—Silencio, no hagamos ruido. En estos bosques, al parecer, hay salvajes por todas partes.

Fue una dura, pesada caminata. La maleza era densa; había grandes árboles derribados; de vez en cuando, algún arroyuelo; profundas y solemnes cañadas, con el suelo cubierto por una espesa capa de hojas muertas y grandes helechos. Y la sólida pared de árboles. Zarzas, escaramujos, abedules blancos a veces, brillando como fantasmas, en la oscuridad.

Silencio, un silencio siniestro. A cada chasquido de una ramita al quebrarse, el corazón de Alan daba un brinco. Los indios de esta selva sabían deslizarse tan silenciosamente... Alan tuvo la impresión una docena de veces de que estaban siendo seguidos.

—¿Dónde estamos, Lentz? Espere un minuto.

Cruzaron peligrosamente bajo la copa de un árbol caído. Lentz esperó a Alan al otro lado y le tendió la mano para ayudarlo.

A Alan le pareció que había sido una locura el llevar consigo a Lentz. Su desconfianza iba creciendo, aunque comprendía que era irrazonable.

—¿Dónde estamos, Lentz?

—A mitad del camino, creo. O algo más. Pronto veremos las luces de las hogueras.

Se pusieron de nuevo en marcha. De pronto, Lentz se detuvo bruscamente. Alan podía verlo, inmóvil, a unos diez pasos delante de él, mirando con fijeza al tronco de un árbol.

—¿Qué pasa?

Alan avanzó hasta ponerse a la altura del otro. Dos ojos brillaban inmóviles en el tronco del árbol, por encima de ellos. Alan, impulsivamente, empuñó su arma, pero Lentz lo detuvo.

—¡Calma! Es algún animal.

No era un indio. Alan suspiró. Desde luego, ningún ojo humano puede brillar como esos que veía ahora en la oscuridad.

Tal vez fuera un gato montés. Los ojos se movieron; hubo un débil ruido de ramaje, el animal desapareció.

—Un disparo habría estropeado todo —cuchicheó Lentz—. Vamos.

Una vez más se pusieron en marcha. Las estrellas estaban casi ocultas por el estrecho entrelazamiento de las copas de los árboles. Hacía mucho tiempo que Alan había perdido el sentido de la

orientación. Este espacio… calle Ochenta y Seis… desde el Parque a Riverside Drive. ¡Qué distinto era ahora!

Estaba perdido. Seguía a Lentz. Pero le parecía que éste torcía demasiado a la izquierda. Una vez dijo Alan:

—¿No será mejor coger por este sendero?

—No. Creo que no. Ése va al Norte; este de delante va al Oeste.

En Alan persistía la sensación de que iban mal encaminados.

—¡Lentz! —cuchicheó.

Se detuvieron juntos. Había algo por delante de ellos en el bosque. Figuras humanas, humanas sin equivocación posible, estaban espiándolos. En el silencio, Alan podía casi oír los latidos de su corazón. No se atrevía a moverse; el crujir de una ramita habría sonado como un disparo.

Un momento. Luego, se oyó un roce prolongado. Las figuras se movían. Iban corriendo.

La maleza se quebraba bajo ellos. Habían viste a Alan y a Lentz y habían empezado a correr. A los pocos pasos, llegaron a un claro lleno de luz estelar. Alan los vio con toda claridad.

Jadeó y luego llamó con suavidad, cautelosamente:

—¡Nanette, Ed, deteneos! Soy Alan.

Éramos Nanette y yo que corríamos perdidos.

XIII

Nos quedamos un minuto todos en el claro del bosque cambiando rápidos susurros. El tipo llamado Lentz, que, desgraciadamente, yo no sabía entonces quién era, se mantuvo distanciado unos cuantos pasos. Prestaba oído atento a los rumores que llegaban del bosque. Luego, se acercó a nosotros.

—Me temo que nos hayan oído. ¿Les siguió alguien? —preguntó, dirigiéndose a mí.

Nanette y yo habíamos temido que nos persiguieran, pero nadie había corrido detrás de nosotros. Habíamos procurado dirigirnos hacia el Sur, ya que Josefa nos había prometido que lanzaría a nuestros perseguidores en dirección opuesta. Ella iba a disparar un tiro para hacer más verosímil su invención de que nos habíamos escapado de su vigilancia. Pero el caso era que no habíamos oído ningún disparo. Ni Alan, ni Lentz. Y, en aquel silencioso bosque, el disparo habría tenido que oírse con toda claridad.

Nanette y yo estábamos completamente extraviados. Me di cuenta de eso cuando traté de decirle a Alan el camino que tendríamos que seguir para llegar a la torre.

Deberíamos ponernos en marcha inmediatamente —dijo Alan.

Señaló a Lentz y susurró:

—Puede que me equivoque, pero no me fío lo más mínimo de ese individuo.

No llegábamos a ponernos de acuerdo sobre dónde estábamos ni en la dirección que debíamos seguir para llegar a la torre.

—Oiga, amigo.

Se acercó a nosotros. Alan cuchicheó:

—¿Qué dirección propondría usted?

El resplandor de las estrellas era demasiado débil para poder alumbrarnos. Sugerí:

—Treparé a uno de estos árboles. Si consigo ver el fuego de campamento que está por la parte de Turber…

Pero eso requeriría demasiado tiempo. Era indudable que una partida de indios estaría ya buscándonos. Podrían cortarnos el paso a la torre o descubrir la torre misma.

—Creo que es por aquí —dijo Lentz.

A mí me pareció que tenía razón aquel individuo.

—Pero, entonces, caminaríamos hacia el Sur

—objetó Alan.

A mí no me parecía eso. Lentz replicó:

—Antes les guie mal; me equivoqué. Pero ahora estoy completamente seguro.

Su franqueza nos convenció. Empezamos a caminar detrás de él; Alan y yo ayudábamos a Nanette. Caminábamos despacio y con cuidado. Hacíamos el menor ruido posible. Llegamos a una ligera elevación del terreno. Delante de nosotros, se mostraba un ligero fulgor de agua.

—¡Alan, mira!

—Ése es el río East.

—Sí, eso creo.

Por lo menos, lo parecía; brillaba muy débilmente entre los árboles. Lentz no lo había visto o lo había pasado por alto. Pero se dio cuenta de que nos habíamos parado; dio media vuelta y se acercó.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Alan.

—Esa agua, el río. Vamos en dirección equivocada.

Me di cuenta de que estábamos en un claro.

—No nos quedemos aquí, Alan. Podrían vernos.

Casi en un ataque de pánico, abandonamos el montículo y nos acurrucamos en la espesura que había al pie. Lentz susurró:

—El río está al Este. Por tanto, la nave de Turber está en el otro río. —Señaló detrás de nosotros—. Entonces, la torre debe de estar en esa dirección.

Eso parecía. Empezamos a caminar de nuevo casi formando un ángulo recto con la dirección que habíamos traído antes. Así nos arrastramos durante una media hora. Parecía una pesadilla.

En lontananza oímos el ulular lúgubre de una lechuza. ¿O no era una lechuza? ¿Sería quizás alguna señal de los indios?

Yo tenía los nervios en tensión; temblaba y esforzaba la vista y aguzaba los oídos. Era difícil impedir que Nanette cayera. Parecía como si el ruido que formábamos fuera repercutiendo por todos aquellos bosques. No sé cuánto nos habíamos alejado. Tal vez millas.

Delante de nosotros, brilló una débil luz. ¿La torre? Nos detuvimos. No era la torre, sino una empalizada hecha de altas estacas. Una edificación. Un puesto avanzado de Nueva Amsterdam.

Hasta entonces no nos dimos cuenta. El río que habíamos columbrado no era el East, sino el Hudson. Habíamos seguido avanzando hacia el Sur. Era Lentz quien nos había engañado. El individuo comprendió que habíamos entendido sus manejos. Estaba al lado de Alan y cuando éste se volvió hacia él, Lentz saltó y alzó el cuchillo. Alan disparó. El disparo resonó en el bosque como un

cañonazo. La bala le dio a Lentz en la mano, y el cuchillo se le cayó.

Todo había sucedido con tanta rapidez que no tuve tiempo de apartarme de Nanette. Como un gato, Lentz esquivó a Alan. Saltó detrás de un árbol. Y luego echó a correr seguido por Alan. Me puse a gritar frenéticamente:

—¡Alan, vuelve aquí! Nos extraviaremos todos.

El revólver de Alan escupió una vez más. Luego, volvió junto a nosotros mientras seguíamos oyendo como Lentz corría a través de la maleza.

—¡Qué mala puntería! —se lamentó Alan.

Agarramos a Nanette y empezamos a correr hacia el Norte, sin preocuparnos ya del ruido. Oíamos voces detrás de nosotros y empezaban a aparecer antorchas a nuestra espalda.

—No tan rápido, Alan. Estamos formando demasiado estrépito.

Aflojamos el paso. Luego, nos detuvimos a escuchar. Los bosques parecían estar llenos de voces, se oían pasos pesados hollando la maleza, detrás de nosotros. Luego, delante. Nos acurrucamos; ya no tenía objeto correr. Estábamos rodeados. Flameaban las antorchas, ladraba un perro. Vi entre los árboles la maciza figura de un hombre enarbolando un hachón encendido; el perro lo guiaba.

Se estrechaban las figuras en torno a nosotros. Nos vieron a la luz de sus antorchas.

—Es inútil resistir, Alan.

Éste se guardó el revólver en el bolsillo. Nos pusimos en pie, sujetando a Nanette.

Los holandeses se apoderaron de nosotros y empezaron a hablar entre ellos. Individuos rudos con bastas camisas y amplios chaquetones, pantalones bombachos y botas claveteadas. Casi todos estaban destocados y se notaba que se habían vestido a toda prisa. Nos miraban estupefactos. Quisieron empujar a Nanette.

—No la toquen —dijo Alan.

Fue un error hablar en inglés. Uno de ellos conocía nuestro idioma. Preguntó:

—¿Inglés tú?

Nos separaron y nos hicieron andar aprisa. Oí que uno de ellos decía:

—Ya están aquí los malditos ingleses. Nuestro buen Peter va a alegrarse con la cacería de esta noche.

Nos empujaban hacia el Sur, hacia Nueva Amsterdam.

XIV

Fue una larga marcha. Habíamos tropezado con un simple fortín, un puesto avanzado al norte de la ciudad. Nos hicieron pasar por allí y seguir un rudo camino de herradura. Alrededor de nosotros, fue formándose un cortejo ruidoso y abigarrado. Unos cincuenta holandeses armados con viejos mosquetones y espadas y empuñando antorchas.

Cruzamos junto a otros puestos. El grupo iba aumentando. Atravesamos una amplia empalizada y penetramos en la pequeña ciudad.

Había pasado ya medianoche. La ciudad no necesitaba que nadie la despertara. Todas las casas tenían las luces encendidas. Las serpenteantes calles, bordeadas por setos de estacas, y las casas con jardincitos y huertos estaban abarrotadas de holandeses excitados. Porque aquélla era una noche trascendental. Venían los ingleses. Nichols, emisario del duque de York, había enviado ya su ultimátum para que Peter Stuyvesant rindiera su pequeño imperio holandés al gobierno de Inglaterra. Ya había sido avistada su flota; anclaría en la bahía a la mañana siguiente.

Durante todo el día y hasta bien avanzada la noche, un gran barullo había reinado en la pequeña ciudad. Las calles se llenaban de grupos de viejos lobos de mar que fumaban sus grandes pipas y protestaban contra el atropello. ¿Cómo se atrevía el duque inglés a pedir que se rindieran? Nos empujaban, nos miraban con la boca abierta, pero los que nos habían apresado los mantenían a. raya y no explicaban nada.

Interpelé al individuo que hablaba inglés:

—¿Adónde nos llevan ustedes?

—A casa del Gobernador. Ahora está reunido con el Consejo.

En la parte baja de Bowling Green, cerca de! fuerte principal que tenía desplegada la bandera y amenazaba a la bahía con sus cañones, Peter Stuyvesant estaba en el piso superior de su hogar deliberando con su Consejo sobre aquella situación crítica. Pero no llegamos hasta allí. Recorrimos sólo una o dos manzanas de la parte norte de la ciudad. Los holandeses miraban las veletas desde las esquinas y pedían al cielo que sobreviniese una tormenta que echara a pique a la flota de Nichols. Salían corriendo a sus jardines, nos miraban y nos cubrían de imprecaciones ininteligibles. La ciudad estaba llena de palabras aquella noche.

Surgió una discusión entre los que nos habían apresado. Otra vez nos llevaban hacia el Norte:

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Os vamos a guardar aquí —dijo nuestro intérprete—. El buen Peter vendrá a veros.

Nos hicieron retroceder. Fuera de la empalizada, sobre una elevación del terreno, se alzaba un pequeño blocao. En torno a él, se espesaban los bosques.

—Os dejaremos aquí —siguió explicando el mismo individuo—. Bastante jaleo hay ya esta noche en la ciudad. Peter subirá a veros. —Soltó una risita—. Mañana regateará con el emisario de Nichols en Bowling Green, a menos, como espero, que el Consejo decida que el fuerte empiece a disparar contra esos malditos barcos ingleses en cuanto aparezcan. Pero si hay regateo, es una cosa buena teneros a vosotros como rehenes guardados aquí en el bosque.

Por lo visto, pensaba que, a pesar de nuestro extraño atuendo, éramos personajes importantes relacionados con la invasión inglesa. Enviados quizás en vanguardia para soliviantar a los indios que estaban en los bosques del Norte. Dijo algo de aquello; y, ¿cómo íbamos a contradecirlo?

El blocao era una construcción sólida. Dos habitaciones en el piso bajo. Nos arrojaron a una de ellas. Las ventanas estaban tapadas con sólidas planchas. Los holandeses nos ataron las piernas con abundancia de soga y nos dejaron tirados en el suelo como fardos.

—Ahí quietecitos.

Cerraron después la puerta de roble. Nos quedamos en la oscuridad. En la habitación contigua, permanecieron hasta cinco o seis hombres que supusimos que tenían la misión de vigilarnos. Oíamos sus voces; la luz de sus velas brillaba entre las rendijas de la pared de troncos.

Hablamos en susurros. Alan y yo estábamos preocupados por Nanette, pero a ella no le había pasado nada.

—Estoy perfectamente, Alan. Pero asustadísima.

—Por lo menos, esto es mejor que estar en manos de Turber, Nanette.

Si pudiésemos escapar ahora, quizás habría tiempo todavía para volver a la torre. Si no, nos veríamos obligados a pasar el resto de nuestras vidas en Nueva Amsterdam. Pero teníamos la esperanza de que los holandeses no nos matarían.

¿Cabía pensar en la huida? Parecía imposible. Estábamos tendidos en la oscuridad sobre el suelo de madera, amarrados fuertemente.

Pasó un rato y luego se oyó fuera una gran agitación. Carreras y voces. Se abrió la puerta. Entró Peter Stuyvesant. Estaba allí erguido, manteniendo el equilibrio sobre su pata de palo y mirándonos a la luz de una bujía mantenida en alto. Nos contempló como si fuéramos unos monstruos, nos atizó sendos golpes con la punta de su pierna, dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

Y entonces, en el hueco de la puerta, vi que estaba Wolf Turber. Turber, con su capa negra y su camisa blanca reluciendo por la abertura. Su mirada irónica se posó en nosotros.

Aquello nos sorprendió y horrorizó tanto, que ni Alan ni yo nos movimos ni hablamos. La puerta se quedó abierta. Turber y Stuyvesant estaban sentados ante una mesa. La luz de las bujías nos los mostraba claramente. Sólo parecía haber otro hombre en la habitación, sin duda algún viejo lobo de mar de confianza.

Turber se expresaba en holandés. Conversaban. Podíamos oírlos, pero no entendíamos nada.

Nunca podrá saberse lo que llegaron a decir. Éste es un trozo de la historia que no ha sido registrado. Un incidente furtivo y oculto que nadie podía recoger. Tal vez Stuyvesant creía que Turber era un brujo. O sencillamente un rico aventurero.

Se veía que estaban regateando. De una bolsa, Turber sacó joyas. Y monedas y lingotes de oro. Fue apilándolo todo sobre la mesa, junto a la vela. Él y Stuyvesant apuraron los vasos de vino que tenían cerca y sellaron así el trato. Stuyvesant recogió el tesoro y se lo guardó en los bolsillos de su amplio capote.

Turber entró en nuestra habitación. Se agachó.

—Si hablan ustedes o se mueven, haré que los maten. —Sólo una risita—. Decidle adiós a Nanette; he pagado por ella toda una fortuna, pero se lo merece.

Se acercó a la muchacha y desató sus ligaduras. Ella gritó.

—¡No te asustes, niña, no voy a hacerte daño!

Alan y yo luchábamos con nuestras cuerdas.

—Estaos quietos, imbéciles.

En vano le amenazamos de palabra.

Se llevó a Nanette de la habitación. La puerta se cerró tras ellos. Pudimos oír cómo Stuyvesant se marchaba y cómo luego Turber se llevaba a Nanette. Volvimos a distinguir la voz del médico.

—No te asustes, niña.

Se produjo un largo silencio.

Transcurrió otro intervalo. Nuevamente había guardianes en la habitación exterior. Susurré:

—Alan, debe de faltar poco para que amanezca.

No teníamos una idea segura. Había intersticios en las paredes de troncos que daban al exterior y de las que se había desprendido el relleno de argamasa. Más por los intersticios sólo se veía negrura.

En la habitación contigua seguía la luz de las velas y oíamos las voces soñolientas de los holandeses.

—Alan, ¿qué es eso?

Había sonado un golpe; alguien estaba atacando el tejado encima de nuestras cabezas. Otro golpe luego. En el bosque, se alzó un griterío. Un grito de guerra. Y más golpes. Una lluvia de flechas caía sobre el tejado y sobre los costados del pequeño fortín.

Un ataque indio. Los holandeses que estaban en la habitación contigua se dieron prisa en huir del aislado edificio. Ni siquiera pasaron a echarnos un vistazo. Se escaparon al bosque, corriendo hacia la empalizada de la ciudad.

Nos habían dejado solos e indefensos.

La lluvia de flechas continuaba. Podíamos oír cómo los indios seguían gritando, pero no avanzaban.

Iba llegando el amanecer. ¿O no era el amanecer? Un resplandor rojizo se mostraba entre las rendijas de los troncos. Rojizo y amarillento. Percibí el olor del humo. Alan tosió como si se asfixiara.

El pequeño blocao estaba siendo bombardeado con flechas incendiarias. Y era el fuego, lleno de humo, lo que nos estaba asfixiando.

XV

Lea y San, después que Alan y Lentz se hubieron marchado, se quedaron de guardia en la torre. Se pusieron a hablar en su idioma.

—¿Cuánto tiempo crees tú, hermano, que estarán fuera?

—Tal vez hasta el amanecer. Hemos de contar en que suceda lo mejor. Alan es un muchacho lleno de recursos; acuérdate que supo librarte de las garras de Turber, Lea.

No podían figurarse qué harían Alan y Lentz para rescatarnos a Nanette y a mí. Se pusieron a discutir sobre Lentz. Era un individuo que pertenecía al mismo mundo que ellos. Su difunto padre le había concedido siempre la mayor confianza. Pero lo cierto era que Lentz había tenido ocasión para conocer a Turber. ¿Se había convertido en un traidor? ¿Era un individuo a sueldo de Turber? Había habido algunas cosillas que Alan había descubierto, cosas que hacían nacer sospechas contra Lentz. Ellos sabían que Alan lo miraba con desconfianza.

Transcurrían las horas. El bosque era un negro muro de silencio en torno a la torre. Lea se asomaba a menudo a la puerta, atisbando. Una pequeña y graciosa figura de flotante túnica azul y dorada cabellera. Era como la habíamos contemplado en la pantalla, durante la primera visión que tuvimos de su figura.

San no podía estarse quieto. Como siempre que la torre estaba parada en un mundo extraño, recorría la habitación de arriba abajo, mirando alternativamente desde cada una de las ventanas; siempre a pocos pasos de los mandos para poder levantar el vuelo en cuanto se percibiese el menor signo de hostilidad.

Pasaba el tiempo y Lea se iba preocupando más y más. Ya era hora de que Alan estuviese de vuelta.

—Debería haber permitido que me fuese con él —dijo—. Tú recordarás, San, que ya estuvimos aquí antes una vez. Había un viejo jefe que se llamaba Agua de Plata. Pude haber conseguido que me ayudara a luchar contra Turber. Pero tú no me dejaste.

—Tú eres muy temeraria, Lea —replicó San. Yo, en cambio, me siento indefenso, siempre aquí en la torre.

—Esta noche podría haber alistado a una partida de esos indios —dijo ella—. Me adoraban como a una diosa, la diosa de la magia, como el viejo Agua de Plata llamaba a la torre.

Aquella otra noche los indios se habían postrado ante la torre, y, desde los escalones, Lea les había hablado mientras San vigilaba los

mandos.

—Aquello era distinto —dijo él—. No encerraba ningún peligro. Pero dejarte salir esta noche en medio de los bosques pasa que trataras de localizar a tus amigos indios era demasiado peligroso, Lea. Alan lo sabía. Tenía razón.

Ella subió a lo alto de la torre mientras su hermano se quedaba de guardia abajo. Desde lo alto, podía ver el fuego en el campamento de Turber. La hoguera de los indios hacia el Sudeste.

Silencio. Y luego, muy hacia el Sur, donde la pálida ciudad ocupaba el extremo meridional de la isla, Lea creyó oír un disparo. Luego, otro. Pero eran demasiado débiles.

Oscuras extensiones de silenciosos bosques. ¿Qué estaba ocurriendo en ellos? Los disparos eran los que Alan hizo contra Lentz al descubrir su traición. Pero Lea no podía saberlo.

El río Hudson brillaba bajo la luz de las estrellas. Lea distinguió una gran canoa india que se movía hacia el Sur, hacia la luz que indicaba la posición del campamento de Turber. Era una de las canoas que transportaban el tesoro. Pero la muchacha tampoco estaba enterada de eso.

Bajó de nuevo y se reunió con San. Aguardaron durante lo que les pareció ser un período interminable.

—Cuando amanezca, tendremos que marcharnos— dijo San.

Pero Lea se opuso.

—No nos marcharemos mientras no sepamos que Turber se ha marchado y que Alan no ha conseguido nada.

Cabía la posibilidad de que Alan y Lentz es tuvieran todavía en el bosque y regresasen al fin sin haber conseguido nada. La muchacha insistió:

—No podemos abandonarlos, San.

Los dos tuvieron de pronto la sensación de que el intento estaba condenado al fracaso.

—San, ¿has oído eso?

Estaban en una de las Ventanas. Desde el bosque, había llegado una llamada cautelosa. Un grito ahogado.

—¡Lea! —se repitió—. ¡Lea! No cerréis la torre. Voy ahora mismo.

Era la voz de Lentz. Los dos hermanos la reconocieron. Lea se acercó a la puerta. San vigilaba los mandos, con la mirada clavada en su hermana.

—Espera, San. Quiero oír lo que dice.

Lentz apareció entre unos arbustos cercanos. —¿Eres tú, Lea?

—Sí, Lentz. ¿Dónde está Alan?

—Ahora voy. No mováis la torre. —Se acercaba—. Ha habido un desastre, Lea. No pudimos hacer nada. Turber ha matado a Alan.

El corazón de la muchacha quedó como paralizado. Se mantuvo rígida en los escalones. Lentz estaba solo. Subió por la escalerilla hasta la habitación de la torre. Había sangre en su mano derecha; tenía destrozado uno de los dedos. Exhibió la mano herida. Dijo:

—No arranques todavía, San. Antes tengo que hablar con vosotros. Estoy herido, Turber me disparó.

Se quedaron con él en el centro de la habitación. En aquel instante, los mandos de la torre permanecieron abandonados. Lentz sacó la mano herida para que se la viesen. La otra mano la ocultaba en la espalda. Ahora la alzó por encima de su cabeza. Con un machete le dirigió un golpe a San.

Fue un golpe rápido, pero Lea se le adelantó, dándole un empellón. El golpe falló y San se lanzó sobre él en un impulso desesperado. Lo derribaron. La mano herida lo colocaba en posición desventajosa. Enarbolaba el machete con la torpeza natural de la mano izquierda. San se esforzó en arrebatarle el arma mientras rodaban por el suelo con Lea inclinada sobre ellos.

Una breve lucha. San le retorció el brazo, le arrebató el machete y se lo clavó. Lentz lanzó un grito palpitante y se relajó.

San se puso en pie, pálido y emocionado. Lea estaba temblando.

—Lo liquidé, Lea. Maldito traidor…

El primer pensamiento de San fue para los mandos, pero Lea lo detuvo.

—Espera. ¿Cómo podemos estar seguros de que Alan ha muerto? Tal vez es una mentira que nos ha dicho Lentz.

Se asomaron a la ventana. No se veía a nadie. Un estertor de Lentz les hizo volverse. Estaba tirado en el suelo, con el machete clavado en el pecho donde se le iba ensanchando una mancha roja. Pero no estaba muerto. Lea se inclinó sobre él.

—Lea, quiero decirte la verdad.

Tardó unos momentos en morir, pero antes de exhalar el último suspiro contó la verdad de lo que había pasado. Había llevado a los muchachos al interior del bosque y había visto cómo eran capturados por los holandeses. Nos habían seguido como un indio, porque tenía mucha habilidad para andar por la selva, ya que había estado antes en estos parajes con Turber haciendo planes para apoderarse del tesoro. Conocía muy bien aquellos bosques.

Había visto cómo, por fin, nos encerraban a Alan y a mí en el pequeño blocao custodiado por seis holandeses. A continuación,

marchó en busca de Turber. Le contó lo que había pasado. Turber fue a hablar con Stuyvesant y lo envió a él, a Lentz, a apoderarse de la torre. Si hubiese logrado matar a San, tal vez habría matado también a Lea y se habría escapado con la torre.

Pero ahora estaba ya muerto. Había jadeado las últimas palabras de la confesión, y la sangre terminó de escapársele de los pulmones.

Lea se apartó del cadáver. Apenas tuvo tiempo de contarle a San todo lo que Lentz le había dicho. Se asomaron a la puerta y vieron sombrías figuras muy próximas. Una vez más, San habría escapado con la torre por los dominios del tiempo. Pero nuevamente Lea lo detuvo.

Había figuras de salvajes fuera, pero no amenazadoras, sino postradas en tierra al filo de la espesura próxima. Estaba tan oscuro el lindero del bosque y las figuras se mostraban tan negras e inmóviles, que Lea y San tal vez no las hubiesen divisado de no haber oído un sordo murmullo, un lamento lúgubre. Eran los salvajes arrodillados para aplacar a aquel mágico dios del bosque. A aquella extraña torre con un dios y una diosa a la puerta, en el claro que los pieles rojas sabían que no encerraba normalmente semejante visión.

Los pensamientos de Lea se movieron con rapidez. Alan, Nanette y yo estábamos encarcelados por los holandeses en un fortín aislado a unos tres o cuatro kilómetros al Sur. Lea podía dar órdenes a aquellos indios y ya había demostrado su poder sobre uno de los jefes.

En un murmullo, le comunicó sus planes a San. Apenas hacía un minuto que habían visto las postradas figuras.

San se mantenía alerta, mirando. Lea avanzó hacia los escalones de la torre. Gritó en el dialecto de los indios:

—¡Alzaos, hijos del bosque! Ningún daño voy a haceros. Sólo bien os traigo.

Bajó los escalones majestuosamente. Su hermano le gritó con ansiedad:

—Ten cuidado, Lea.

—No te preocupes, San. —Se dirigió a los indios—: Poneos en pie, hombres del bosque.

Avanzó lentamente hacia ellos. Pero con cuidado.

Se levantaron, viendo el ademán de sus brazos alzados. Eran hasta una decena de jóvenes bravos, atraídos por el débil fulgor de la torre.

Temblaban delante de Lea. Eran salvajes del año 1664. Bien podían creerla una diosa: una criatura blanca y de ensueño, de flotante túnica azul y resplandecientes trenzas doradas, con la torre del tiempo detrás de ella.

—Os traigo órdenes —dijo— desde el país del espíritu donde vuestros padres cazan ahora en paz y felicidad. Tenéis en estos bosques a un gran jefe, hombre de mucho poder. Llámese Agua de Plata, nombre de mujer éste, pero hombre es él muy viejo, y sabio, y bueno.

Uno de los indios se adelantó.

—Yo lo conozco. Vive no lejos de aquí, junto al agua.

Señalaba hacia el Sudeste.

—Iré con vosotros —dijo ella—. Conducidme. No temáis, jóvenes bravos.

—¡Lea, vuelve aquí en seguida! —gritó San.

Ella se volvió.

—No te preocupes, tendré cuidado. No hay peligro ninguno, San. Tú, está atento, no vaya a venir Turber.

Siguió a los indios entre las oscuras sombras del bosque.

—Pero, diosa del Sol yo he enterrado el hacha de guerra y he hecho la paz con los rostros pálidos.

El viejo jefe estaba turbado. Se hallaba junto a su fuego de campamento con sus guerreros alrededor. El río East corría por allí cerca. Las tiendas de Su pueblo se alzaban a lo largo de la orilla, oscuros conos que sobresalían en la penumbra. Las mujeres y los niños se agolpaban en segundo término llenos de curiosidad.

Lea se mantenía erguida y daba las órdenes con la espalda pegada a un árbol. El resplandor de la hoguera hacía destacar su figura. Alzaba los brazos al cielo.

—Aquí vivo en paz —repetía él viejo indio— El jefe de los rostros pálidos de la pata de palo estuvo una vez en mi hoguera y fumó conmigo la pipa de la paz. Y ahora tú me pides que rompa mi juramento.

—No— dijo ella—. Hay un pequeño fuerte, a este lado de la ciudad. Tú sabes cuál es.

—Lo sé —dijo el jefe.

—Y está en tus bosques.

Él asintió gravemente.

—Sí. Cada vez aprietan más estos intrusos rostros pálidos. Pero no quiero peleas. Los hombres blancos saben matar muy bien y, además, me he enterado hoy de que están llegando más barcos de rostros pálidos. Uno de mis hombres estuvo hoy en la ciudad. Volvió borracho de aguardiente, pero trajo la noticia.

—¿Es que los rostros pálidos no han roto nunca la palabra dada? —preguntó ella.

—¡Uy, muchísimas veces!

—Pues bien, yo no quiero que empecéis ninguna pelea. Únicamente que asustéis a los guardianes del pequeño fuerte y los hagáis huir.

—Es que mis bravos —objetó él— pierden la cabeza cuando empiezan las cosas violentas. No queremos matar.

—Desde luego que no —dijo ella—. Ya me ocuparé yo de eso.

Terminó por convencerlo. Le contó que en aquel pequeño fuerte había otros dos dioses y una diosa como ella, y que los holandeses los tenían presos. Ella y un puñado de bravos podrían ir, asustar a los holandeses y rescatar a los cautivos. Porque si a aquellos dioses les pasaba algo malo, el mal recaería luego sobre todo el bosque.

El caudillo prestó atención. Se incorporó bruscamente, echó hacia atrás sus blancos cabellos con un movimiento de cabeza y se arrolló la manta multicolor. Digna y venerable figura. Pero le tenía miedo a Lea. Aquello de que fuera a maldecir los bosques, su pueblo...

—Manda lo que gustes. Te daré treinta de mis bravos. En un momento estarán preparados.

El pequeño blocao se alzaba entre árboles en una elevación del terreno. Lea, rodeada por los indios, se movía silenciosamente entre la maleza. Su intención era avanzar así, arrastrándose, sorprender a los guardianes holandeses y apoderarse de ellos sin despertar alarma en la ciudad. La puerta del blocao se abría a la otra parte del camino. El edificio se erguía negro y silencioso. ¿Estaríamos nosotros allí? ¿Había alguien dentro? Ella no lo sabía.

Sin previa advertencia, cogiendo a Lea totalmente por sorpresa, al llegar a la linde de la espesura los salvajes se arrodillaron de pronto y dispararon sus flechas.

—Pero, ¿qué...?

Momentáneamente perdió todo su empaque.

El joven bravo que estaba a su lado la hizo retroceder detrás del tronco de un árbol. Eso la sorprendió. Pero vio que el movimiento seguía siendo reverente.

—No avanzaremos más —explicó él—. Los echaremos desde aquí.

Bruscamente, pareció apoderarse de los jóvenes indios el gusto por la batalla. Con el lanzamiento de la primera flecha, pareció que olvidaban a Lea. El bosque retemblaba con sus gritos. Desplegaban y seguían avanzando. Y luego, con pedernal y hierro, conseguido de los rostros pálidos, prendían fuego a sus flechas. Y las iban lanzando.

El joven jefe, que permanecía en retaguardia junto a Lea murmuró:

—Ya están corriendo. Míralos cómo corren hacia el pueblo. El

fuerte arderá.

Ya estaba ardiendo. En las secas paredes y en el techo, las flechas incendiarias habían prendido fuego en seguida. Se levantaban altas llamas.

—¡Esperad! —ordenó Lea—. ¡Basta ya!

Consiguió pararlos por fin. El blocao estaba ardiendo. Los holandeses se habían retirado. Ordenó:

—¡Venid!

Pero los jóvenes indios tenían miedo de avanzar; de pronto, se habían asustado por lo que habían hecho: el gran pueblo de los rostros pálidos enviaría a muchos hombres encolerizados a vengar la ofensa.

—Entonces, quedaos aquí —dijo Lea precipitadamente.

Los dejó. Se lanzó por el espacio que la separaba del blocao. Dio un rodeo al edificio en llamas. En su corazón, una plegaria por que Alan, Nanette y yo estuviésemos dentro sanos y salvos.

Llegó a la puerta. Estaba abierta. La habitación se encontraba llena de humo. Las bujías seguían ardiendo borrosamente, pero Lea vio que la habitación estaba vacía. Y vio otra puerta al fondo.

Se precipitó hacia ella. El humo la ahogaba. Contuvo la respiración.

La puerta que comunicaba las dos habitaciones no estaba cerrada con llave. La abrió de par en par. A la luz del incendio, vio que Alan y yo estábamos tendidos, amarrados e indefensos. Gritamos:

—¡Lea!

Nos vio y vio las cuerdas que nos ataban. Retrocedió para coger un cuchillo que estaba sobre la mesa junto a las velas. Nos volvimos de costado para: que pudiese cortar mejor nuestras cuerdas. Nos ahogábamos todos en la humareda. Nos ayudó a mantenernos en pie. Al principio, nos tambaleábamos, pero, con su ayuda, logramos salir al bendito aire fresco de la noche.

El edificio estaba ardiendo ya por sus cuatro costados. Por el Sur, junto a la empalizada de la ciudad, los holandeses gritaban, pero ninguno de ellos se atrevía a avanzar. Corrimos a unirnos con los indios que estaban esperando a Lea. Parecía existir todavía alguna esperanza de que la nave de Turber no hubiera partido. Los indios nos condujeron hasta aquel lugar. Pero la nave había desaparecido ya y el campamento estaba desierto.

Entonces oblicuamos rápidamente hacia el Este para llegar a la torre. Era ya dé día, cuando dejamos a los guerreros, postrados ante la torre a medida que ésta se disolvía como un fantasma y terminaba por desaparecer del todo.

Nosotros estábamos a salvo, pero, ¿y Nanette? ¿De qué me serviría a mí estar a salvo? Nanette, lo que yo más quería en el mundo, había des aparecido. Y esta vez tuve el presentimiento de que la había perdido para siempre.

XVI

Turber se llevó de nuevo a Nanette a su nave del tiempo. Ya habían llegado doce canoas, y el tesoro estaba casi del todo a bordo. Las leyendas indias han hablado de eso, de aquellos cofres enterrados junto a la orilla del río y del viaje de todo un día a favor de la corriente. Nadie puede decir cómo llegó allí aquel tesoro. Tal vez fue dejado por un forajido mongol, por alguien de aquella civilización oriental que estuvo en estos parajes hacía muchos siglos y que, poco a poco, fue fundiéndose con aquellos salvajes que los hombres blancos llamaban pieles rojas.

Turber había trazado sus planes. El renegado holandés, un tal Melyn, de la región de Statten Island, había recibido dinero de Turber. Había comprado confidentes, había sobornado a los indios, organizado y conducido la expedición.

—Y ahora ya lo tenemos, pequeña Nanette— dijo Turber—. No tendrás más remedio que quererme por toda la riqueza, el poder y él lujo que voy a derramar sobre ti.

La nave estaba abarrotada con la abundancia del tesoro. Pilas de cofres rotos y apolillados alternaban con montones de joyas colocados en los diversos camarotes. Joyas labradas en formas extrañas con oro y plata batidos, arpones de oro incrustados de rubíes y esmeraldas, cabezas de zafiro centelleando como el mar tropical a la luz de la Luna. Gemas dispuestas en extrañísimos dibujos, grandes vasos metálicos ornados de cabezas de hidras y dragones, rastros religiosos de una edad pagana y de una fabulosa riqueza oriental.

La nave emprendió el viaje tan pronto como Turber y Nanette estuvieron a bordo. Se disparó en el tiempo y se movió un poco en el espacio. No mucho, un poco hacia al Sur del río Hudson, al otro lado del puerto, hasta posarse sobre Statten Island.

Turber estaba sentado con Nanette en la sala de mando. Ella oyó la voz de Josefa, pero Turber le ordenó a ésta, con cajas destempladas, que se marchara. Chato estaba manipulando los mandos. Nanette nunca llegó a enterarse de la explicación que dio Josefa sobre nuestra fuga. Tal vez le echó la culpa al indio, puesto que su palabra valía tanto como la de él; Turber, una vez en posesión del tesoro y habiendo recobrado a Nanette, estaba de muy buen humor para hacer más investigaciones.

Nanette comprendía que éste era el último viaje que iban a realizar. Que se dirigían a la gran ciudad de Nueva York en el mundo

temporal de 2445. El que sería el hogar permanente de ambos.

—No más viajes, Nanette. Tú y yo conquistaremos el mundo y lo gobernaremos.

Nanette estaba asustada, pero no lo dejó traslucir. Se sentía sola. Pensaba que Alan y yo estábamos separados de ella para siempre.

Fue un viaje breve. Se detuvieron, sólo unos momentos, en el año 1779. Había entonces una colonia floreciente en Statten Island, y la nave escogió un sitio seguro para posarse.

Denominaban aquello un asentamiento colonial, pero estaba en manos del enemigo. Sir William Howe había desembarcado en los Estrechos dos años antes, y ahora dominada toda la isla.

Era otra vez de noche cuando la nave se detuvo.

Nanette estaba sentada en la sala de mandos y escuchaba atentamente las nuevas voces. Ahora todas eran inglesas.

—Wolf Turber, hemos fracasado.

—¿Sí? —Su voz tranquila no tenía el menor fallo—. ¿Entró la chalupa?

—La semana pasada. He estado aquí todas las noches y se ocurre a usted venir precisamente hoy. Están combatiendo en los pantanos, ese traidor Mercer y sus hombres.

Turber lo interrumpió:

—Hablando de la chalupa, Atwodd, ¿quién se cuida de ese Mercer?

—¡Rayos y centellas! Puede usted fulminarme, pero he tenido un tiempecito infernal.

—Lo creo, Tony, no dudo de su palabra.

—Y hace bien. Llegué a creer que no vendría usted tampoco esta noche y que mañana me atraparían las tropas de Mercer. Aunque le aseguro que no iban a encontrarme aquí. Estando las cosas como están, sir William no me tiene en muy buena opinión que digamos. Me llamó algo feo la semana pasada. Creo que me insulta.

—Bueno, ¿consiguió usted el oro?

—No. La chalupa ha tardado noventa días en llegar desde las Bermudas, con un tiempo de mil diablos. Y, además, el bloqueo, pero pudo burlarlo. Recibí carta de Somerset. El dinero que usted dejó, se gastó.

Turber se echó a reír.

—Me lo imaginaba.

—Se gastó en excavar nada menos que toda la playa de la isla Cooper. No había tesoro alguno. Hice lo que pude. Espero que ésta sea la última vez que usted pase, es lo más prudente, y que me llevará consigo. De lo contrario, me obligarán a realizar un viaje aún más

largo si permanezco aquí.

Lo admitieron a bordo. La nave se balanceó sobre Statten Island y de nuevo empezó a caminar en el tiempo. Cruzaron el siglo XIX. Llegaron a 1900. Y luego, mientras la enorme ciudad iba creciendo bajo la nave, transcurrieron 500 años más. Todo eso en menos de media hora. Turber dijo:

—Ya estamos.

La nave se había detenido como un fantasma que fuera tomando cuerpo en una ciudad sombría. Descansaba sobre aquel mismo montículo de Statten Island que en 1962 había contenido el Hospital Turber.

Hacían alto, definitivamente, en 2445. A través de las ventanas, Nanette escuchaba el tumultuoso rugido de la ciudad monstruosa. Turber la condujo fuera de la nave.

XVII

Alan y yo, en la torre con Lea y San, nos encaminábamos simultáneamente hacia el mismo espacio temporal al que Turber llevaba ahora a Nanette. No sabíamos que Turber haría una parada en 1779. No nos habría servido de nada. Pero conocíamos su destino final. Aquel conocimiento era un pobre consuelo. Turber era prácticamente inatacable en aquella ciudad gigantesca. Ya lo sabía el viejo Powl y nos dábamos cuenta de que Lea y San pensaban en eso. Todos nuestros esfuerzos habían estado encaminados a impedir que Turber se llevara a Nanette allí. Aquél era su baluarte definitivo.

Les dimos a entender a los dos hermanos que queríamos parar en la ciudad gigantesca. San nos desembarcaría en cuanto Turber llegase. Alan dijo:

—Iremos a ver a las autoridades, Ed. Seguro que son gente inteligente y científica. Comprenderán el misterio de esta torre y no les parecerá nada mágico. Conseguiremos que organicen una expedición contra Turber. Que rescaten a Nanette y que nos la devuelvan sana y salva.

Yo tenía el corazón oprimido. Aquél era el único plan razonable que podíamos forjar. Pero asustaba pensar en aquella ciudad gigantesca, en las nuevas condiciones con que tropezaríamos. Una nueva civilización, del todo extraña para nosotros. Lea aplaudió:

—Sí, eso es lo mejor. —Indicó sobre la esfera el año 2445 y luego siguió chapurreando—: Tú y Alan aquí. San y yo ir...

Señaló el año 5000. Alan comprendió lo que quería decir. Ella y San harían un viaje apresurado a aquella época de la ciudad en ruinas y buscarían entre los escombros el arma super poderosa. La cogerían y nos la traerían. Lea añadió:

—No rendirse Turber. Arma venir. Lea y San traer en torre.

Viajamos a toda velocidad. Tardamos menos de una hora. Los bosques indios se fundían y la ciudad iba extendiéndose en tomo a la torre. Ya estaba allí el Parque Central. Vimos cómo la ciudad crecía en torno y nos iban rodeando calles inmensas. Luego un tejado encima de nosotros, y la torre metida en una monstruosa calle metálica. Lea nos estrechó las manos.

—Adiós, Alan, hasta nosotros volver con arma.

La torre hizo alto. Un alud de ruidos penetró por las ventanas. El estrépito de la inmensa ciudad. Y gritos y voces humanas. Y luces cegadoras por todas partes. Turber estaba aquí, en esta misma ciudad,

en este mismo momento, con Nanette. Teníamos que realizar nuestro último ataque desesperado contra el Turber de esta época.

San abrió la puerta. Alan y yo bajamos por la escalerilla. A nuestra espalda, la torre se disolvió en un contorno fantasmal y desapareció.

La calle de la ciudad era un rugidor torrente de voces, tanto humanas como eléctricas; una confusión de extraños sonidos y de visiones aún más extrañas. La calle era de metal sólido. Niveles para el tráfico se alzaban unos sobre otros. Circulaban vehículos extrañísimos sin ruedas, sin raíles, sin cables de suspensión ni tubos de escape, ni conductores visibles, sino llenos de personas cómodamente recostadas y que parecían gobernar al vehículo con el pensamiento. Por encima de todo aquello se extendía un tejado inmenso, transparente como el cristal.

El espacio vacío de la calle mostraba un vehículo aplastado que, evidentemente, había tenido la mala suerte de hallarse demasiado cerca de la torre cuando ésta se materializó. El metal aparecía retorcido y negro y había tres cuerpos humanos tendidos en la calle, muertos.

—¡Quédate ahí, Ed! Deja que nos detengan.

Me pegué a Alan. Un grupo de gente extrañamente vestida se lanzó contra nosotros. Pero no se acercaron más de la cuenta, sino que formaron un corro vociferante y asustado.

No sabíamos qué hacer. Entre un millón de impresiones completamente nuevas, mi mente podía fijarse en muy pocas de ellas. Por todas partes había mecanismos, brillantes espejos con cambiantes imágenes, luces y señales que parecían ser del tráfico; chasquidos y chirridos de resortes automáticos; un movimiento enloquecedor por todas partes.

Dirigí la mirada hacia el conjunto de aceras, colgantes, vi la calle de tiendas abiertas de par en par, en cuyos escaparates se desplegaban las mercancías. Los estrechos viaductos eran como un encaje metálico. El tejado de la ciudad estaba resplandeciente; creo que era de día. Alan dijo:

—Debe de haber por alguna parte un agente de la autoridad.

La multitud que se iba congregando estaba formada en su mayor parte por hombres. Todos vestidos con colores sobrios: negros y grises. Sin sombrero y con las cabezas rapadas. Los pantalones ceñidos, como en la época romántica, y las chaquetillas cortas y negras. Las mujeres, con oscuras faldas en forma de campana, y el cabello tirante y recogido.

Apareció un agente de la autoridad vestido de blanco. Llevaba al

pecho un mugiente megáfono eléctrico que le multiplicaba la voz. La muchedumbre le abrió paso obedientemente. Avanzó por el pasillo. Se detuvo junto a nosotros y ordenó la congestión de tráfico. Pasó un tren colgante que se había detenido. Centellearon las luces reguladoras de la circulación. El amasijo de vehículos empezó a deshacerse. Acudieron otros agentes, iodos vestidos de blanco. Se los veía en los puentes y en pequeñas plataformas situadas en los distintos niveles. Una grúa magnética se cernió en el aire, recogió un vehículo averiado y lo apartó de la corriente del tráfico.

El agente nos cogió por los brazos.

—Vengan conmigo.

Era un idioma totalmente comprensible, un inglés puro, pero a la par muy extraño. No puedo explicar la impresión que producía oírlo. No puedo dar idea de su brevedad concentrada, de la sensación que producía de sílabas eliminadas, de entonaciones rígidas. Comparado con aquel lenguaje, nuestra habla quedaba anticuada, llena de floreos y adornos.

—Vengan.

—Somos amigos —dijo Alan apresuradamente—. No nos hagan daño. Llévenos a las oficinas del Gobierno. Pueden hacer eso, ¿verdad?

El agente se nos quedó mirando con fijeza, yo creo que atónito por el inglés anticuado y pomposo de Alan.

—Ya les han mandado a buscar —dijo—. Vengan.

Nos siguió a toda prisa. La multitud seguía mirándonos asombrada.

Entramos en un pequeño túnel. Un vehículo que tenía algo de coche y de ascensor nos elevó rápidamente. Cruzamos interminables pisos, calles, niveles. Había gente por todas partes. El vehículo detuvo su movimiento vertical y empezó a moverse lateralmente. El agente que nos había detenido habló ante un micrófono que llevaba colgado al pecho. Oí claramente la respuesta.

—Sala 400, departamento 8, Casa del Gobierno, Sección 6ª.

—Sí —dijo el agente.

Repitió la orden al operador del vehículo sentado ante una fila de interruptores. La voz añadió:

—Tráiganlos.

—Vamos.

El extraño coche se lanzó por lo que parecía ser un torbellino de brillantes puentes, calles tumultuosas, bóvedas de edificios acristalados, alturas inconmensurables que me figuré que estaban va debajo mismo del techo.

Entre el maremágnum de ruidos, me pareció distinguir la voz de un locutor.

—Turberitas espera comprar la ciudad.

Era una voz propia de locutor de radio; y cuando pasamos por un puente vi una fachada en la que grandes letras brillantes componían un boletín de noticias.

Cuatrocientos mil millones, precio de Wolf Turber, pagaderos en oro bruto, plata, platino y joyas antiguas.

Y a continuación:

«El Consejo de los Diez en sesión permanente. Se espera de un momento a otro el ultimátum de los Turberitas.»

Nos introdujimos por un negro túnel. El recorrido duró unos diez minutos. Emergimos a una zona en que la ciudad estaba menos congestionada y descendía hasta una terraza cerca del pueblo. El tejado estaba más bajo. En algunos sitios no existía. Pude ver la luz del día, un día gris de verano con el cielo cargado. Era la mañana del

12 de junio de 2445.

—Esto debe de ser por donde estaba Tarrytown. Ahí está el río —susurró Alan.

A la izquierda, veíamos el Hudson. Una sólida agrupación de edificios metálicos se extendía ante vosotros. Aquí, sólo las calles estaban techadas. Estas seguían un trazado rigurosamente paralelo. Maestro vehículo flotaba sobre ellas con gran despliegue de luces.

Vi que a lo largo del río no había señal de muelles. Ni nada que se pareciera a un barco; puentes y más puentes pasaban a la otra orilla que era un amasijo de casas.

—Mira lo que hay detrás de nosotros —murmuró Alan.

Se veía una mancha de luz. El techo parecía estar ahora a unos 300 metros; caminos y viaductos y niveles de tráfico salían de lo alto como una maraña de venas y arterias que se extendiera por aquella zona del norte de la ciudad. Nuestro guardián dijo:

—Aquí.

El coche se detuvo dentro de un altísimo edificio que se erguía junto al río. Salimos a un corredor de brillante metal. Otros guardias se cruzaron con nosotros; pasamos por grandes puertas oscilantes.

Estábamos en presencia del Consejo Gubernamental.

Creo que lo más extraño de toda esta época era su rapidez, la precisión de máquina con que se realizaba cada detalle. En media hora, en aquel Consejo de la República anglosajona de la que el gran Nueva York y el gran Londres eran capitales gemelas, se nos entendió y se nos aceptó; el papel que podíamos desempeñar en la situación

crítica provocada por Turber fue comprendido en seguida por aquellos dirigentes.

Recuerdo ahora el asombro que nos produjo comprobar la precisión con que se habían estudiado todos los detalles. Ya habían investigado la llegada de nuestra torre; habían sido interrogados los testigos oculares; los datos habían sido transmitidos a las autoridades científicas y el conjunto del proceso estaba ya en manos del Consejo.

Turber había ocultado cuidadosamente su nave en la porción que poseía de la ciudad. Las autoridades no habían llegado nunca a verla. Pero se sospechaba su existencia y nuestra explicación venía a confirmar sus suposiciones.

En poco menos de media hora, nos extrajeron todo lo que teníamos que decir mediante hábiles y rápidas preguntas. No hubo vacilaciones, ni asombro, ni teorías. Poco después de llegar nosotros acudieron seis científicos, quienes nos escucharon, expusieron las leyes científicas, bien conocidas en esa época, y juzgaron plausible lo que decíamos.

Era una pequeña sala metálica abovedada. Diez hombres en torno a una mesa cubierta de documentos, informes y resúmenes relativos al asunto Turber. Los datos compilados por nosotros se unieron a aquéllos. Espejos y pantallas con imágenes movibles de escenas distantes se alzaban en las paredes; ventanas ovaladas y puertas oscilantes se abrían a la sala adyacente, que zumbaba con el sonido de múltiples instrumentos mientras iban y venían mensajeros. En una mesa colocada en un rincón, dos operadores manejaban extraños aparatos.

Nuestro asunto fue despachado con una celeridad que nos dejó confusos. El interrogatorio a que nos sometieron acabó casi en seguida. El presidente de la rama neoyorquina de Anglosajonia le preguntó a Alan:

—¿Volverá su torre con un arma que nos traerán para usar contra Turber?

—Sí. Por lo menos, en eso tenemos puestas nuestras esperanzas.

—¿Arma de qué clase?

—No sabemos con seguridad. Pensamos que tal vez pueda tratarse de una especie de proyector…

—¿Electrónico?

Se veía que estaba muy interesado. Intervine:

—Pero también ustedes deben de tener tales armas.

—No. La aviación mundial las hace inútiles. Hasta el 2000, hubo las armas atómicas. Fueron substituidas por las fotónicas. No tenemos ni unas ni otras. No funcionarían, y la guerra misma está anticuada.

¿Seguro? Yo dudaba mucho de aquello al pensar en la amenaza de Turber. Pareció que el presidente leía mis pensamientos. Dijo:

—Somos hombres de negocios. No sabemos nada de guerra.

Su grave rostro se nubló de ansiedad. Repitió como si estuviera diciéndoselo a sí mismo:

—No sabemos nada de guerra.

Miré a Alan. Dije luego:

—Hemos venido aquí para que ustedes nos ayuden. Y para ayudarlos a ustedes. La hermana de mi amigo ha sido secuestrada por Turber.

Expliqué que pedíamos que se organizara una expedición contra Turber para que éste dejase en libertad a Nanette.

El presidente respondió con impaciencia.

—No sabe usted lo que está diciendo. Una expedición así no tendría éxito.

Intervino Alan:

—La verdad es que no estamos enterados de cuál es la situación entre ustedes. Pero tenemos que liberar a mi hermana. Nuestro propósito es el mismo que el de ustedes: si matamos a Turber, su imperio, como ustedes lo llaman, se hará trizas al morir él. Por lo que ustedes dicen, eso es evidente.

Nos quedamos a la escucha mientras el Consejo proseguía sus debates. Gradualmente, nos fuimos dando cuenta de lo inatacable que era Turber en aquel mundo. Todo esto ocurría sólo 500 años después de nuestro mundo de 1962. Y menos de 800 años después de la pequeñita Nueva Amsterdam. Mi imaginación rememoraba aquellos bosques llenos de indios cazadores. El mismo espacio que era ahora esta ciudad gigantesca. Ochocientos años no es mucho tiempo en la historia, pero ¡qué cambio tan enorme!

El Consejo estaba discutiendo las noticias televisadas para el mundo entero desde la emisora principal de Escocia. El locutor decía:

—Los turberitas se han negado hoy a pagar los tributos.

El presidente señaló a un informe que tenía sobre la mesa:

—Aquí está la protesta del Departamento de Londres. Los turberitas están ejerciendo actos de piratería contra el poder constituido: están robando la energía eléctrica.

—¿Cómo podríamos impedírselo? Sin guerra es imposible.

Mi pensamiento volaba junto a Nanette. Separada de nosotros. Sin esperanza alguna de llegar hasta ella, porque para hacerlo habría que recurrir a una guerra que aquel Consejo temía más que nada. En aquella sala había centenares de pantallas grandes y claras como

espejos, que iban reflejando los acontecimientos más importantes de la ciudad y del mundo. Pero ninguna de esas pan tallas captaba nada de lo que sucedía en la zona de Turber, aislada contra toda información.

¡Qué distinto era este mundo del nuestro de 1962! Había cambiado incluso en sus menores detalles. Nuestras naciones conocidas habían desaparecido. Ahora no había más que tres naciones, la blanca, la amarilla y la negra, aliadas a su vez. La nación blanca estaba mandada por Anglosajonia.

Era un inmenso mundo de negocios, enteramente unificado por los transportes. No había barcos en los mares, excepto en zonas muy pequeñas. No había grandes ferrocarriles. Era la época del aire.

La energía eléctrica se distribuía universalmente por medio de ondas aéreas. Era irradiada por una fábrica central existente en Inglaterra. Las estaciones transformadoras estaban en el Niágara, el Iguazú, en Sudamérica, y las cataratas de Victoria, en Africa. La energía era utilizada por los grandes aviones de línea, los trenes urbanos, las fábricas, que ahora se extendían hasta el más pequeño distrito rural, y por las estaciones distribuidoras de alumbrado y de fuerza.

Ahora comprendíamos por qué aquel mundo supermoderno significaba la culminación de los planes de Turber y por qué existía ahora un imperio turberita.

Realizando muchos viajes con su nave, había traído del pasado a gran número de individuos, aunque se ignoraba cuántos miles. Y había traído su tesoro.

La ciudad lo había ido conociendo al principio como un hombre rico, dueño de una eficiente organización mercantil, y que iba comprando trozos y trozos de la ciudad. Su riqueza y su poder habían crecido en forma tal, que a los diez años de su aparición en aquel mundo, era ya una figura gigantesca. Él y sus seguidores eran los dueños de toda la parte sur de la ciudad. Con palabras antiguas: de Statten Island, del puerto de Nueva York, de una porción de Brooklyn y de toda Nueva Jersey.

Fuera de la ciudad, los turberitas poseían y habían colonizado una faja de terreno de unos 40 kilómetros de ancho por 1000 de largo. Faja comprada con oro y que se extendía como una gigantesca línea férrea desde los bordes de la ciudad, de Nueva Jersey a través del Estado de Nueva Jersey, Pensilvania, Maryland, Virginia y las montañas de Carolina. Todas estas denominaciones según el modelo antiguo.

Aquello contenía lo mismo una zona agrícola, que fábricas, que

minas. Una muralla de metal y de mampostería, inmensa como la vieja Gran Muralla de China, aislaba a aquella colonia de Turber. Los alimentos y todos los demás suministros necesarios para la vida los producían los turberitas por sus propios medios. Habían organizado un transporte aéreo particular.

Y ahora empezaban a mostrar sus cartas. Por lo pronto, dejaron de pagar el consumo de energía eléctrica. Eso ocurría hoy mismo, 12 de junio de 2445. El aislamiento lo habían forzado una semana antes, oponiéndose a las telepantallas del Gobierno. Y también hoy pedían que les fuera vendida la ciudad en la suma de 450.000 millones de dólares. Al Gobierno le era imposible acceder a una petición tan ridícula y por un precio tan pequeño, con el que no habría para indemnizar a los ciudadanos ni para suplir la desorganización de los negocios y el desempleo de treinta millones de personas.

Era algo inconcebible. Aquello había hecho comprender al mundo la auténtica amenaza que significaba Turber. Era el comienzo de sus proyectos de dominación universal. Con el poder del dinero y las fuerzas de las armas, pretendía extender su despotismo sobre la humanidad entera.

Oímos cómo discutían todo aquello en la reunión del Consejo. Y comprendí que aquellos hombres no eran más que gigantescos capitanes de industria de categoría gubernamental. Hombres de negocios, y nada más. Hombres de negocios que trataban de afrontar una crisis de guerra, para resolverla según principios mercantiles. ¡Algo imposible!

El delgado rostro del presidente estaba sombrío y preocupado. Su rígida chaqueta de bordes redondeados estaba ya arrugada; se pasó una mano por la cara y luego se acarició los grises cabellos. Un hombre anciano, profundamente cansado. Pero un momento después alzó la vista. Habló con más vehemencia de la que habían manifestado nunca cualquiera de aquellos hombres.

—Tenemos que enterarnos de qué armas disponen los turberitas. Y si van a atacarnos y cuándo. Nosotros disponemos de mucha gente: toda la policía de la ciudad.

—¿Cómo está armada esa policía? —preguntó Alan.

—Con espadas agujas. Y lanzas de acero que nuestros hombres saben manejar muy bien, proyectores de aire comprimido y gas paralizador.

El corazón se me oprimió al oír aquella enumeración de armas primitivas modernizadas.

—¿De cuántos policías disponen ustedes? —pregunté.

—Aquí tenemos unos 200.000. Y Londres nos mandaría en avión todos los que necesitásemos.

—¿Están armados los aviones? —preguntó Alan.

—No. ¿Cómo iban a estarlo? Excepto lanzallamas de pequeño alcance.

Intervino otro de los presentes:

—Si Turber corta el camino a los aviones de suministro, suponiendo que los suyos estén armados, la ciudad perecerá de hambre en pocos días.

Fueron interrumpidos por una gran agitación en la sala contigua, de la que vino un mensajero.

—Un comunicado de Turber.

El presidente leyó el documento. Luego dijo con voz ahogada:

—Ya ha llegado la cosa. No nos da más que media hora de plazo. Es un ultimátum. Dice que nos hemos llevado toda la mañana vacilando como niños y que no hemos contestado a su proposición de negocios. O aceptamos el precio que nos propone por la compra, y en dicho caso los ciudadanos deben empezar a despejar la ciudad, o iniciará la guerra. Tenemos que responderle ahora mismo.

Alguien dijo tartamudeando:

—Tenemos que ceder.

El presidente miró a Alan.

—Si estuviéramos seguros de que la torre del tiempo va a traer el proyector del que ustedes han hablado, podríamos pedir ahora que se cortase el suministro de energía. Luego, podríamos usar esa arma contra Turber.

Nadie replicó. Añadió:

—¿Cree usted que la torre lo traerá?

—Sí —dijo Alan.

Llegaban continuamente mensajes de los oíros gobiernos del mundo. Solicitaban detalles. Pedían aclaraciones.

El presidente se puso en pie, su esbelta figura osciló.

—Creo, señores, que no debemos ceder. Si ustedes opinan que no debemos defendernos, defender al mundo contra estos lobos, hagan el favor de levantarse y decirlo.

Nadie se movió. Él se volvió de pronto y su voz resonó agudísima:

—Decidles a los lobos que no tenemos miedo.

Se mantuvo en pie aguardando la respuesta. Llegó al cabo de pocos segundos. Cargados mensajes de la parte Sur, la sección de Manhattan de la ciudad. El ataque de Turber había comenzado

XVIII

La historia registrará que la batalla de Nueva York empezó en la mañana del 12 de junio de 2445. Se riñó en tres días. Sólo puedo ofrecer de ella apuntes fragmentarios. Nos arrastró a Alan y a mí en un torbellino. Recuerdo la mañana del 13 de junio. Ya había transcurrido todo un día de combate. Inconcebibles acontecimientos de horror e inconcebibles ramificaciones de espantosa tragedia.

Recuerdo que aquella mañana Alan y yo estábamos sentados delante de una pantalla en el departamento gubernamental de aquella monstruosa colmena. La lucha proseguía al Sur. Podíamos ver sus terribles detalles reflejados en la serie de pantallas que nos rodeaba. En ocasiones, nos habíamos visto envueltos personalmente en el remolino. Y habíamos suspirado por poder comer y dormir. Pero ahora estábamos ya al borde mismo del agotamiento. Y llenos de pánico. No había manera de detener a los turberitas.

Era imposible esperar que pudiéramos ver a Nanette en medio de aquella carnicería.

La zona situada al otro lado del río inferior había sido escenario de un sangriento combate durante toda la tarde y toda la noche del 12 de junio. Las terrazas de los edificios de Manhattan y la mayor parte de los puentes sobre el Hudson habían caído en poder de los turberitas. Habían penetrado en todas las fábricas de energía. Los nudos principales de la red de comunicaciones estaban en poder del enemigo.

El sistema de tráfico de ferrocarriles subterráneos se había paralizado hacía tiempo. Aquello vino a añadirse al pánico de la gente que se vio sorprendida por el combate y que no había habido tiempo de evacuar. En la ciudad monstruosa había una población de 30 millones de habitantes y un promedio diario de diez millones de turistas. Todos se vieron arrastrados en la gran oleada de pánico.

Ahora ya habían podido escapar millones. A cada momento pasaban grandes torrentes humanos. Pero el transporte se hacía más y más difícil a cada instante que pasaba.

Inconcebibles ramificaciones de tragedia. Las telepantallas registraban infinidad de detalles espantosos. Mi mirada se quedó prendida en una de las escenas de terrible fascinación.

Era en un corredor abovedado con una serie de niveles que iban desde el suelo hasta el techo de 300 metros de altura. Las plataformas de cargas y los ascensores seguían moviéndose.

Un tremendo gentío trataba de alcanzar los vehículos que partían. De vez en cuando se veían trozos del río Hudson con manchas de sol.

La multitud disputaba y reñía por hallar sitio en los inadecuados coches. Todos los niveles y todos los puentes estaban atestados. Por uno de los corredores cercanos al techo, avanzó una horda de turberitas: una gentuza de villanos manchados de sangre y ansiosos de matar. En pocos segundos se desparramaron por todas partes. El suelo quedaba cubierto de heridos y moribundos, de muertos y mutilados.

Otras pantallas recogían los sucesos en diversas partes de la ciudad. En una de ellas se veía a una mujer en una habitación, rodeada por sus hijos, respirando todos fatigosamente, tal vez porque habían dejado de funcionar los ventiladores.

La puerta del cuarto se abrió con violencia. Entró un salvaje de rostro pintarrajeado. Con el hacha de guerra, derribó a la mujer y a los niños. Al más pequeño, lo estrelló contra el techo.

Y había otras escenas indescriptibles, de muchachas violadas y de gente sometida a toda clase de torturas y humillaciones.

Una telepantalla nos dijo que Turber estaba atacando la fábrica encargada de inyectar aire por los ventiladores.

—¡Alan! ¿Qué va a hacer ahora el Cuartel General?

A nuestro lado, nadie parecía saberlo. Todas las funciones ciudadanas estaban desorganizadas. Pero los representantes de la ley seguían combatiendo aún en los corredores estratégicos.

Pudimos dormir unas pocas horas y nos despertamos para encontrar la situación inconmensurablemente peor. San y Lea seguían sin aparecer. Los turberitas se derramaban ya por todas partes y hacían retroceder a las fuerzas de la ciudad. Cierto que el enemigo atacaba con armas primitivas, pero la policía no tenía para defenderse más que espadas, porras y lazos de alambre. En casi todas partes nuestras fuerzas se veían desbordadas. Pero no era una derrota vertical, sino un número incontable de combates personales. Y pillaje, saqueo, matanzas.

No vale la pena mencionar la pobre intervención mía o de Alan en aquella lucha. Lo que más nos preocupaba era que el enemigo pudiese ocupar el espacio al que esperábamos que volviera la torre. Pero en aquella parte de la ciudad nuestras fuerzas resistían con ahínco.

En el resto del mundo, los diversos gobiernos contemplaban con horror aquel súbito estallido de muerte. De Londres llegaban continuamente aviones con víveres y combatientes. Pero estos últimos equipados por desgracia tan sólo con las frágiles armas propias de la época. Tales aviones empezaren a ser atacados por aparatos enemigos.

Y los hombres de Turber siguieron extendiéndose. Se apoderaron de Broadway, de la parte Oeste junto al río Hudson y de casi toda la región de Van Cortlandt. Pero nosotros ocupábamos todavía la zona central, donde en tiempos había estado el Parque. Todavía ocupábamos el espacio vital para la torre. Pero ya no podríamos resistir mucho.

XIX

A última hora de la tarde de aquel segundo día de batalla Alan y yo estábamos sentados en la cama donde acabábamos de dormir. Los altavoces y pantallas nos pusieron al corriente de lo que había sucedido mientras dormíamos. Turber seguía ganando. De eso no podía existir duda.

El sueño nos había despejado la cabeza y de pronto, al encontrarse mi mirada con la de Alan, comprendí que estaba pensando lo mismo que yo: teníamos que hacer algo para rescatar a Nanette. Ya no éramos extranjeros en este mundo.

Ahora conocíamos la ciudad, y, por reputación o por contactos personales, éramos conocidos de la mayor parte de los jefes de las fuerzas ciudadanas.

—Estoy pensando que ese Van Dyne, el mariscal de la zona Oeste de Manhattan, nos tiene simpatía. Si permitiera...

Lo interrumpí:

—Tiene que permitir que organicemos una pequeña unidad de asalto. Podría hacerse sin necesidad de órdenes generales. Haríamos una incursión secreta a la zona de Turber, trataríamos de llegar a la nave y...

Era un plan desesperado, pero también la situación era desesperada. Había que inventar algo, lo que fuese. No podíamos seguir cruzados de brazos.

Alan meneó la cabeza.

—Creo que cuantos más hombres llevemos, menos oportunidades tendremos de éxito. Es absurdo esperar que podamos abrirnos paso por la fuerza para penetrar en la zona de Turber. Creo que es preferible que lleguemos allí por la maña y no por la fuerza. Y nada más que tú y yo. Mira, esto es lo que he pensado.

Tenía un plan. Los discutimos y completamos sus detalles. Por el audífono, que teníamos colocado junto a la cama, logramos localizar a Van Dyne. Tuvimos la suerte de poder hablar con él. Estaba donde nos hacía falta que estuviera: sobre el tejado, en servicio de patrulla.

Donde menos combates había habido era en el tejado de la ciudad. Los turberitas habían realizado salidas, pero siempre habían terminado por abandonar las partes ocupadas en aquella sección. Ahora, Van Dyne nos comunicó que lo único que conservaban era la parte central de Manhattan y todo el Norte.

—Querríamos subir y hablar con usted —dijo Alan.

—¿Dónde están ustedes?

Alan le comunicó los detalles y preguntó si el otro podría ordenar que nos llevasen a su vera.

—Bueno, les mandaré un guía.

Éste apareció a los pocos momentos en un pequeño vehículo oficial que nos transportó al tejado, desde el que no se veía más que una oscuridad profunda punteada aquí y allá por cambiantes luces.

Estábamos al aire libre, con el cielo sobre nuestras cabezas, en una noche negra y cargada de sombrías nubes. Cuando llegamos junto a Van Dyne, Alan le confió nuestro plan y él nos dio su aprobación. Su puesto era el final de nuestro territorio. Más allá, empezaba una especie de tierra de nadie.

—Buena suerte —nos dijo Van Dyne.

Y empezamos a correr hacia el Sur. Íbamos armados con aquellas extrañas espadas propias de la época y que parecían agujas; cada uno de nosotros llevaba, además, una pequeña daga. Van Dyne nos aseguró que en el tejado había habido bastantes escaramuzas y que encontraríamos muertos suficientes para disfrazarnos con el atuendo de los soldados de Turber. Las fuerzas de éste iban vestidas según el mundo de procedencia de sus hombres. Elegimos a dos que tenían poco más o menos nuestra estatura y que iban vestidos con las casacas rojas del ejército británico de la guerra revolucionaria. Luego, encontramos dos capas oscuras y nos las echamos por los hombros. En la oscuridad, podíamos pasar inadvertidos. Pero si alguien nos daba el alto, probablemente nos tomaría por turberitas. Nos desprendimos de las espadas y nos quedamos sólo con las dagas.

Seguimos caminando hacia el Sur. Nadie nos daba el alto.

—¡Ed!

Me agarró por el brazo. En el aire se cernía la nave del tiempo de Turber. Toda sólida, no viajando en el tiempo, sino moviéndose nada más que en el espacio. A 70 u 80 metros por encima de nosotros, deslizándose con lentitud hacia el Norte.

Nos quedamos mirando, con los corazones oprimidos. Aquélla era una complicación inesperada. La nave parecía estar descendiendo como si quisiera posarse en el tejado de la ciudad. Y luego empezó a disolverse y desapareció. Pero, por una fracción de segundo, me pareció que había atravesado el techo y seguía bajando.

Nos quedamos aterrados. ¿Es que se llevaba Turber a Nanette a otro mundo y abandonaba su empresa en éste? No nos parecía lo más probable, estaba venciendo como estaba.

¿O era que la nave se dedicaba a viajar por el tiempo para tratar

de localizar a nuestra torre? ¿Tenía Turber alguna sospecha de que Lea fuera a traernos una superarma? ¿Enviaba a su nave en misión de reconocimiento para averiguar eso e impedirlo? Y si era así, ¿estaban él y Nanette en la nave? No temamos forma de saberlo.

—Creo que nosotros debemos continuar —murmuró Alan por fin —. Nanette muy bien puede resultar que esté en la ciudad. Si nos toman por turberitas y podemos acercarnos a ella…

Nos aproximamos a la puerta. Estaba apostado allí un centinela. Afortunadamente, hablaba inglés. Abrimos nuestras capas.

—Un mensaje especial para el doctor Turber. Buenas noticias.

Vimos a unos diez o doce guardianes sentados en una parte del techo, charlando y fumando.

Toda aquella zona estaba en movimiento constante, con grupos de soldados que pasaban ininterrumpidamente, y algún que otro vehículo rapidísimo.

El centinela nos había hecho una indicación vaga señalando al viaducto que ahora atravesábamos. Nuestra intención era localizar a algún jefe turberita que pudiera informarnos, por las malas o por las buenas de dónde estaba Turber.

Llegamos junto a una especie de casita que tenía todas las ventanas abiertas. Seguramente alguien estaba atisbándonos desde el techo, pero nosotros no lo vimos.

Miramos por la ventana. Era una desnuda habitación de metal con una gran mesa sobre la que descansaba un extraño instrumento hecho de tubos y cables. Extraño para mí, pero no para Alan. Porque se trataba de un visor del tiempo. La pantalla estaba vuelta hacia nosotros, y en ella vimos una imagen de nuestra torre, una torre fantasmal que se deslizaba velozmente.

Un hombre estaba encorvado sobre el instrumento, de espaldas a nosotros. Se encontraba solo en la habitación. Alan pegó sus labios a mi oído:

—Entraré yo primero.

El visor del tiempo emitía un ligero zumbido que ahogó el pequeño rumor que hicimos al entrar. Pasamos por la ventana y nos acercamos silenciosamente. Dimos un salto e inmovilizamos a Turber. Parecía estar desarmado y ni luchó ni gritó. Se mostró sorprendido, pero volvió a sentarse, recobrada en un momento su tranquilidad.

—¡Caramba, ustedes por aquí!

Seguíamos teniéndolo sujeto. Hubo un momento en que creí que Alan iba a clavarle la daga.

—¡Espera, Alan!

Éste lo zarandeó. El otro no resistía. Alan jadeaba:

—Le advierto que lo voy a matar. ¿Dónde está Nanette?

—¿Nanette?

Se echó a reír y no pude aguantar más. Le asesté una terrible bofetada. Se puso blanco de furia y clavó sus ojos en los míos. Pero se contuvo.

—¿Qué quieren ustedes de Nanette? Suéltenme de una vez, jovencitos.

Alan aflojó la presión y me retiró a un lado.

—Queremos a Nanette, ¿comprende usted, Turber? Le advierto que estamos desesperados. Si se resiste, no vacilaré en clavarle el puñal y terminar de una vez. ¿Entendido?

—Sí —respondió, con una torcida sonrisa—. Pero sólo tengo que levantar la voz para que acudan diez de mis hombres.

—Antes le habremos matado —replicó Alan.

Turber no podía dudar de que lo haría. Dijo:

—Bueno, tengamos la fiesta en paz. No tengo más ganas de morir que ustedes. —Recobraba su sangre fría—. ¿Qué quieren?

—Queremos a Nanette —dije—. ¿Dónde está? Díganos la verdad de una vez.

Temí que fuera a decirnos que se encontraba en la nave. En lugar de eso, contestó:

—En la parte baja de la ciudad, no muy lejos de aquí.

Había un audífono colgado de una horquilla. Alan indicó:

—Ordene que suba. Dé la orden y que uno de sus hombres traiga a Nanette.

Turber movió la mano para coger el micrófono. Se detuvo y dijo:

—Les advierto que les he dicho la verdad. Lo mismo podía haberles contestado que estaba en la nave. ¿No han visto pasar mi nave?

—Sí.

—La he mandado en seguimiento de la torre. Con el indio y Jonas.

El visor del tiempo seguía funcionando; Turber señaló con un ademán a la pantalla, que aún mostraba el fantasma deslizante de nuestra torre.

—¿Dónde está la torre ahora? —preguntó—. Acabo de captar esta imagen. ¿Es que la torre viene para acá?

Con todo aquello, había conseguido que nuestra atención se fijara en la pantalla y que descuidásemos la puerta, que él podía ver con el rabillo del ojo. Y mientras se inclinaba para accionar el audífono, alguien saltó sobre nosotros.

Nos vimos cogidos completamente por sorpresa, golpeados contra el filo del tablero. Era Josefa, quien sin duda había seguido a Turber hasta el tejado guiada por sus celos. Turber aprovechó nuestra confusión y gritó. La daga de Alan no hizo más que rozarle el brazo. La mujer seguía atacándonos. Tardamos en reducirla a la impotencia, pero ya Turber estaba cerca de la ventana. Saltó como un gato y gritó dando la alarma.

Decidimos que lo mejor era escapar nosotros también. Nos persiguieron, pero no llegaron a alcanzarnos. Tuvimos que darles explicaciones a nuestros centinelas y convencerles de nuestra identidad. Entonces, uno de ellos nos dijo:

—La torre volvió.

—¿La torre?

—Volvió, pero no se detuvo. Fue sólo como un fantasma.

¿Qué podía significar aquello de que Lea y San hubiesen pasado y no hubiesen parado? Cuando llegamos al espacio reservado para su materialización, vimos sobre nuestras cabezas el fantasma móvil de la nave de Turber. Comprendimos que era una persecución lo que estábamos presenciando. Efectivamente, la torre se mostró de nuevo.

Y después de algunas vacilaciones, se materializó.

Los de la nave no se atrevieron a hacer lo mismo. No volvimos a verla.

De la torre, salieron Lea y San arrastrando el arma terrible, el proyector. Lea se arrojó impulsivamente en brazos de Alan. Y la torre, tripulada ahora solamente por San, desapareció de nuevo.

XX

—¡Fíjate, Ed! Con esto podemos aniquilar la ciudad, sembrar la muerte donde quiera que sea.

—Sí, pero, Alan…

—Los mataremos a todos. A Turber y a su pandilla, destruiremos su nave.

—Pero, Alan, ¿y Nanette?

Él repitió palidísimo:

—Nanette.

Era aproximadamente la una de la madrugada del 13 al 14 de junio de 2445. Una noche trascendental en la historia. La culminación de la batalla de Nueva York. Veíamos cómo Lea daba explicaciones a los ingenieros que se habían congregado en torno al arma, cuyo fundamento era la vibración de la luz.

El proyector parecía un reflector inofensivo, pero en su interior contenía un complicado mecanismo que transformaba la luz en rayos mortíferos a los que nada podía resistir. Para que funcionara, era preciso que cesara en toda la Tierra el suministro de energía eléctrica. Los distintos gobiernos se pusieron de acuerdo y se convino en que a las tres de la madrugada la estación central de Escocia dejaría de funcionar durante sesenta minutos.

En las dos horas que quedaban da plazo hubo tiempo de montar el aparato en una nave ligerísima a la que subió Lea en compañía del hombre designado para manejar el proyector.

Alan y yo hablábamos poseídos de una enorme tristeza, resignados ya a aquel ataque a la fortaleza de Turber que significaría la muerte inevitable de Nanette.

—¡Edward, Edward, Edward!

Era una voz microscópica y aérea que sonaba en una esquina de la habitación, la voz de Nanette.

—Edward, no te muevas. Ni tú tampoco, Alan. No os mostréis sorprendidos. Es posible que os estén mirando por otro aparato. Yo estoy ahora aquí sola, unos momentos.

Dije en voz baja, como si estuviese hablando con Alan:

—¿Puedes oírme?

—Sí, te oigo muy bien, Edward. Ellos os han estado escuchando. Han levantado la barrera de las telepantallas para enterarse de lo que estabais haciendo. Y ahora lo saben todo, saben lo del arma que ha traído Lea.

Nos quedamos aterrados al comprender que Turber estaba al corriente de nuestros planes.

La voz de Nanette añadió:

—Turber ha ido no sé dónde, pero Jonas cree que lo podrá localizar. Mucho me temo que Turber nos meta en la nave y emprendamos el vuelo.

Exclamé:

—¡Sí, Nanette, vete, ponte a salvo!

—Jonas querría que nos fuésemos ahora mismo, escapar sin esperar a Turber. Pero él no sabe cómo manejar la nave, y el indio no quiere hacerlo sin que Turber llegue. No os preocupéis por mí. Adiós, Alan, adiós, querido hermano.

Él reprimió sus sollozos:

—¡Oh, Nanette, hermanita…!

—Y adiós a ti, Edward.

Tartamudeé:

—Adiós.

—Adiós, Edward, siempre te quise, siempre te quise tanto… No quiero morir sin que lo sepas.

—Nanette, amada mía, yo te he querido siempre.

—¡Ya está Turber aquí! ¡No habléis más!

Grité por última vez:

—Métete en la nave, Nanette.

—¡Edward querido! ¡Adiós!

Seguimos aguardando, pero ya no hubo más que silencio.

XXI

—Alan, ¿estás seguro de que podrás hacerlo?

—Sí, no tengo más remedio —respondió apretando las mandíbulas.

Le toqué la mano que tenía colocada sobre el proyector. Sus dedos estaban fríos, pero firmes.

Aquella cabina delantera donde nos habían dejado entrar, colgada casi en el morro de la pequeña nave rapidísima, estaba toda en silencio excepto el lejano zumbido de los motores traseros.

Desde donde estábamos sentados, con Lea junto al proyector, dominábamos por completo la ciudad. Disponíamos de sesenta minutos, el tiempo que dejaría de funcionar la gran central eléctrica que abastecía al mundo.

Los oficiales y funcionarios responsables del Gobierno habían adoptado aquella decisión a última hora y nos la habían comunicado a Alan y a mí:

—Ustedes conocen a esta muchacha y ella sabe manejar el arma. El Consejo ha decidido que sea uno de ustedes el que se encargue de su funcionamiento, llevando a la muchacha al lado como consejera.

Miré a Alan con el corazón oprimido. Quería que fuese él quien hablase, pero se quedó mudo, como si hubiera perdido el habla. Luego, dijo:

—Como yo soy el más viejo, yo me encargaré, si a ustedes no les parece mal.

Ningún verdugo ante el interruptor que ha de llevar la corriente a la silla eléctrica de nuestros días puede haber temblado como estaba temblando entonces Alan. Pero estaba dispuesto a cumplir su deber. En la cabina había oíros hombres encargados de distintos instrumentos de comunicación y observación. El comandante se movía entre nosotros con gran calma, hablando raras veces y pendiente de cada detalle.

Habían transcurrido ya cinco de los sesenta minutos. La noche seguía cubierta. Se habían adoptado precauciones contra toda posibilidad de espionaje de las telepantallas enemigas. Ignorábamos lo que Turber pudiera conocer de nuestros planes. Probablemente, nada. No podía estar enterado de que iba a cortarse el suministro de energía eléctrica en todo el mundo. En la ciudad, proseguía la batalla. Turber era ya dueño del espacio donde se materializaba nuestra torre. Ésta se había marchado guiada por San.

Llevábamos apagadas todas las luces. Distinguíamos la barrera

luminosa que cercaba el territorio rural de Turber. No había ningún signo de su nave del tiempo.

—¿Cuándo empezamos, Alan?

—Pronto, cuando lleguemos cerca del hangar donde Turber guarda la nave.

—Sí, pero, ¿dónde está eso?

En las telepantallas veíamos cómo nuestras tropas contraatacaban a las fuerzas de Turber. Los turberitas retrocedían pero casi inmediatamente empezaban a recibir refuerzos. El comandante de nuestra nave dio de pronto las órdenes necesarias a los dos pilotos, y nosotros recibimos también la orden de empezar.

Alan y yo ajustamos los instrumentos de precisión indicadores de la distancia y de la situación del blanco.

—¿Listos?

—Listos.

Alan conectó la corriente.

El rayo de luz empezó a formarse con una lentitud enloquecedora. Un ronroneo profundo, un perezoso temblor, como si aquella cosa diabólica estuviera relamiéndose igual que un gato. Luego, empezó un chirrido que fue cambiándose en un silbido de cólera. A continuación, creció el estruendo, pero ya las vibraciones eran tan rápidas que el oído no podía captarlas.

Debajo de nosotros, estaba ahora aquella misma zona espacial que en mis tiempos había sido el sanatorio Turber. Todos mirábamos fascinados, y oí que Alan murmuraba:

—¡Dios mío!

Los tripulantes miraban deslumbrados las carreras de la gente allá abajo, que se iban doblando y retorciendo como sarmientos secos sorprendidos por el fuego. Los edificios se derrumbaban en un silencioso terremoto.

El comandante ordenó que la nave bajara más. En las telepantallas, observábamos ahora cómo el pánico de la derrota iba extendiéndose por la ciudad de Turber. Inmensas muchedumbres de turberitas corrían hacia el sitio donde conjeturaban que podía hallarse la nave del tiempo.

Nos dimos cuenta de la maniobra. Pero ni una sola persona pudo llegar hasta el vehículo. Descubrimos más tarde que estaba fortificado con barreras metálicas. Rechazaron a la multitud que intentaba ponerse a salvo y dejaron que los desgraciados fueran cayendo entre los escombros.

El pánico se transmitió al norte de las líneas del frente. La marea

del combate retrocedió de golpe. Los lobos turberitas, asaltados de pronto por los rumores de la derrota empezaron a intentar retirarse. Nuestras tropas iban persiguiéndolos. Aquello se convirtió pronto en una franca derrota de nuestros enemigos. Ya no se oían órdenes, no se hablaba de hacer prisioneros. Como lobos en retirada, los turberitas iban siendo cazados.

Lea me tiró de la manga. Me volví para mirar hacia Manhattan. Sobre el tejado de la parte Norte, había antorchas por todas partes: nuestras fuerzas de policía, súbitamente encorajinadas, emergían triunfantes y hacían retroceder al enemigo. Al resplandor de las luces, una negra nave de las fuerzas de Turber se mostró en su huida. Escapaba, pero un momento después se alzaban nuestras naves y corrían en su persecución.

Alguien dijo:

—¡Mirad, se acercan las fuerzas que Turber tiene en Jersey!

Muy lejos, donde la ciudad acababa más allá del trozo de Statten Island, iba acercándose un grupo de naves turberitas. Pensé por un momento que venían a atacarnos. Pero no era así. También ellas huían. Escapaban hacia el Sur, volando sobre la zona rural turberita.

Yo rezaba pidiendo que en una de esas naves pudiera ir Nanette. Alguien dijo:

—Ya han pasado cuarenta minutos; nos quedan veinte.

¿Era posible que sólo hubiesen transcurrido cuarenta minutos?

El comandante gritó a los pilotos:

—¡Pierson, Tremont, bajad más, está ahí!

Descendimos por debajo del tejado. Éste había volado en una extensión de cerca de dos kilómetros cuadrados. El rayo, manejado por las manos de Alan, bañaba toda la zona sacudida en una inundación de luz blanca. Una indescriptible escena de ruinas, como si un terremoto colosal hubiese arrasado todo lo existente y lo hubiese dejado convertido en un amasijo indescriptible salpicado de incendios y de humareda.

Un estrépito infernal, un torrente de crujidos, de explosiones y gritos de los heridos y moribundos.

Llegamos hasta las barreras, las destruimos y vimos que la nave seguía allí, intocada aún. La rozó nuestro rayo. Se apoderó de mí un sentimiento de horror. Jadeé:

—¡Alan!

Retiró el rayo. No sé lo que me contestó. Pero él había visto lo mismo que yo; la luz blanca mostraba todo con una claridad deslumbradora. Y divisamos la figura de Nanette erguida a la puerta

de la nave.

—¡Alan, por Dios!

Pero a mi grito angustiado vino a añadirse la voz del comandante que le dijo a Alan:

—¡Directamente contra el vehículo, Tremont! No podemos dejarlo escapar.

Las murallas se derrumbaban estrepitosamente. Y vimos la figura de un hombre que se asomaba a la puerta de la nave y tiraba de Nanette hacia el interior. Era el indio. Movió el brazo a modo de señal. Y entonces aparecieron otras figuras corriendo hacia la nave: Turber y Josefa. Seguramente habían quedado atrapados en alguna parte de la ciudad y ahora corrían hacia el vehículo del tiempo, que los aguardaba. Pudieron sortear nuestro círculo de luz que las manos temblorosas de Alan habían desviado.

Fueron unas impresiones instantáneas. Durante unos segundos, nos quedamos rígidos, sin saber qué hacer. Y se oyó de nuevo la voz de nuestro comandante:

—Tremont, ¿es ese hombre Turber? Hay que cazarlo.

De un empellón apartó a Alan del proyector. Se puso a manejarlo y el rayo pasó sobre Turber y la mujer. Se tambalearon, pero siguieron andando. Luego, la mujer cayó y empezó a retorcerse. Turber se apartó de ella. Se tambaleaba, caía, pero lograba volver a ponerse en pie. Avanzaba entre convulsiones, con pasos de epiléptico. Casi a la entrada de la nave, cayó de nuevo. Me quedé más tranquilo. Pero la nave empezó a adelgazarse como un espectro. Desapareció.

Aquello no duró más que un momento. Porque en seguida el horror hizo presa en mí. Un horror inimaginable. La nave había desaparecido pero sólo durante un cortísimo trecho de nuestro futuro. Luego, se había parado y se había materializado de nuevo. Ya no era más que un montón de metal que se retorcía lamido por verdes lenguas de llamas.

XXII

Para mí, el resto de aquellos sesenta minutos fue un sueño vago y siniestro lleno de cosas horribles. Mientras la ciudad de Turber se desmoronaba, yo contemplaba el espectáculo como una pesadilla que no tuviese que ver nada conmigo. Porque mi mente estaba en aquel montón de hierros retorcidos que había sido la nave del tiempo de Turber. El cuerpo de Nanette yacería en alguna parte.

Alan parecía estar atontado. Se acurrucó junto a Lea. Yo estaba muy quieto, con la mirada fija y vidriosa. Alguien dijo:

—No quedan más que dos minutos. Que desconecten el proyector y lo aíslen antes de que pueda estropearlo la electricidad.

La energía eléctrica mundial estaba a punto de volver. Aislamos en debida forma el mecanismo de proyección. El rayo calorífico luminoso se extinguió. Pero su obra estaba ya realizada. Todo aquel extremo de la ciudad de Turber se encontraba en ruinas. Lo que había sido Statten Island era un puro escombro. Incendios y explosiones por todas partes y densas humaredas que salían de inmensos cráteres llenando el aire de un olor punzante.

Volvimos hacia Manhattan cuando la electricidad mundial quedó restablecida. Los sesenta minutos habían terminado.

No hace falta que me ocupe de lo que siguió a la batalla. Para Alan y para mí, todo carecía de importancia. Echábamos de menos a Nanette amarguísimamente.

Los turberitas fueron desterrados a distintas localidades. Turber y todos sus jefes habían muerto. El gobierno legítimo nos dio las gracias a Lea, a Alan y a mí. Pero no teníamos interés por nada. Habíamos perdido a Nanette y nuestro mayor deseo era apartarnos de aquel mundo que nos la había arrebatado.

Alan y yo no nos atrevimos a formar parte de la cuadrilla que se dedicó a buscar los cadáveres esparcidos en torno al vehículo de Turber. No pudieron encontrar a Nanette, pero nos dijeron que era imposible identificar a la mayoría.

Pasó un día, luego otro, y al tercero llegó un mensaje que nos hizo temblar de emoción a Lea, a Alan y a mí. Nos unimos a los trabajadores que estaban limpiando los escombros en torno a la nave.

¡Nanette!

Tres obreros habían presenciado cómo aconteció aquello. Desde arriba, a pocos metros sobre sus cabezas, por el aire llegó precipitándose un cuerpo humano. Vieron cómo se materializaba en

un instante. Una sombra, un espíritu, pero que en un segundo llegaba al suelo hecho ya una cosa sólida, un cuerpo humano. Era una muchacha que yacía herida e inconsciente. Pero todavía viva.

Nos llevaron a verla en el hospital improvisado que estaba cerca de las ruinas. No cabía duda de que se trataba de Nanette. Estaba viva.

¡Oh, di gracias a Dios porque estuviéramos en aquella época tan avanzada de 2445! Quinientos años de progreso permitían que médicos y cirujanos hicieran milagros. Aseguraban que podría vivir, que su cuerpo roto podía restaurarse hasta llegar a ser algo parecido a lo que fue en tiempos.

Después, llegó nuestra torre con San. Esta vez se quedó aguardando. Y un día nos dejaron ver a Nanette. Estaba tan vendada, que apenas si le quedaban visibles más que los ojos.

Y transcurrió otra semana y, cuando nos recibió, ya le habían quitado las vendas de la cara, de la cabeza y de los hombros. ¡Pobre Nanette! Toda su cara era una pura cicatriz. Levantó un brazo retorcido para darnos la bienvenida. Trató de sonreír. Era un espectáculo horrible. Se asustó al verme.

—Edward, yo no quería que te dejasen pasar.

—Nanette, voy a decirte un secreto. Alan y Lea están enamorados. En cuanto te pongas bien…

Ella se estremeció.

—Edward, ¿te acuerdas cuando te dije que estaba enamorada de ti? Pues bien, era mentira.

—No comprendo, Nanette.

—Quiero decir que no era verdad, que estaba equivocada, que era únicamente la emoción de la despedida.

Muy emocionado, quise darle ánimos y consolarla. Pero entró una enfermera y me rogó que saliese.

—No conviene cansarla, está muy excitada.

Esperamos más y más días. Por la misma enfermera, supimos lo que le había pasado a Nanette en los últimos momentos de la nave de Turber. Cuando el indio la arrastró adentro, ella echó a correr por el pasillo y atravesó la habitación de los instrumentos dispuesta a tirarse por la ventana. Antes, para que la nave no pudiera emprender el vuelo a otro mundo, arrancó los delicados cables del tablero de mandos. Entonces, se tiró por la ventana y perdió el conocimiento.

El cuerpo de Nanette debió de quedar sometido a la influencia de la nave. El salto de ésta hacia el futuro surtió efecto en Nanette y por eso no volvió a aparecer hasta el cabo de tres días.

Ahora ya todo estaba terminado. Vivía y los grandes cirujanos de

la época iban a devolvérmela intacta.

Estuvimos aguardando ansiosamente las largas horas que duró la operación decisiva. Ésta tuvo éxito. Nanette volvió a quedar como yo siempre la había conocido.

Y ahora ya poco me queda que contar. Estamos de regreso en el mundo de 1962. Acompañamos a Lea a despedirse de su abuelo, de quien se separó para seguir su destino como esposa de Alan. San no quiso quedarse con nosotros. Nos llevó a nuestro mundo y nos dijo adiós para siempre.

Esta vez no nos vio nadie bajar de la torre al Parque Central. Era de noche y no hubo quien viese llegar a la torre fantasmagórica, solidificarse unos momentos y desaparecer luego.

Y aunque alguien lo hubiese visto, nadie lo creerla.

Ahora todo está tranquilo. No lejos de Nueva York, hay dos casas gemelas junto a una pequeña granja. Alan y su esposa viven en una de las casas; Nanette y yo, en la otra.

Los vecinos creen que Lea es escandinava; por lo menos tiene ese aspecto y habla de esa manera. Pero en el pueblo hay una señora sueca que opina que la mujer de Alan es una indígena rubia y de ojos azules de cualquiera de las islas de los mares del Sur.

Hace pocas noches, Nanette encontró a Lea bailando para Alan en la terraza del huertecito. Su figura de cuento de hadas semejaba estar entretejida de sombras.

Pero todos nos guardamos muy bien de explicarles a los vecinos del pueblo que la señora Tremont es una muchacha sombra.

FIN

NARRACIONES CORTAS DE FICCIÓN CIENTÍFICA

Sólo a compañeros se podía reñir la más mortífera de las guerras... Y la única forma de disolver la pareja era quedar para siempre personalmente disuelto.

LA MESA

La alfileración es un modo endiablado de ganarse la vida. Hunderhill estaba furioso cuando cerró la puerta a sus espaldas. No tenía mucho sentido eso de llevar un uniforme y parecer un militar si la gente no llegaba a darse cuenta de lo que uno hacía.

Se sentó en su butaca, dejó caer la cabeza en el espaldar y se echó el casco arriba de la frente.

Mientras aguardaba a que se calentara el alfiletero, recordó a la muchacha del pasillo exterior. Había admirado el aparato y luego le había mirado a él desdeñosamente.

—Miau.

Eso era todo lo que se le había ocurrido decir a la jovencita. Pero a él le había cortado como un cuchillo.

¿Qué se creía ella que era él? ¿Un idiota, un holgazán, una calamidad con uniforme? ¿No sabía ella que por cada media hora de alfileramiento conseguía él un mínimo de dos meses de recuperación en el hospital?

Pero el aparato estaba ya caliente. Hunderhill sentía los cubos de espacio a su alrededor, se percibía a sí mismo en el centro de una inmensa rejilla, una rejilla cúbica, llena de nada. De aquella nada podía extraer el doloroso y hueco horror del espacio y podía sentir la terrible ansiedad con que tropezaba su mente cada vez que se encontraba con el rastro más insignificante de polvo inerte.

Mientras se concedía un ligero descanso, la solidez confortante del Sol, el mecanismo de relojería de los planetas familiares y de la Luna iban penetrando en él. Nuestro propio sistema solar era tan encantador y tan sencillo como un antiguo reloj de cuco lleno de palpitaciones familiares y de ruidos tranquilizadores. Las curiosas lunecitas de Marte giraban alrededor de su planeta como ratones frenéticos, pero su misma regularidad era una seguridad de que todo iba bien. Muy por encima del plano de la eclíptica podía detectar a media tonelada de polvo derivando más o menos fuera de las rutas del viaje humano.

Allí no había nada con lo que luchar, nada que desafiase a la mente, que arrancase un alma viva de un cuerpo con sus raíces goteando efluvios tan tangibles como la sangre.

Nada se movía dentro del sistema solar. Él podía llevar el agujetero en todo momento y no ser más que una especie de astrónomo telépata,

un hombre que podía sentir la protección ardorosa y caliente del Sol flotando y ardiendo contra su mente viva.

Entró Woodley.

—El mismo viejo mundo palpitante —dijo Hunderhill—. Sin novedad. No me extraña que no descubriesen el agujetero mientras no empezaron a planizar. La verdad es que aquí con el sol caliente a nuestro alrededor, todo parece muy bueno y muy tranquilo. Se tiene la sensación de que todo está girando y moviéndose. Es una cosa bonita y limpia y compacta. Viene a ser algo así como estar sentadito en casa.

Woodley soltó un gruñido. No era muy dado a los vuelos de la fantasía.

Sin desanimarse, Hunderhill continuó:

—Debió de ser delicioso eso de no ser más que un Hombre Antiguo. Me pregunto por qué se les ocurriría quemar su mundo con la guerra. Ellos no tenían que planizar. No tenían que salir a ganarse la vida entre las estrellas. No tenían que regatear con las Ratas o jugar el Juego. No podían haber inventado el alfileramiento porque no lo necesitaban en absoluto, ¿verdad, Woodley?

Woodley gruñó:

—Uh-uh.

Woodley tenía ya veintiséis años y se tendría que retirar dentro del año siguiente. Ya había elegido una granja. Le había costado diez años de duro trabajo de alfileteo con los mejores. Había mantenido su cordura no pensando mucho en su tarea, afrontando los momentos malos de su trabajo cuando tenía que afrontarlos y no volviendo a pensar en sus obligaciones mientras no surgía la emergencia siguiente.

Woodley nunca se había propuesto hacerse popular entre los Compañeros. Ninguno de los compañeros le tenía mucha simpatía. Algunos de ellos incluso le miraban con odio. Se sospechaba de él que en ocasiones abrigaba malos pensamientos sobre los Compañeros, pero como ninguno de ellos pensó nunca una queja en forma articulada, los otros agujadores y los jefes de la instrumentalidad le dejaban en paz.

Hunderhill estaba todavía penetrado por lo maravilloso de su tarea. Con aire feliz preguntaba:

—¿Qué es lo que nos pasa cuando planizamos? ¿Tú crees que es algo así como morirse? ¿Has visto alguna vez a alguien con el alma arrancada?

—Eso del alma arrancada es una manera de decirlo como otra cualquiera —replicó Woodley—. Después de tantos años, la verdad es que nadie sabe si tenemos alma o no.

—Pero yo vi una una vez. Vi el aspecto que tenía Dogwood cuando

lo evacuaron. Era muy curioso. Parecía una cosa mojada y viscosa como si estuviera desangrándose y saliese de él. ¿Y sabes lo que le hicieron a Dogwood? Lo retiraron y lo metieron en la parte del hospital adonde tú y yo nunca hemos ido, en aquella parte donde están los demás, donde siempre tienen que estar los que continúan vivos después de ser alcanzados por las Ratas del Arribafuera.

Woodley se sentó y encendió una vieja pipa. Dentro de ella estaba quemando algo llamado tabaco. Era una sucia costumbre, pero que le hacía aparecer muy osado y aventurero.

—Mira, jovencito, no tienes por qué preocuparte ya de esas tonterías. El alfileteo está mejor cada día. Los Compañeros se portan cada vez con más eficacia. Les he visto alfiletear a dos Ratas a una distancia de sesenta millones de kilómetros en un milisegundo y medio. Mientras era la gente la que tenía que procurar poner en funcionamiento los aparatos alfileteadores, cabía siempre la posibilidad de que con un mínimo de cuatrocientos milisegundos para que la mente humana dirigiese el alfilerazo relampagueante, no iluminábamos a las Ratas lo bastante aprisa para proteger a nuestras naves planizantes. Los Compañeros han cambiado todo esto. Una vez metidos en el ajo, son más rápidos que las Ratas. Y siempre lo serán. Ya sé que no es fácil dejar que un Compañero comparta la mente de uno...

—Tampoco para ellos es fácil —dijo Hunderhill.

—No te preocupes por ellos. No son humanos. Que ellos cuiden de sí mismos. He visto a más agujadores volverse locos por remedar a los Compañeros que por haber sido alcanzado por las Ratas. ¿A cuántos conoces tú que hayan sido realmente rozados por las Ratas?

Hunderhill miró sus dedos, que brillaban con, un resplandor verde y purpúreo a la luz vívida arrojada por el ajustado aparato relampagueante, y se puso a contar naves. El pulgar para Andrómeda, perdida con su tripulación y los pasajeros, el índice y el corazón para los bajeles 43 y 56, encontrados con sus aparatos de alfileramiento hechos cenizas y toda la gente de a bordo, hombres, mujeres y niños, muertos o locos. El dedo anular, el meñique, y el pulgar de la otra mano eran las tres primeras naves de guerra que se perdieron contra las Ratas, perdidas cuando la gente se dio cuenta de que había algo por debajo del espacio mismo, algo que estaba vivo, que era caprichoso y malévolo.

El planizaje tenía algo cómico. Producía una sensación como...

Como ninguna cosa que se pudiera comparar.

Como el cosquilleo de una descarga eléctrica suave.

Como el dolor de una muela picada que se manifiesta por primera vez.

Como una ráfaga de luz ligeramente dolorosa contra los ojos.

Pero en ese tiempo una nave de cuarenta y cinco toneladas, alzándose sobre la Tierra, desaparecía de una manera u otra en dos dimensiones y aparecía a una distancia de medio años luz o de cincuenta años-luz.

Dentro de un momento, estaría él sentado en la sala de combate, con el alfiletero listo y el familiar sistema solar palpitando en torno y dentro de su cabeza. Durante un segundo o un año (nunca pudo decir cuánto tiempo era en realidad subjetivamente), la curiosa rafaguilla pasaba por él y luego se veía suelto en el Arribafuera, los terribles espacios abiertos entre las estrellas, donde las estrellas mismas se percibían como granos en su mente telepática y los planetas estaban demasiado lejos para ser percibidos o detectados.

En algún sitio de aquel espacio exterior aguardaba una muerte cruel, una muerte y un horror de tal índole, que el hombre no había tropezado nunca con nada parecido mientras no se arriesgó a surcar los espacios interestelares. Al parecer, la luz de los soles mantenía a los Dragones a distancia.

Dragones. Así era como los llamaba la gente. Para la gente ordinaria no pasaba nada, nada más que el vahído del planizaje y el martillazo de la muerte repentina o la oscura nota espástica de la locura descendiendo sobre sus mentes.

Pero para los telépatas, eran Dragones.

En la fracción de un segundo entre la percepción por los telépatas de un algo hostil en la negra y hueca nada del espacio y el impacto de un feroz y destructivo golpe psíquico contra todas las cosas vivientes dentro de la nave, los telépatas habían tenido la sensación de seres parecidos a los dragones de las antiguas fábulas humanas, bestias más beligerantes que las bestias, demonios más tangibles que los demonios, hambrientos torbellinos de vida y de odio compuestos por elementos desconocidos de la delgada materia tenue existente entre las estrella.

Fue preciso que una nave superviviente trajese la noticia, una nave en la que, por pura casualidad, un telépata tenía dispuesto un rayo de luz, dirigiéndolo hacia el inocente polvo de afuera, de forma que dentro del panorama de su mente, el Dragón se disolvió en la nada, de una manera total, y los otros pasajeros, ninguno de ellos telépatas, prosiguieron su viaje sin darse cuenta de que acababan de escapar a la muerte.

A partir de entonces todo fue fácil... o casi.

Las naves planizantes siempre llevaban telépatas. Los telépatas tenían su sensibilidad ensanchada de una manera inmensa por los aparatos alfileteadores, que eran amplificadores telepáticos adaptados a la mente mamífera. Los alfileteadores a su vez estaban enlazados electrónicamente con pequeñas bombas dirigibles de luz. La luz se encargaba de todo.

La luz disolvía a los Dragones, la luz permitía que las naves recuperasen su forma tridimensional al trasladarse de estrella a estrella.

La superioridad del enemigo, que antes estaba de cien a uno en su favor, se convirtió se sesenta a cuarenta a favor de la humanidad.

Aquello no bastaba. Se entrenó a los telépatas para que se hiciesen ultrasensitivos, se les adiestró para que se diesen cuenta de la presencia de los Dragones en menos de un milisegundo.

Pero entonces se descubrió que los Dragones podían surcar un millón y medio de kilómetros en sólo dos milisegundos y la mente humana no tenía bastante con aquel margen para activar los rayos lumínicos.

Se hicieron ensayos para enfundar a las naves en una vaina de luz en todo momento.

Aquel sistema de defensa no dio resultado.

A medida que la humanidad iba enterándose de particularidad de los Dragones, también éstos, por lo visto, iban enterándose de particularidades sobre la humanidad. De una manera u otra, consiguieron aplastar su corpulencia y deslizarse rapidísimamente en trayectorias extremadamente planas.

Se necesitaba una luz intensa, luz de una intensidad solar. Aquello sólo podía conseguirse mediante las bombas lumínicas. El alfileteo relampagueante empezó a existir.

Dicho alfileteo consistía en la detonación de bombas ultravívidas y fotonucleares en miniatura, las cuales convertían unos cuantos gramos de un isótopo de magnesio en una pura radiación visible.

La proporción de bajas siguió disminuyendo a favor de la humanidad, pero a pesar de eso las naves se perdían.

La situación llegó a ponerse tan mal, que la gente ni siquiera quería ir en busca de las naves, porque los rescatantes sabían lo que iban a ver. Era una cosa triste traer a la Tierra a trescientos cuerpos listos para la sepultura y a doscientos o trescientos lunáticos dañados sin reparación posible, a los que había que cuidar, alimentar, lavar, acostar y levantar, y vuelta a hacer lo mismo hasta que sus vidas se

extinguían.

Los telépatas trataron de introducirse en las mentes de los psicóticos que habían sido alcanzados por los Dragones, pero no hallaban allí sino vividas columnas borboteantes de fiero terror que estallaba desde el mismo ello primordial, la fuente volcánica de la vida.

Luego llegaron los Compañeros.

Hombre y Compañero podían hacer juntos lo que el Hombre no podía hacer solo. Los Hombres tenían la inteligencia. Los Compañeros tenían la velocidad.

Los Compañeros cabalgaban en sus diminutos aparatos, no mayores que balones de fútbol, fuera de las naves espaciales. Planizaban con las naves. Caminaban junto a ellas en sus navíos diminutos, preparados para el ataque.

Las naves diminutas de los Compañeros eran rápidas. Cada una llevaba consigo una docena de agujas relampagueantes, bombas no mayores que dedales.

Los alfileteadores arrojaban a los Compañeros, los arrojaban de una manera completamente literal, por medio de relés mentales directos, a hacer fuego contra los Dragones.

Lo que a la mente humana aparecía como Dragones, se presentaba en forma de ratas gigantescas en las mentes de los Compañeros.

Una vez fuera de la implacable nada del espacio, las mentes de los Compañeros respondían a un instinto tan viejo como la vida. Los Compañeros atacaban, golpeando con una velocidad mucho mayor que la del hombre, yendo de ataque en ataque hasta que las Ratas o ellos mismos quedaban destruidos. Casi siempre eran los Compañeros quienes ganaban.

Con la seguridad conseguida en las comunicaciones interestelares, el comercio aumentó de una manera inmensa, la población de todas las colonias se incrementó, y la demanda de Compañeros bien entrenados subió enormemente.

Hunderhill y Woodley formaban parte de la tercera generación de agujeteros, pero a ellos les parecía como si su oficio hubiera existido siempre.

Engranar el espacio en las mentes por medio del alfiletero, añadir a los Compañeros a aquellas mentes, manteniéndola al mismo tiempo en forma para la tensión de una lucha de la que todo dependía... Aquello era más de lo que las fuerzas humanas pudieran resistir por mucho tiempo. Hunderhill necesitaba sus dos meses de descanso después de media hora de combate. Woodley necesitaba su jubilación después de

diez años de servicio. Eran jóvenes, eran buenos. Pero tenían sus límites.

Si bien mucho dependía de la elección de Compañero, mucho dependía también de la suerte de quienes intervenían en el juego.

El tío Moontree y la jovencita llamada West entraron en la habitación. Eran los otros dos alfileteadores. El complemento humano de la sala de combate estaba completo.

El tío Moontree era un tipo carirredondo de cuarenta y cinco años que había vivido la pacífica vida de granjero hasta que cumplió los cuarenta. Sólo entonces, tardíamente, descubrieron las autoridades que era telépata y consintieron en dejarle abrazar, ya tardíamente, la carrera de alfileteador. Lo hacía bastante bien, pero era terriblemente viejo para aquella clase de asuntos.

El tío Moontree miró al sombrío Woodley y al caviloso Hunderhill.

—¿Cómo están hoy los jovencitos? ¿Dispuestos para una buena pelea?

—El tío siempre está con ganas de pelea —dijo con una risita la jovencita llamada West.

No era más que una niña. Su risa era estridente e infantil. Parecía la última persona del mundo a la que a uno hubiera podido ocurrírsele verla metida en la ruda y mortal tarea del relampagueo.

Hunderhill se había divertido mucho en cierta ocasión al ver que uno de los más haraganes de los compañeros volvía feliz después del contacto con la mente de la muchacha llamada West.

Por lo común los Compañeros no se preocupaban mucho de las mentes humanas con las que tenían que aparejarse durante el viaje. Los Compañeros parecían adoptar la actitud de que las mentes humanas eran demasiado complejas y desordenadas por encima de toda ponderación. Ningún Compañero había puesto nunca en duda la superioridad de la mente humana, aunque muy pocos Compañeros se mostraban impresionados por esa superioridad.

A los Compañeros les asustaba la gente. Les gustaba luchar en su compañía. Incluso les gustaba morir por la gente. Pero cuando un Compañero le tomaba simpatía a una persona, como, por ejemplo, el capitán Wow o la señorita May le tenían simpatía a Hunderhill, esa simpatía nada tenía que ver con el intelecto. Era una cuestión de temperamento, de sensaciones.

Hunderhill sabía perfectamente bien que el capitán Wow consideraba su cerebro, el de Hunderhill, como el de un tonto. Lo que al capitán Wow le gustaba era la amistosa estructura emotiva de Hunderhill, la alegría y el brillo de traviesa diversión que se disparaban a través de las fórmulas inconscientes de pensamientos de

Hunderhill, y la alegría con que éste afrontaba el peligro. Las palabras, los libros de historia, las ideas, la ciencia… Hunderhill podía percibir todo aquello en su propia mente, reflejado de vuelta desde la mente del capitán Wow, como una verdadera lata.

La señorita West miró a Hunderhill.

—Estoy segura de que puso usted goma en las piedras.

—¡Nada de eso!

Hunderhill sintió que las orejas se le ponían coloradas de vergüenza. Durante su noviciado trató de hacer trampas en la lotería porque se aficionó muchísimo a un Compañero espacial, una deliciosa madre joven llamada Murr. Resultaba muchísimo más fácil operar con ella, y ella se mostró tan afectuosa para con él, que Hunderhill se olvidó de que el alfileramiento era un trabajo duro y de que las instrucciones no consistían en que tuviese que pasarlo bien con su Compañero. A los dos se les había designado y preparado para lanzarse juntos a una batalla mortal.

Una trampa había sido bastante. Le habían descubierto y se habían estado riendo de él durante años.

El tío Moontree cogió el cubilete de imitación cuero y movió los dados de piedra que les asignarían los Compañeros para el viaje. Por el privilegio de su edad era él quien tiraba primero.

Hizo una mueca. Le había tocado un carácter de viejo glotón, un macho terco y viejo cuya mente estaba llena de pensamientos flotantes de comida, verdaderos océanos llenos de pescado medio podrido. El tío Moontree había dicho en cierta ocasión que estaba respirando aceite de hígado de bacalao durante semanas enteras después de colaborar con aquel comilón terrible, tan fuertemente le quedaba impresa en su propia mente la imagen telepática del pescado. Pero aquel glotón manifestaba la misma glotonería para el peligro que para el pescado. Había matado a sesenta y tres Dragones, más que ningún otro Compañero en el servicio, y valía literalmente lo que pesaba en oro.

Le tocó el turno a la jovencita West. Le salió el capitán Wow. Cuando ella vio de quién se trataba, sonrió.

—Me gusta —dijo—. Es muy divertido pelear con él. Sabe entrar tan delicada y cariñosamente en mi mente…

—Vaya cariños —dijo Woodley—. También yo he estado en su mente. Es la mente más rijosa que haya en esta nave.

—Un poco sucio —dijo la muchacha.

Lo dijo en tono declarativo, sin sombra de reproche.

Hunderhill la miró y se estremeció.

No comprendía que ella pudiera aceptar al capitán Wow con tanta calma. La mente del capitán Wow era una pura lujuria. Cuando Wow se excitaba en medio de una batalla, confusas imágenes de Dragones, de Ratas mortíferas, de lechos exquisitos, a más de olores de pescados y el shock del espacio se apelotonaban en su mente mientras él y el capitán Wow, ligadas sus conciencias mediante el alfileteo, se convertían en un compuesto fantástico de ser humano y de gato persa.

Aquello era lo malo que tenía que trabajar con gatos, pensó Hunderhill. Era una lástima que ningún otro ser hubiese servido nunca como Compañero. Los gatos se portaban muy bien una vez que se entraba en contacto con ellos telepáticamente. Eran lo bastante listos para responder a las necesidades de la lucha, pero sus motivos y sus deseos eran desde luego completamente distintos a los que impulsaban a los hombres.

Eran bastante sociables mientras uno pensaba para ellos con imágenes tangibles, pero sus mentes se cerraban y se echaban a dormir si se les recitaba Shakespeare o a Colegrove, o si uno trataba de explicarles lo que era el espacio.

Resultaba curioso pensar que los Compañeros que se mostraban tan fieros y maduros allá fuera en el espacio eran los mismos animalitos caprichosos que la gente había utilizado como mimados predilectos allá en la Tierra desde hacía miles de años. Más de una vez le había sucedido a Hunderhill el sentirse embarazado en la Tierra al verse saludado por gatos no telépatas y de los que había olvidado de momento que no eran Compañeros.

Levantó el cubilete y tiró los dados.

Tuvo suerte: le salió la señora May.

La señora May era el Compañero más pensativo con que nunca hubiese topado. En ella, la mente de ascendencia de pura raza de un gato persa había alcanzado una de las cumbres más cimeras de desarrollo. Era más compleja que cualquier mujer humana, pero la complejidad consistía en emociones, memorias, esperanzas y experiencias discriminadas, una experiencia conseguida sin el beneficio de las palabras.

Cuando él entró por primera vez en contacto con la mente de la señora May, se sintió asombrado por la claridad que vio allí. Recordó con ella su vida gatuna. Recordó toda experiencia de apareamiento que ella había tenido en su vida. Se vio a sí mismo en una galería medio reconocible en la que estaba con los demás agujadores con que ella se había emparejado para la lucha. Y se vio a sí mismo radiante, jovial y deseable.

Incluso creyó percibir la sombra de un anhelo…

Un pensamiento muy halagador y ansioso: ¡qué lástima que no sea un gato!

Woodley hizo la última tirada. Se llevó lo que merecía: un viejo gato sombrío y lleno de cicatrices sin nada de la facundia del capitán Wow. El Compañero de Woodley era el más animal de todos los gatos de la nave. Un tipo bajo y brutal de mente obtusa. Ni siquiera la telepatía le había refinado el carácter. Tenía las orejas medio chamuscadas por los primeros combates en que había tomado parte.

Era un luchador útil, nada más.

Woodley gruñó.

Hunderhill le miró extrañado. ¿Es que Woodley no sabía hacer otra cosa que gruñir?

El tío Moontree miró a los otros tres.

—Podéis coger ya a vuestros Compañeros. Le diré al Explorador que estamos listos para entrar en el Arribafuera.

EL REPARTO

Hunderhill hizo girar la cerradura de combinación que estaba encima de la jaula de la señora May. La despertó suavemente y la cogió en brazos. Ella arqueó el lomo voluptuosamente, estiró ras garras, empezó a ronronear, lo pensó mejor y se decidió en lugar de eso a lamerle la muñeca. Él no tenía encendido el alfiletero, por lo que sus mentes estaban cerradas la una para la otra, pero en la inclinación del bigote del animal y en el movimiento de sus orejas, percibió él cierto sentido de la complacencia que ella experimentaba al encontrarle como compañero.

Le habló con lenguaje humano, aunque el lenguaje no significaba nada para un gato cuando el alfileteador no estaba encendido.

—Es una vergüenza esto de enviar a una cosita tan linda como tú a dar vueltas por la frialdad de la nada para cazar a Ratas que son mayores y más peligrosas que todos nosotros juntos. Tú no solicitaste esta clase de peleas, ¿verdad?

Por toda respuesta, ella le lamió la mano, ronroneó, le rozó el pecho con su larga cola sedosa, se volvió y se le quedó mirando, brillándole los ojos dorados.

Por un momento se miraron fijamente el uno al otro, el hombre en cuclillas, la gata erguida sobre sus patas traseras, clavándole las garras en las rodillas. Los ojos humanos y los ojos gatunos se miraban a través de una inmensidad que no podía llenarse con palabras, pero que el afecto superaba en una sencilla mirada.

—Ha llegado el momento de entrar —dijo él.

Ella se encaminó dócilmente hacia su navichuela esferoidal. Saltó dentro. Él se preocupó de que el alfiletero en miniatura de ella le quedase ajustado y firme y cómodamente contra Ja base del cerebro. Se aseguró de que tenía las garras limadas para que no pudiese hacerse daño a sí misma en la excitación de la batalla.

Suavemente le preguntó:

—¿Lista?

Por toda respuesta, ella arqueó el lomo todo lo que le permitían sus arneses y ronroneó suavemente dentro de los confines del marco que la sujetaba.

Él bajó la tapadera y vio como el chorro suave iba soldando la costura. Durante unas cuantas horas tenía que estar encogida dentro del proyectil hasta que un obrero provisto de cortador oxhídrico la sacase de allí después que ella hubiese cumplido con su deber.

Hunderhill cogió todo el proyectil y lo metió en el tubo de lanzamiento. Cerró la puerta del tubo, se sentó en su butaca y encendió su propio aparato.

Una vez más se estableció el contacto.

Estaba sentado en una habitación pequeña, pequeña, pequeña, caliente, caliente, los cuerpos de las otras tres personas se estaban moviendo muy cerca de él, las luces tangibles en el techo resultaban brillantes y pesadas contra sus párpados cerrados.

A medida que el aparato se fue calentando, la habitación se disolvió. Las otras personas cesaron de ser gente y se convirtieron en pequeños montones de fuego al rojo, en brasas, en fuego rojo oscuro, con la conciencia de la vida ardiendo como viejos carbones rojos en una chimenea campesina.

Cuando el aparato se calentó un poco más, sintió la Tierra justamente debajo de él, sintió la nave deslizándose, sintió a la Luna girando mientras se alejaba ciñendo al mundo, sintió a los planetas y la bondad clara y caliente del Sol que mantenía a los Dragones lejos del suelo nativo de la humanidad.

Finalmente alcanzó la percepción total.

Estaba telepáticamente vivo para un alcance de millones de kilómetros. Sintió el polvo que había notado poco antes por encima de la eclíptica. Con un estremecimiento de calor y ternura sintió la conciencia de la señora May derramándose sobre la suya propia. La conciencia de la gata era tan gentil y tan clara y, sin embargo, tan firme para el gusto de su mente, como si de aceite perfumado se tratara. Una conciencia confortante y tranquilizadora. Podía percibir la bienvenida que ella le daba. Era apenas un pensamiento, sólo una cruda emoción de saludo.

Por fin volvían a ser una sola cosa.

En un diminuto y remoto rincón de su mente, tan diminuto como el más pequeño juguete que hubiese visto nunca en su infancia, él percibía aún la existencia del cuarto y de la nave, y del tío Moontree cogiendo un teléfono y hablando con un capitán Explorador encargado de la nave.

Su mente telepática aprehendía la idea mucho antes de que sus oídos pudiesen captar las palabras. El sonido real seguía a la idea a la manera de como el trueno en una playa oceánica sigue al relámpago hasta muy dentro del mar.

—La sala de combate está preparada. Listos para planizar, señor.

Hunderhill se sentía siempre un poco exasperado por la forma en que la señora May experimentaba las cosas antes que él.

Estaba tomando alientos para el repeluzno de vinagre fuerte del planizaje cuando ya tenía el informe de la gata antes de que sus propios nervios pudiesen registrar lo que había sucedido.

La Tierra se había alejado tanto, que Hunderhill tardó unos cuantos milisegundos en comprobar que el Sol estaba en la parte de arriba y de retaguardia en el rincón a mano derecha de su mente telepática.

Había sido un buen salto, pensó. De esta forma llegaremos allí en cuatro o cinco brincos.

A unos cuantos cientos de kilómetros fuera de la nave, la señora May estaba pensando en él: «¡Oh caliente, oh generoso, oh hombre gigantesco!

¡Oh bravo, oh amistoso, oh tierno y enorme compañero! ¡Oh maravilloso contigo, contigo tan bueno, bueno, bueno, caliente, caliente!, ahora a pelear, ahora a ir, bueno contigo...»

Él sabía que ella no estaba pensando con palabras, que era la mente de él la que cogía el amistoso y claro balbuceo de su intelecto felino y lo trasformaba en imágenes que él pudiese registrar y entender con su propio pensamiento.

Ninguno de los dos estaba absorto en el juego de los mutuos saludos. Él llegaba mucho más allá que ella en cuanto a alcance de percepción para ver si había algo cerca de la nave. Era curioso aquello que fuese posible hacer dos cosas al mismo tiempo. Podía explorar el espacio con su mente amplificada por el aparato y, sin embargo, captar al mismo tiempo un efímero pensamiento de ella, un cariñoso y dulce pensamiento acerca de un hijo que tenía una carita dorada y un pechito cubierto de una piel dulce increíblemente lustrosa y blanca.

Mientras él seguía buscando, captó la advertencia de la gata.

¡Saltamos de nuevo!

Y así fue en efecto. La nave se había movido en un segundo planizaje. Las estrellas eran diferentes. El Sol se había quedado atrás a una distancia inconmensurable. Incluso las estrellas más próximas estaban apenas en contacto. Éste era el sitio bueno para los Dragones, aquel espacio abierto, odioso, hueco, Hunderhill seguía explorando a lo largo y a lo ancho, detectando y buscando el peligro, listo para lanzar a la señora May contra el peligro dondequiera que lo

encontrase.

El terror llameaba en su mente de una manera tan clara, tan aguda, que llegaba a percibirse como un estrujamiento físico.

La muchachita llamada West había encontrado algo, algo inmenso, largo, negro, afilado, voraz, horripilante. Lanzó contra aquello al capitán Wow.

Hunderhill trataba de mantener su propia mente despejada.

—¡Vigilad! —disparaba telepáticamente a los otros, mientras trataba de dirigir a la señora May.

En una esquina de la batalla sintió la ardorosa cólera del capitán Wow mientras el basto gato persa disparaba luces contra la barrera de polvo que amenazaba a la nave y a sus tripulantes.

Las luces iban registrando las bajas.

El polvo se aplastaba, cambiando de la forma de un rayo en zigzag a la forma de una lanza.

Aún no habían transcurrido tres milisegundos.

El tío Moontree estaba hablando con palabras humanas y diciendo con una voz que se movía como melaza cayendo de un pesado jarro:

—C-a-p-i-t-á-n.

Hunderhill sabía que la frase iba a ser: «¡Capitán, muévete aprisa!»

La batalla iba a reñirse y acabarse antes de que el tío Moontree acabara de hablar.

Ahora, fracciones de un milisegundo más tarde, la señora May estaba directamente en línea.

Allí era donde se ponían de manifiesto la habilidad y velocidad de los Compañeros. Ella sabía reaccionar más aprisa que él. Ella podía ver la amenaza como una rata inmensa que se le abalanzara.

Podía disparar las bombas lumínicas con una precisión que él no tendría nunca.

Él estaba conectado con la mente de la gata, pero no podía seguirla.

Su conciencia estaba absorbida por la desgarradora herida que le había infligido el enemigo desconocido. No era como ninguna herida de la Tierra, un dolor crudo y loco que empezaba como una quemadura en el ombligo. Empezó a retorcerse en su butaca.

Ya no le quedaba tiempo para mover un músculo cuando la señora May acometió al enemigo.

Cinco bombas fotonucleares bien espaciadas destellaron a cientos de miles de kilómetros.

El dolor en su mente y en su cuerpo desapareció.

Percibió un segundo de feroz, terrible y rechinante entusiasmo

pasando por la mente de la señora May cuando ésta terminó su matanza. Siempre era desalentador para los gatos descubrir que los enemigos a los que detectaban como gigantescas ratas espaciales desaparecían en el momento mismo de la destrucción.

Luego observó que estaba ofendida, y el dolor y el miedo que soplaban sobre ambos mientras la batalla, en menos de un abrir y cerrar de ojos, había empezado y terminado. En el mismo instante llegó el bamboleo agudo y ácido de la planización.

Una vez más, la nave brincó.

Pudo oír como Woodley pensaba en él: «No te preocupes demasiado. Este matón y yo nos encargaremos de la cosa».

Otras dos veces el bamboleo, el brinco.

No tenía la menor idea de dónde estaba mientras no vio las luces del cosmódromo de Caledonia brillando abajo.

Con un cansancio mucho más intenso de lo concebible por el ser humano, volvió a poner su mente en contacto con el aparato y colocó el proyectil de la señora May, suave y limpiamente en el tubo de lanzamiento.

La pobre estaba medio muerta de fatiga, pero él pudo percibir el latido de su corazón, pudo escuchar su jadeo y captar la forma borrosa de unas «gracias» que salían de la mente de la gata hacia la suya.

Le llevaron al hospital de Caledonia.

El doctor se mostró amistoso, pero firme.

—En realidad llegó usted a ser alcanzado por aquel Dragón. Es el salvamento más por pelos que baya visto en mi vida. Todo es tan rápido, que transcurrirá mucho tiempo antes de que sepamos científicamente qué es lo que ha sucedido, pero supongo que estaría usted maduro para el manicomio si el contacto hubiese durado unas décimas de milisegundo más. ¿Qué clase de gato llevaba al frente?

Hunderhill notó cómo las palabras le iban saliendo con lentitud. ¡Las palabras eran siempre una lata comparadas con la velocidad y el goce del pensamiento, rápido, rotundo y claro, de mente a mente! Pero la gente ordinaria, como este; doctor, no disponía de otro medio que las palabras.

La boca se le movió lentamente al articular los vocablos.

—No llame usted gatos a nuestros Compañeros. La forma justa de llamarlos es Compañeros. Luchan por nosotros formando un equipo. Usted debería saber que los llamamos Compañeros, no gatos. ¿Cómo está el mío?

—No sé —contestó el doctor, con aire contrito—. Ya lo averiguaremos y le tendremos a usted al corriente. Mientras tanto, muchacho, lo mejor será que no se excite mucho. Lo único que puede sentarle bien es el descanso. ¿Puede usted dormir o prefiere que le demos un sedante?

—Puedo dormir —dijo Hunderhill—. Pero necesito saber cómo está la señora May.

Se incorporó la enfermera. Se mostraba un poquitín hostil:

—¿No necesita usted saber cómo están los demás?

—Están muy bien —dijo Hunderhill—. Eso yo ya lo sabía antes de llegar aquí.

Estiró los brazos, suspiró y les hizo una mueca. Notaba que ya estaban relajándose y que empezaban a tratarle como a una persona en lugar de corso a un paciente.

—Estoy muy bien —dijo—. Lo único que quiero saber es cuándo podré ver a mi Compañero.

Se le ocurrió una nueva idea. Miró airadamente al doctor.

—No la habrán vuelto a mandar con la nave, ¿verdad?

—Ya me enteraré de eso —dijo el doctor.

Le dio a Hunderhill una palmadita tranquilizadora en el hombro y

salió de la habitación.

La enfermera sacó un servilletero de una fuente que contenía platitos de fruta en almíbar.

Hunderhill trató de sonreírle. En la muchacha parecía haber algo que no funcionaba bien. A él le habría gustado que se fuera. Al principio empezó mostrándose amistosa y ahora otra vez se distanciaba. Es una lata esto de ser telépata, pensó Hunderhill. Uno se entera de cosas aunque no quiera establecer contacto.

De pronto ella se puso a dar vueltas a su alrededor.

—¡So agujadores! ¡Vosotros y vuestros malditos gatos!

En el momento mismo en que ella salía dando un portazo, se le coló él en la mente. Se vio a sí mismo como un héroe radiante, vestido con su flexible uniforme de gamuza, la corona del alfiletero brillando como antiguas joyas regias en torno a su cabeza. Vio su propio rostro, hermoso y viril, saliendo resplandeciente de la conciencia femenina. Se vio a sí mismo muy lejos y se vio a sí mismo tal como ella le odiaba.

Le odiaba en lo más secreto de su mente de mujer. Lo odiaba porque era —pensaba ella— orgulloso y extraño y rico, mejor y más bello que la gente como ella.

Apartó la vista de la mente de la enfermera y, cuando hundió el rostro en la almohada, captó una imagen de la señora May.

«Es una gata», pensó. «No es más que eso, ¡una gata!»

Pero así no era como la veía en su mente: rápida más allá de todas las fantasías de velocidad, decidida, lista, increíblemente graciosa, bella, muda y sin exigencias.

¿Dónde iba a encontrar jamás a una mujer que pudiera comparársele?

FIN